

UNIVERSIDAD CATÓLICA
DE SANTIAGO DE GUAYAQUIL
FACULTAD DE FILOSOFÍA, LETRAS Y CIENCIAS DE LA EDUCACIÓN

PSICOLOGÍA CLÍNICA

TÍTULO:

Recorrido teórico de la histeria de Freud a Lacán.

AUTORES:

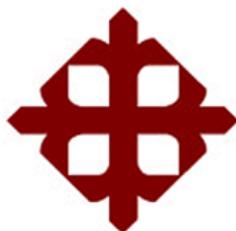
CABRERA LIMONGI, CARLOS ARTURO
RODRIGUEZ QUINTERO, JAVIER ANDRÉS

TUTOR:

PSI. CL. ANA RICAURTE QUEVEDO

Guayaquil, Ecuador

2014



UNIVERSIDAD CATÓLICA
DE SANTIAGO DE GUAYAQUIL
FACULTAD DE FILOSOFÍA, LETRAS Y CIENCIAS DE LA EDUCACIÓN
PSICOLOGÍA CLÍNICA

CERTIFICACIÓN

Certificamos que el presente trabajo fue realizado en su totalidad por Carlos Arturo Cabrera Limongi y Javier Andrés Rodríguez Quintero, como requerimiento parcial para la obtención del Título de Psicólogo Clínico.

TUTORA

Psi. Cl. Ana Ricaurte Quevedo

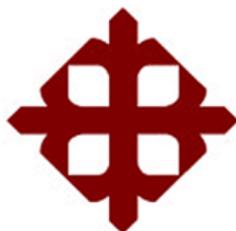
REVISOR

Psi. Cl. Piedad Ortega de Spurrier

DIRECTOR DE LA CARRERA

Psi. Cl. Elba Bermudez

Guayaquil, 2014



UNIVERSIDAD CATÓLICA

DE SANTIAGO DE GUAYAQUIL

FACULTAD DE FILOSOFÍA, LETRAS Y CIENCIAS DE LA EDUCACIÓN

PSICOLOGÍA CLÍNICA

DECLARACIÓN DE RESPONSABILIDAD

Nosotros, Carlos Arturo Cabrera Limongi y Javier Andrés Rodríguez Quintero

DECLARAMOS QUE:

El Trabajo de Titulación **RECORRIDO TEORICO DE LA HISTERIA DE FREUD A LACAN** previa a la obtención del Título de Psicologo Clinico, ha sido desarrollado en base a una investigación exhaustiva, respetando derechos intelectuales de terceros conforme las citas que constan al pie de las páginas correspondientes, cuyas fuentes se incorporan en la bibliografía. Consecuentemente este trabajo es de mi total autoría. En virtud de esta declaración, me responsabilizo del contenido, veracidad y alcance científico del Trabajo de Titulación referido.

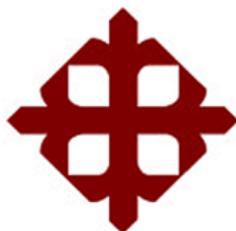
Guayaquil, 2014

EL AUTOR:

Carlos Arturo Cabrera Limongi

EL AUTOR:

Javier Andrés Rodríguez Quintero



UNIVERSIDAD CATÓLICA
DE SANTIAGO DE GUAYAQUIL
FACULTAD DE FILOSOFÍA, LETRAS Y CIENCIAS DE LA EDUCACIÓN
PSICOLOGÍA CLÍNICA
AUTORIZACIÓN

Nosotros, Carlos Arturo Cabrera Limongi y Javier Andrés Rodríguez Quintero

Autorizo a la Universidad Católica de Santiago de Guayaquil, la publicación en la biblioteca de la institución del Trabajo de Titulación: **RECORRIDO TEORICO DE LA HISTERIA DE FREUD A LACAN**, cuyo contenido, ideas y criterios son de mi exclusiva responsabilidad y total autoría.

Guayaquil, 2014

EL AUTOR:

Carlos Arturo Cabrera Limongi

EL AUTOR:

Javier Andrés Rodríguez Quintero

AGRADECIMIENTO

A nuestra tutora Psicóloga Clínica Ana Ricaurte por sus grandes aportaciones que permitieron el desarrollo del presente trabajo.

A los profesores por transmitirnos su saber.

A los compañeros por hacernos más fácil todo este recorrido.

Carlos Arturo Cabrera Limongi

Javier Andrés Rodríguez Quintero

TRIBUNAL DE SUSTENTACIÓN

Psi. Cl. Ana Ricaurte Quevedo

PROFESOR GUÍA Ó TUTOR

Psi. Cl. Piedad Ortega de Spurrier

PROFESOR DELEGADO



UNIVERSIDAD CATÓLICA
DE SANTIAGO DE GUAYAQUIL
FACULTAD DE FILOSOFÍA, LETRAS Y CIENCIAS DE LA EDUCACIÓN
PSICOLOGÍA CLÍNICA

CALIFICACIÓN

Psi. Cl. Ana Ricaurte Quevedo
PROFESOR GUÍA Ó TUTOR

ÍNDICE

| | |
|--|----|
| RESUMEN | 11 |
| INTRODUCCIÓN | 13 |
| JUSTIFICACIÓN | 15 |
| OBJETIVO GENERAL..... | 15 |
| OBJETIVOS ESPECÍFICOS | 15 |
| MARCO TEÓRICO..... | 19 |
| LA HISTERIA EN LA ENSEÑANZA DE FREUD | 19 |
| ANTECEDENTES DE LA HISTERIA | 19 |
| LOS PSICOPATOLÓGICOS-TEORICOS Y LOS EMPIRISTAS-DESCRIPTIVOS ... | 21 |
| MECANISMOS DE FORMACIÓN DE SÍNTOMAS Y ETIOLOGIA SEXUAL DE LAS NEUROSIS SEGÚN FREUD..... | 24 |
| LAS FANTASÍAS EN LA HISTERIA..... | 44 |
| IDENTIFICACIONES EN LA HISTERIA | 56 |
| HISTERIA MASCULINA | 71 |
| LA HISTERIA EN LA ENSEÑANZA DE LACAN..... | 87 |
| PRIMERA ENSEÑANZA | 87 |
| LA HISTERIA Y LA COMPLACENCIA SOMÁTICA | 87 |
| FREUD Y EL CASO DORA | 91 |
| LA PREGUNTA HISTÉRICA..... | 94 |
| LA HISTÉRICA Y LA RELACIÓN CON LOS OTROS | 96 |

| | |
|--|-----|
| EL DESEO EN LA HISTÉRICA | 101 |
| DISCURSO DE LA HISTÉRICA | 105 |
| LA HISTÉRICA NO ES EL ESCLAVO DEL AMO | 106 |
| EL DISCURSO DE LA HISTÉRICA Y SU PADRE | 108 |
| LA HISTÉRICA EN LA RELACIÓN HOMOSEXUAL | 112 |
| LA VERDAD EN EL DISCURSO DE LA HISTÉRICA..... | 114 |
| TERCERA ENSEÑANZA..... | 119 |
| LÓGICAS DE LA SEXUACIÓN | 119 |
| LA HISTÉRICA HOMMOSEXUADA | 128 |
| ÚLTIMAS CONSIDERACIONES ACERCA DE LA HISTERIA..... | 130 |
| CONCLUSIÓN..... | 135 |
| BIBLIOGRAFÍA | 142 |

RESUMEN

El presente trabajo es un estudio de las diferentes relaciones y sistematizaciones del concepto psicoanalítico de histeria. Da cuenta del concepto de histeria a través de la revisión de textos tanto de Freud y de Lacan, así como de otros autores que permiten el esclarecimiento de las distintas articulaciones del recorrido histórico y teórico-clínico del concepto de histeria.

Las diversas articulaciones teóricas encontradas responden a producciones realizadas desde los impasses encontrados en la clínica, y que llevan a Freud de la mano de la escucha de las histéricas a dar paso al dispositivo psicoanalítico.

En Lacan se destaca la importancia que le da a la histeria en los tres distintos momentos de su enseñanza; el primero caracterizado por la relación de la histeria con el Edipo, el segundo momento es el viraje que toma a la histeria como un discurso y el tercero, resalta la posición de la histeria en la sexuación, más del lado del goce fálico que del goce femenino.

PALABRAS CLAVES:

Histeria; neurosis; mecanismo de formación de síntomas; conversión; represión; inconsciente; fantasía; complacencia somática; fantasma; goce; deseo; no relación sexual.

SUMMARY

The present work is an study of the different relations and systematizations of the psychoanalytic concept of *hysteria*.

All this was shown through review of texts of Freud and Lacan and some other authors who lead to the clarification of the different associations, not just of the historic process, but also theoretical and clinical, of the Hysteria's concept. It

It was found that some of the theoretical connections respond to productions that were built on the bases of the impasses of the clinical practice, which precisely brings Freud and his hysterical patients onto another topic: the psychoanalytical device.

Because of Lacan was possible to find the importance of hysteria in the three moments of his teaching. The first one, characterized by the relation between hysteria and Oedipus; the second one by the turn that makes Lacan in order to consider the hysteria as an speech; and the third and last moment where was emphasized the relation between hysteria and phallic jouissance.

KEY WORDS:

Hysteria, neurosis, formation mechanism for symptoms, conversion, repression, unconscious, fantasy, somatic complacency, phantom, joy, desire, no sexual intercourse.

INTRODUCCIÓN

Para iniciar el “Recorrido histórico del concepto de histeria en Freud y Lacan” es necesario recabar una serie de “antecedentes de la histeria”. Como un segundo momento el lector podrá abordar ciertas precisiones con respecto a la ruptura que opera Freud sobre la psiquiatría clásica en el acápite “Los psicopatológicos-teóricos y los empiristas-descriptivos” donde Freud va a presentar sus elaboraciones teóricas sostenidas desde el eje del mecanismo de formación de síntomas.

En “Mecanismos de formación de síntomas y etiología sexual de la neurosis según Freud” expone el arduo camino que transita sobre las fluctuaciones, impasses y rectificaciones teóricas-clínicas con sus pacientes histéricas. Freud afina su escucha y decide abandonar el concepto de seducción como se muestra en “Las fantasías en la histeria”, que constituye un momento importante de su elaboración.

También, Freud consideraba que para conocer el contenido de los síntomas histéricos era ineludible conocer las identificaciones que dan paso a su formación. Así, en “Las identificaciones en la histeria”, expone tres tipos diferentes de identificación en relación a la histeria. Y para finalizar, el recorrido freudiano desembocará en “La histeria masculina” bajo la lupa de los dos casos más paradigmáticos de Freud sobre la histeria masculina donde se podrán situar y precisar las coordenadas estructurales.

Lacan recoge de manera especial en los conceptos freudianos, entre esos el de histeria y por esa razón es que él se da cuenta de la importancia de la misma para el Psicoanálisis. Esa importancia que lo lleva a trabajar tanto este concepto como otros, a lo largo de su vida, cada año teorizándolo de formas distintas, para ceñir cada vez más el elemento central de la experiencia humana que la neurosis bordea, como se puede evidenciar a través de su enseñanza.

Después de repasados los textos freudianos, se intentará encontrar en Lacan, lo que puede decir sobre la neurosis histérica, dividiendo su obra en 3 tiempos cronológicos:

En un primer momento podemos ubicar sus estudios realizados entre los años treinta a finales de la década de los cincuenta, primera etapa, de la cual se destacan los aportes que hace sobre la complacencia somática, el estudio que realiza sobre el caso Dora en su texto “Intervención sobre la transferencia”. Además de los aportes conceptuales del seminario 3 sobre la pregunta histérica y el seminario 4 sobre las relaciones de la histérica con los otros de su entorno.

La etapa de su segunda enseñanza, se ubica en los años sesenta, destacando su aportación del seminario XVII. En esta parte se desarrolla la teoría de los discursos de Lacan, y específicamente el discurso de la histérica. Así como también las diferencias entre el esclavo y la histérica en cuanto a la relación que tienen con el amo y con su cuerpo. Se destaca, así mismo la relación de la histérica con su padre impotente al cual debe sostener, la relación homosexual y la verdad del discurso de la histérica.

Su última enseñanza se puede ubicar en los años setenta, de la cual resaltamos su aporte del seminario 20. De esta etapa se van a abordar los siguientes conceptos en relación a la histeria: lógicas de la sexuación, armadura de amor al padre, histérica homosexual.

La investigación bibliográfica emprendida para el presente proyecto abarcará también a otros autores que aportan un ordenamiento sobre este recorrido.

JUSTIFICACIÓN

La adecuación e importancia del tema de estudio, sobreviene a la razón de que las diversas prácticas médicas y sus respectivos discursos dominantes, han ejercido cierta influencia en el concepto de histeria, fragmentado y resquebrajando los saberes que en torno a esta temática el psicoanálisis ha construido, tanto con la escucha de Freud, como la actualización conceptual propuesta por J. Lacan. Por lo tanto, es de suma importancia registrar de una manera ordenada los avances, desarrollos y fluctuaciones teóricas, para poder tener en cuenta los senderos por los cuales discurren las elaboraciones tanto de Freud como de Lacan sobre el concepto de histeria, para que así el presente trabajo quede como un fundamento que aproxime a los estudiantes, a este saber tan importante en la praxis de la Psicología Clínica.

OBJETIVO GENERAL

Dilucidar la articulación y sistematización de los conceptos psicoanalíticos elaborados por Freud y Lacan sobre la histeria en sus distintos momentos.

OBJETIVOS ESPECÍFICOS

1. Revisar las nociones que trabaja Freud sobre la histeria.
2. Examinar la transposición y reflexión de los conceptos elaborados por Freud, retomados por Lacan y otros autores que los comentan.
3. Revisar el avance teórico de Lacan en su última enseñanza acerca de la histeria.

MARCO METODOLÓGICO

En la actualidad el concepto de histeria ha perdido su rigor clínico, y ha terminado por transmutarse en diversas clasificaciones desarrolladas por la Asociación Americana de Psiquiatría que gana poder en alianza con la industria farmacéutica global (Portaneri & Niel, 2013). Con esto nos referimos al discurso evaluador dominante (Laurent, 2004, p. 18) que hace que pierda fuerza el saber clínico que Freud produce en relación a la histeria, llegando así a los manuales que intentan diagnosticarla.

Se evidencia la fragmentación de la histeria como estructura clínica y la pérdida de conocimiento de su etiología psíquica, nociones que son imprescindibles en la práctica del Psicólogo Clínico, tanto en el ejercicio privado como en su inserción institucional e interdisciplinaria, para saber responder a la demanda médica sosteniendo un lugar digno para el sujeto afectado. Es por esto que el presente trabajo se sirve del método exegético, para procurar una revisión exhaustiva y rigurosa que permita disponer de los fundamentos teóricos, que Freud, y Lacan, elaboraron sobre el tema. Así como también recabar estudios actuales que retoman estas nociones para el reconocimiento de la singularidad del malestar de un sujeto afectado, así como su justo diagnóstico y tratamiento.

Esta revisión comprende libros, artículos, revistas, comentarios y videos que entrañan los intentos de conceptualización de la histeria. El método exegético proporciona como tal, la posibilidad de diseccionar, extraer y articular los conceptos principales tanto de Freud y de Lacan, recuperados en sus respectivas obras. Se rastrearán los momentos teóricos de más importancia para la construcción del concepto de histeria, donde los autores se encuentran con obstáculos en su práctica en relación a la misma. Estos obstáculos los llevarán a reformular sus conceptos en tanto suponen un impasse teórico-práctico y es en esos puntos

donde producen nuevas construcciones que respondan al cuestionamiento que dicha problemática abre.

El concepto de la histeria a lo largo de su historia ha venido transformándose y es necesario dar cuenta de los caminos por los cuales se han ejercido cambios fundamentales dentro del concepto. La fragmentación actual del concepto de histeria de la que se habla es producto de una serie de momentos históricos, donde la medicalización y por lo tanto el poder del discurso psiquiátrico que utiliza la medicina como recurso para el tratamiento de los trastornos, absorbe a las otras disciplinas, entre estas el psicoanálisis.

En el marco ideológico de la medicina clasificatoria se produjo la distinción de cinco clases fundamentales: melancolía, manía con delirio, manía sin delirio, demencia e idiotismo, propuestas por Philippe Pinel (...). El “alienista” francés consideraba estas “vesanias” como un desarreglo de las facultades cerebrales (...) que podía deberse a causas físicas o directamente cerebrales, causas hereditarias y causas morales (...). Esta distinción con distintos ropajes o disfraces, sigue vigente hoy en día en el pensamiento psiquiátrico. (Braunstein, 2013, p. 21)

Esta es la base de la clasificación psiquiátrica. Sobre esta base, otros autores como Kraepelin y luego Krafft-Ebing sumaron sus esfuerzos por completar dicha nosología.

En 1942, en Londres se produce oficialmente la nacionalización de la medicina integrando a la salud colmo política de estado, es decir la medicina entra al campo de los poderes del estado y la macroeconomía, haciendo de este discurso un nuevo poder de coacción.

Es así como se produce la incorporación del concepto de la histeria a los grandes manuales psiquiátricos que son efecto del método clasificatorio que se sirve de la medicina y que como tal procura un despedazamiento y fragmentación de las producciones teóricas-etiológicas y su

saber clínico. “(...) la estructura histérica no ha desaparecido como consta en el DSM, sino que ha terminado por camuflarse y metamorfosearse allí en un sinfín de “trastornos orgánicos, sexuales, de la alimentación, etc. (...)”. (Alvarenga, s.f., p. 3)

Esta incorporación de la histeria al DSM incurre en sus efectos tales como el desconocimiento de la etiología, mecanismo de formación de los síntomas y por lo tanto de su posibilidad de tratamiento, llevando al sujeto de la psiquiatría a una constante medicación sin tomar en cuenta sus coordenadas existenciales.

Es así como en la actualidad los practicantes de psicología clínica se encuentran con ciertas dificultades en el ámbito institucional y específicamente el campo hospitalario. Estas dificultades se evidencian a la hora de encontrar un diagnóstico que encaje a las singularidades del paciente frente a las emisiones que la institución hospitalaria plantea. “El diagnóstico no se encuentra, se emite: es un acto performativo en donde la palabra hace a la cosa que nombra y hace al sujeto que lo recibe transformándolo en otro respecto al que era antes (...)”. (Braunstein, 2013, p. 50) Por lo tanto, tiene un efecto en el tratamiento posible de la afección histérica.

Este es un trabajo rigurosamente teórico en el que se hará uso de una serie de citas y articulaciones que lo que intentan es demostrar paso a paso los cambios paradigmáticos que se dan en el concepto de la histeria y sostener el pensamiento que proponía el autor en dicho momento teórico. Desde los postulados freudianos hasta los lacanianos, se investiga cómo los autores van descubriendo nuevas formas de abordar los avatares que la histeria, como estructura clínica ha planteado desde siempre. Es así como esta investigación se sirve del método exegético para lograr establecer un acercamiento más estricto a las teorías de base sobre los estudios de la histeria.

MARCO TEÓRICO

LA HISTERIA EN LA ENSEÑANZA DE FREUD

ANTECEDENTES DE LA HISTERIA

Carta de Freud a Fliess fechada el 17/1/1897

A propósito, ¿qué me dices de ese comentario según el cual mi flamante prehistoria de la histeria ya habría sido archiconocida y publicada, aunque de esto varios siglos? ¿Recuerdas que siempre insistí en que la teoría medieval de la posesión, sustentada también por los fueros eclesiásticos, sería idéntica con nuestra teoría del cuerpo extraño y de la escisión de la consciencia? (Freud, 1950, p. 3560)

Freud desde sus más tempranas elaboraciones albergaba y sostenía el pensamiento que la histeria, más allá de ser un padecimiento que acometía a un individuo, también se enlazaba y amalgamaba en los procesos históricos-sociales, determinando estos últimos su forma de presentación sintomática. De allí parte la idea dentro del abordaje psicoanalítico, sobre la importancia de conocer las relaciones de la histeria con la época, pues de esa manera es posible viabilizar un diagnóstico a pesar de las variantes que de esta última proceda. También, el concepto de histeria puede ser vislumbrado dentro de un movimiento histórico, donde se producen rupturas, resquebrajamientos y fluctuaciones conceptuales. Para introducirnos a la cuestión de la histeria es preciso rescatar los desarrollos teóricos- clínicos anteriores con el fin de que estas referencias sirvan de sostén a la presente investigación, y mostrar las diferentes apreciaciones que se han ido construyendo como un saber sobre la histeria.

En el artículo “Versiones psicoanalíticas de la histeria” (Mazzuca, et al., s.f.) Roberto Mazzuca y el grupo integrado para dicha investigación, rastrean a lo largo de la historia la puesta en escena de la histeria. “La histeria es una de las categorías clínicas más antiguas; hay referencias a ella en papiros del año dos mil A.C. (...)” (Mazzuca, et al., s.f., p. 74). Otra referencia de la histeria es encontrada con el pasar de los siglos, hasta llegar a la nominación griega “(ὕστέρα)” (Mazzuca, et al., s.f.), como enfermedad del útero, considerada exclusivamente del sexo femenino. Se creía que el útero se movilizaba por todo el cuerpo de la padeciente causando una serie de estragos, y era atribuida propiamente a mujeres privadas de relaciones sexuales.

En la Edad Media el aporte del descubrimiento de las leyes positivas sobre los cuerpos celestes, hace de Galileo Galilei, un gran exponente de la conocida revolución técnica que traerá aparejado con ella ciertos cambios en las disciplinas. Entre estas disciplinas se encuentra la medicina la cual también logra un desprendimiento de la astrología, para casarse con la biología. En los albores del siglo XVII se logra avances en los estudios del sistema nervioso y la histeria pasa a ser una de las múltiples afecciones de dicho sistema, es decir como una enfermedad propiamente cerebral. Al finalizar el siglo XIX y comenzando el XX, el joven Freud, aun neurólogo comienza sus investigaciones con respecto a la histeria en Viena para luego vincularse con el Profesor Jean-Martin Charcot en el Hospital de la Salpêtrière en París. Con respecto a este momento Mazzuca comenta: “Freud, al introducir una nueva psicopatología (...) la ubicará en relación con el registro anímico y postulará la naturaleza psíquica de sus síntomas” (Mazzuca, et al., s.f., p. 74).

Luego, las precisiones que el trabajo de Freud deja como legado se han ido perdiendo con el tiempo en los manuales diagnósticos del DSM. Se produce una suerte de despedazamiento y fragmentación de los contenidos que pasan a transformarse en una serie de trastornos que son evaluados en una escala numérica que pretende objetivar el padecimiento del paciente, lo

que implica un desconocimiento rotundo de sus coordenadas existenciales, que Freud precisaba como imprescindibles para conocer y dar tratamiento a los padecimientos histéricos.

LOS PSICOPATOLÓGICOS-TEORICOS Y LOS EMPIRISTAS-DESCRIPTIVOS

Se conoce que en la época del joven Freud sucedieron algunos cambios en la psiquiatría de sus contemporáneos. Como se diría, se dividieron en dos bandos. Por un lado comenta Dominique Wintrebert en el capítulo denominado “Taxinomías modernas de la depresión” (Wintrebert, 1997, p. 71) que se encuentra en el texto compilatorio de elaboraciones clínicas sobre la depresión y melancolía, “La depresión y el reverso de la psiquiatría” comenta sobre el acuciante despedazamiento del concepto de la histeria, por parte de la psiquiatría moderna. Para esto, los autores hacen un recorrido donde van puntualizando ciertos hitos de importancia para la comprensión de dicho resquebrajamiento conceptual.

Con el fin de dar apertura al recorrido de la historia de la histeria, y por consiguiente de la clínica y método psicoanalítico, el presente estudio se va centrar en un momento bien preciso de la historia médica, y es la pugna teórica entre los dos bandos mencionados, que se cuece a principios del siglo XX y que tiene efectos definitivos sobre el transcurrir de la clínica de Freud.

Wintrebert, deja entrever de manera diáfana que en la psiquiatría existían dos modelos clasificatorios de las enfermedades mentales:

El primero se fundamenta sobre criterios puramente descriptivos, los síntomas. La adición de los síntomas asociados permite la identificación de síndromes (...). El segundo modelo se sirve de criterios ligados a una teoría. En consecuencia no son

criterios puramente descriptivos, sino etiopatogénicos, que aluden a causas y mecanismos en juego para producir la enfermedad (...). (Wintrebert, 1997, pp. 71-72)

Se constata entonces, como la psiquiatría se fragmenta en dos registros prácticamente irreconciliables, puesto que el primero se centra en la descripción atórica de la nosología sintomática para luego hacer una clasificación un tanto más generalizada que se denomina síndrome. Esquirol gran precursor de este primer sistema de clasificación desconfiaba de las teorías y se remitía a la exclusividad de los datos clínicos. Por otro lado no es de menor importancia subrayar que este es el rumbo que tomará la psiquiatría contemporánea, junto con el manual diagnóstico DSM y las neurociencias.

El modelo catalogado como etiopatogénico con sus descubrimientos y avances teóricos, da las bases para lo que hoy se conoce como práctica psicoanalítica. Éste modelo con sus fluctuaciones teóricas intenta develar las causas de la formación sintomática, a partir de las cuales posteriormente Freud clasificará a las estructuras clínicas (neurosis , psicosis y perversión) según su funcionamiento. Pero para esto, Freud tuvo que transitar algunos avatares que se le planteaban en su encuentro con la clínica. Por ahora quedan señalados algunos de sus textos claves que si bien, por un lado emprenden el cuestionamiento de Freud sobre la histéria, también logran hacer una ruptura con la psiquiatría clásica y dan paso a la clínica psicoanalítica.

En primer lugar están las nociones que Freud construye sobre el síntoma histérico y del cual se van a destacar dos apartados claves de “Estudios sobre la histéria (Freud, 1893-1895)”. En “Sobre el mecanismo psíquico de los fenómenos histéricos” también conocido como “Comunicación preliminar”, él indaga acerca de la psicopatogénesis de la afección histérica y en “Psicoterapia de la Histeria” retoma algunos puntos de relevancia para extenderlos. Como adelanto al tema se puede decir que éste ubica a la histeria en el registro

de lo anímico y deja señalada la efectividad de un trauma pretérito al síntoma, como su nexo causal. Luego Freud comienza a construir su teoría de la formación de síntomas que sin lugar a dudas deviene como “mecanismos de defensa”, en su trabajo “Neuropsicosis de defensa” (Freud, 1894). En aquel trabajo sostiene una lectura distinta de Breuer y Janet en relación a la histeria y la propone por su mecanismo específico de formación sintomática.

Posteriormente en el texto “Herencia y etiología de las neurosis” (Freud, 1896), hace una ruptura epistemológica contundente con su maestro Charcot, dejándolo como segunda referencia etiológica, el trauma sexual infantil con el cual se caracterizan las dos diversas modalidades de la neurosis, para dar paso a lo que deviene como nuevas puntualizaciones sobre la neurosis y su relación con el trauma, en el artículo “Nuevas observaciones sobre las neuropsicosis de defensa” (Freud, 1896). Otra referencia se puede situar el mismo año “Etiología de la histeria” (Freud, 1896), texto en el cual Freud reafirma su postura con respecto a la causa específica de las afecciones neuróticas y sostiene que dichas causas pueden ser encontradas en el campo de la sexualidad. También manifiesta las condiciones que se ponen en juego para que se produzca la represión de las representaciones patógenas, sin permitirles el acceso a la consciencia.

Finalizando el recorrido con el texto “Mis opiniones acerca del rol de la sexualidad en la etiología de la neurosis” (Freud, 1905), escrito donde Freud busca dar a conocer al lector ciertas rectificaciones teóricas sobre la etiología de la neurosis y haciendo prevalecer el lugar de la represión como causa etiológica.

MECANISMOS DE FORMACIÓN DE SÍNTOMAS Y ETIOLOGIA SEXUAL DE LAS NEUROSIS SEGÚN FREUD

A partir de estos escritos considerados claves en lo tocante al rumbo que va tomar no sólo la histeria, sino el psicoanálisis mismo puesto que se le presentan algunos obstáculos a Freud que lo obligan a preguntarse son de vital importancia. Se sitúa como un primer momento al texto “Sobre el mecanismo psíquico de los fenómenos histéricos”, donde Freud se cuestiona por la patogénesis de los síntomas histéricos. Éste comenta por su parte, “(...) los fundamentos más directos para la génesis de síntomas histéricos han de buscarse en el ámbito psíquico” (Consentino, 2006, p. 15). De manera decisiva Freud se sitúa en una perspectiva distinta con respecto a la posición que tomaban algunos psiquiatras y médicos de su época, es decir que la causa del síntoma histérico hay que buscarla en la vida anímica y no remitirla a la causalidad orgánica.

Consentino sostiene que esta proposición remite a dos conclusiones. La primera noción, como se menciona con anterioridad, apunta a que los síntomas histéricos deben buscarse en la vida psíquica y por lo tanto pueden ser tratados psíquicamente, la segunda es que un recuerdo, una idea, o representación pueden tener carácter patógeno, ahora el escenario donde se desarrollan dichas afecciones histéricas, es la vida psíquica. (Consentino, 2006, pp. 15-16) También se centró en las histerias traumáticas, cuyo factor desencadenante es un “trauma psíquico” (Freud, 1893-1895, p. 42). Lo que conierne a la determinación sintomática es el corazón del texto en sí, Freud buscaba la causa del fenómeno sintomático, pero los pacientes, comenta éste, no recordaban y no lograban establecer el nexo causal entre lo que produjo el fenómeno patológico y su efecto, pues dichas ideas se encuentran excluidas del comercio

asociativo. Este no recordar de los pacientes, esta ausencia de registro del evento traumático en la conciencia, da un adelanto, un esbozo de la estructuración del concepto fundamental del psicoanálisis, el inconciente.

(...) aquella disociación de la conciencia, que tan singular se nos muestra como << double consciencie >> en los conocidos casos clásicos, exista de un modo rudimentario en toda histeria, siendo la tendencia a esta disociación, y con ella a la aparición de estados anormales de consciencia, que reuniremos bajo el calificativo de << hipnoides >>, el fenómeno fundamental de esta neurosis. (Freud, 1893-1895, p. 46)

Más adelante en sus investigaciones, con pacientes afectados por neurosis, Freud llega a determinar dos tipos de traumas un trauma primordial y unos traumas parciales (Freud, 1893-1895, p. 43). Claramente es apreciable en el texto que los traumas parciales se suman retroactivamente al primordial desencadenando su efecto patógeno. Es decir, que logra establecer la relación de síntoma como efecto de un suceso traumático pretérito. Consentino lo dice de esta manera “(...) Dicha determinación (del síntoma) sólo consiste en una referencia simbólica entre el ocasionamiento y el síntoma histórico” (Consentino, 2006, p. 16).

En el texto freudiano se ponen de manifiesto dos maneras de hacer con el afecto de la representación traumática. “La debilitación o pérdida de afecto de un recuerdo depende de varios factores y, sobre todo, que el sujeto reaccione o no enérgicamente al suceso estimulante” (Freud, 1893-1895, p. 44). La primera con el nombre de “descarga por reacción”, apunta a la distensión del monto de estímulo o la carga energética de la representación, vía lo motriz. “Entendemos aquí por reacción toda la serie de reflejos, voluntarios e involuntarios – desde el llanto hasta el acto de vengaza -, en los que,

según sabemos por experiencia, se descargan los afectos” (Freud, 1893-1895, p. 44). La segunda manera de hacer con el afecto que plantea Freud como “ el gran complejo de la asociación”, definida como la ausencia de tramitación de la angustia del evento traumático. Por consiguiente el afecto del evento traumático es desplazado a ideas por medio asociativo.

La reacción del sujeto solo alcanza un efecto << catártico >> cuando es adecuado; por ejemplo, la venganza. Pero el hombre encuentra en la palabra un subrogado del hecho, con cuyo auxilio puede el afecto ser también casi igualmente descargado por reacción (Abreagiert). En otros casos es la palabra misma el reflejo adecuado a título de lamentación o de alivio del peso de un secreto (la confesión). Cuando no llega a producirse tal reacción por medio de actos o palabras, y en los casos más leves, por medio de llanto, el recuerdo del suceso conserva al principio la acentuación afectiva. (Freud, 1893-1895, p. 44)

Es decir que el evento traumático segrega un afecto de gran intensidad (angustia, vergüenza, miedo o dolor psíquico), que el sujeto va a tramitar por vías diferentes. Si la descarga motriz no logra su cometido,- descargar el afecto de la vivencia traumática-, la descarga asociativa puede cumplir el fin de la distensión del afecto traumático. Si no se produce tal descarga, se conserva la acentuación afectiva del recuerdo traumático. También agrega con respecto a los fenómenos histéricos que “aquellos recuerdos que han llegado a constituirse en causas de fenómenos histéricos se han conservado con maravillosa nitidez y con toda su acentuación afectiva” (Freud, 1893-1895, pp. 44-45)

Freud cierra el texto haciendo referencia a la cura de los padecimientos histéricos a través de la anulación de la eficacia no descargada de la representación, por medio de la expresión verbal.

Anula la eficacia de la representación no descargada por reacción en un principio, dando salida, por medio de la expresión verbal, al afecto concomitante que había quedado estancado, y llevándolo a la corrección asociativa por medio de su atracción a la consciencia normal (...). (Freud, 1893-1895, p. 49)

La segunda referencia de Freud, guía al lector en fluctuaciones y construcciones que ya para esa época van asentando sus bases teóricas. A su vez elabora ciertas respuestas sobre sus indagaciones en el campo del mecanismo específico de la formación de síntomas histéricos, es decir, la conversión. En el mismo libro “Estudios sobre la histeria” (Freud, 1893-1895), en el apartado “Psicoterapia de la histeria”, Freud recoge sus avances teóricos en lo concerniente al método psicoanalítico, que produce al retomar las ideas claves y directivas del texto “Comunicación preliminar”, donde muestra las ventajas y dificultades de su nueva técnica.

Freud retoma lo elaborado anteriormente respecto a las maneras de hacer con el monto de afecto producido por lo traumático, es decir, la “descarga por reacción”, y la “reacción asociativa”, cabe resaltar sobre todo la parte última del texto donde comenta sobre los efectos que tiene procurar la expresión verbal al afecto concomitante, ése que había quedado estancado y que se busca tramitar el curso de dicho monto por la vía asociativa para producir una atracción a la consciencia normal. Esta serie de reflexiones desembocan en otro cuestionamiento que se propone de la siguiente manera: ¿Dónde está el estancado el afecto?, ¿En qué lugar? Ésta pregunta apunta a que Freud va tomando en cuenta que algunos elementos se escapan al registro de la consciencia normal, lo que implicaría un adelanto a su posterior concepto del inconciente.

Como muestran de manera definitiva los tempranos argumentos de Freud, es observable ya, una aproximación al método clínico-terapéutico que más adelante se conocerá como cura

por la palabra. Para este momento teórico, él ya tiene cierta idea de cómo abordar al paciente, y una forma eficaz a la hora de producir la descarga del monto de afecto que se genera por el evento traumático, y esta descarga es viabilizada por medio de asociaciones verbales.

En lo que respecta a las producciones teóricas se puede subrayar un novedoso método terapéutico, al que éste adscribe una admirable consideración práctica. Su nuevo método clínico, nombrado como presión sobre la frente, es antecedente y precursor de la regla fundamental del psicoanálisis, la asociación libre.

Freud expresa las dificultades que se encuentran en el método de Breuer que consistía en la práctica de la hipnosis. Para éste, el método aportaba una expansión de la conciencia, propiciaba la curación de síntomas histéricos y permitía la investigación de los fenómenos histéricos. También subraya que se topa con dos impasses que lo llevan por consiguiente a la modificación de la técnica hipnótica. Estas dos dificultades con las que Freud tropieza son, en primer lugar, que los pacientes no confiaban en el procedimiento hipnótico y la segunda dificultad, que no todos los pacientes eran hipnotizables, lo que al final del caso viene a ser lo mismo, puesto que dicha técnica trabaja con la sugestión.

Pero este método no fue del todo infructífero comenta Freud, puesto que lo ayudó a develar la etiología y los mecanismos de la neurosis en general. “En primer lugar hube de reconocer que dentro de la medida en que podía hablarse de una motivación mediante la cual se adquieren las neurosis, habíamos de buscar la etiología en factores sexuales (...)” (Freud, 1893-1895, p. 139). Más adelante comenta que algunas de sus pacientes padecían de neurosis y la “etiología innegablemente sexual” se hacía presente. El segmento citado con anterioridad es de magna importancia, puesto que implica que Freud ha dado con el fundamento etiológico de las neurosis, siendo éste, correspondiente a factores sexuales. Aun

no lo precisa como una ruptura epistemológica con sus anteriores. Ése punto lo expresará más adelante, cuando se refiera a su maestro Charcot y su etiología hereditaria de las neurosis.

En el capítulo II del mismo texto entra de lleno a su nuevo método, comienza sosteniendo que: "Siéndonos precisa la hipnosis para lograr la ampliación de la memoria, con objeto de hallar los recuerdos patógenos no existentes en la conciencia ordinaria, teníamos, pues, que renunciar a estos enfermos o intentar conseguir tal ampliación por otros caminos" (Freud, 1893-1895, p. 145).

Freud se refiere como tal a las dificultades que encontraba en la hipnosis que fueron descritas con anterioridad. También hace otro señalamiento que no es de menor importancia, asienta que lo que busca con dicha técnica, es hallar los recuerdos patógenos y este contenido se encuentra fuera de la conciencia. Freud ha logrado vislumbrar un lugar que está excluido de la consciencia, lugar donde van las representaciones patógenas intolerables para el yo, pero aún no lo ha nombrado como un sistema inconciente con representaciones de la misma característica.

Tratábase, pues, de eludir la hipnosis y descubrir, sin embargo, los recuerdos patógenos. He aquí cómo llegué a ese resultado: "Cuando, al acudir a mí por vez primera los pacientes, les preguntaba si recordaban el motivo inicial del síntoma correspondiente, alegaban unos ignorarlo por completo, y comunicaban otros algo que les parecía un oscuro recuerdo , imposible de precisar y desarrollar" (Freud, 1893-1895, p. 145).

Luego unas líneas más abajo, añade:

(...) los apremiaba yo, asegurándoles que no podían menos de saberlo y recordarlo, emergía en unos alguna ocurrencia y ampliaban otros el recuerdo primeramente evocado. Llegado a este punto, extremaba yo mi insistencia, hacía tenderse a los enfermos sobre un

diván y les aconsejaba que cerrasen los ojos para lograr mayor <<concentración>> (...).

(Freud, 1893-1895, pp. 145-146)

Agrega que los pacientes lograban producir y enlazar recuerdos lejanos sobre los temas tratados. A partir de estas reflexiones que Freud realiza sobre los resultados obtenidos con sus pacientes, toma en consideración la posibilidad de hacer emerger como tal, series de representaciones patógenas con la intervención de un “simple apremio” o insistencia. Y añade que si él insiste o empuja al sujeto a recordar, es porque:

(...) trataba de vencer una resistencia del sujeto. De este modo concreté mis descubrimientos en la teoría de que por medio de mi labor psíquica había de vencer una fuerza psíquica opuesta en el paciente a la percatación consciente (recuerdo) de las representaciones patógenas. (Freud, 1893-1895, p. 146)

Se advierte el encuentro de Freud con las resistencias en su clínica, y expresa que se la puede distinguir como una fuerza contraria al devenir consciente de las series patógenas, agregando que “esta energía psíquica debía de ser la misma que había contribuido a la génesis de los síntomas histéricos” (Freud, 1893-1895, p. 146), y en consecuencia cuando el síntoma es interrogado por él, da cuenta de algo, de una fuerza que resiste a la emergencia del contenido patológico ocasionador. Cuando se cuestiona por las leyes o los motivos a los cuales obedece dicha fuerza que resiste, apunta a la característica del contenido de las representaciones patógenas, tales como de “naturaleza penosa, muy apropiadas para despertar efectos displacientes, tales como la vergüenza, el remordimiento, el dolor psíquico o el sentimiento de la propia indignidad” (Freud, 1893-1895, p. 146), ideas que en definitiva el sujeto volitivamente prefiere olvidar. “De todo esto nacía como espontáneamente el pensamiento de la defensa” (Freud, 1893-1895, p. 146).

Surge una pregunta sobre el funcionamiento del proceso de repulsa y resistencia , ¿Cómo se manifiesta la dinámica del proceso?

En nuestros casos ha afluido al yo del enfermo una representación que se demostró intolerable, despertando en él una energía de repulsión, encaminada a su defensa contra dicha representación. Esta defensa consiguió su propósito, y la representación quedó expulsada de la conciencia y de la memoria sin que pareciera posible hallar su huella psíquica. (...). Al esforzarme yo en orientar hacia ella la atención del paciente, percibía, a título de resistencia, la misma energía que antes de la génesis del síntoma se había manifestado como repulsa. (Freud, 1893-1895, p. 146)

En primera instancia da cuenta de una repulsa que excluye un elemento intolerable para la conciencia y en su lugar aparece el síntoma. Freud evidencia la sustracción de un elemento y su movilización a otro lugar, donde forma un síntoma. Ese otro lugar, es otra de las aproximaciones al concepto de sistema inconciente, aunque Freud ya mencionaba ciertas hipótesis sobre una segunda inteligencia. ”En ocasiones, los datos que obtenemos por el procedimiento de la presión sobre la frente del sujeto surgen en forma y circunstancias tan singulares, que nos inclinamos nuevamente a la hipótesis de una inteligencia inconciente” (Freud, 1893-1895, p. 150).

Para aclarar de mejor manera los descubrimientos que hace Freud en relación a la clínica se puede exponer el estudio mencionado con anterioridad que hace Juan Carlos Consentino en “Construcción de los conceptos freudianos I”, justamente en el acápite donde éste trata sobre la relación entre “defensa-yo, resistencia-síntoma”, hace un pequeño gráfico que sirve para dar cuenta de un movimiento circular de la energía psíquica que comienza en el yo y acaba en la resistencia:

“Yo-Defensa

Síntoma-Resistencia

Defensa-Resistencia” (Consentino, 2006, p. 24)

El yo, para ese momento teórico en Freud, comenta Consentino, es solidario con la defensa y al momento de la aparición de una representación intolerable pone en marcha una repulsa, que excluye del yo dicha representación inconciliable. Al momento que se produce la exclusión de la representación, aparece como una transacción, el síntoma. Y cuando el síntoma es cuestionado por el analista, irremediamente se va a encontrar con la resistencia.”Finalmente, parece que la defensa y la resistencia quedan vinculadas” (Consentino, 2006, p. 24). Freud precisa dos tipos de resistencia; la resistencia asociativa y la resistencia nuclear. La primera comprende la resistencia de asociaciones que realiza el paciente, pero con el presionar del terapeuta existe la posibilidad de la emergencia del contenido patológico. La segunda comprende el tropiezo con el núcleo patógeno y es imposible de ser dicho, Freud comenta que no puede ser desecho, es un núcleo indestructible.

En las páginas finales del artículo se apresura a dar un adelanto sobre la génesis de la histéris, y sobre la conversión:

(...) llegamos a la concepción de que la histeria nace por represión de una representación intolerable, realizada a impulso de los motivos de la defensa, perdurando la representación como huella mnémica poco intensa y siendo utilizado el afecto que se ha arrebatado para una inervación somática. Así la representación adquiriría carácter patógeno, convirtiéndose en causa de síntomas patológicos (...). (Freud, 1893-1895, p. 156)

De manera paradigmática y anticipada menciona al mecanismo característico de la formación de síntomas neuróticos, la represión.

En “Neuropsicosis de defensa” (Freud, 1894), tercera referencia de los textos freudianos, expone con ayuda de algunas ideas previas propuestas por Janet y Breuer lo que estos intentaban desentrañar de la histeria y que habían nombrado como: “la disociación de la conciencia”, por su lado Freud trabaja a partir estas elaboraciones y llega a una serie de conclusiones diferentes a la de sus pares. Por un lado Janet centra esta disociación, como premisa principal de las neurosis histéricas, alegando una debilidad congénita y hereditaria, en el comercio psíquico. Al contrario Breuer, manifiesta que esta característica, -la disociación de la conciencia-, no era más que un factor secundario y que la condición de la histeria se presenta como “estados oniriformes”, que a su vez no permitían la buena relación de los elementos en la conciencia. (Freud, 1893-1895, p. 169)

A través de la observación clínica Freud da cuenta de que en las neurosis más allá de estos elementos disociados en la conciencia, existía algo que al paciente le producía un malestar, algo con lo que el sujeto luchaba para mantenerlo alejado, algo de lo que se defendía. Estas son representaciones con exceso de carga energética y en oposición al yo, a esto es a lo que Freud llamó neurosis de defensa. En su escrito comenta como estos sujetos gozaban de buena salud psíquica, hasta que en un momento de su vida surge una representación con capacidad de despertar un afecto penosísimo, de la cual el paciente no desea saber nada. Para simplificar lo expuesto por Freud se puede sostener, que una gran fuente de excitación emerge en el aparato psíquico, producto de una representación intolerable frente a la cual el sujeto busca defenderse, puesto que es inconcebible para su yo.

Freud menciona cuatro maneras de hacer con estas irrupciones, es decir la puesta en juego de las respuestas de la defensa frente a la irrupción de la representación considerada como intolerable; histeria, obsesión, fobia y psicosis son diversas defensas frente a exceso que invade el psiquismo. Para este trabajo solo se expondrá las elaboraciones hechas por

Freud, como mecanismos de defensa tanto de la histeria y la obsesión que comprenden a las grandes neurosis:

“En la histeria, la representación intolerable queda hecha inofensiva por la transformación de su magnitud de estímulo en excitaciones somáticas, proceso por el cual proponemos el nombre de conversión” (Freud, 1894, p. 171). Así mismo en el texto aclara como se da la defensa obsesiva:

(...) para rechazar una representación intolerable la separación de la misma de su afecto concomitante, este afecto tiene que permanecer existiendo en lo psíquico. La representación así debilitada queda apartada de toda asociación en la conciencia, pero su afecto devenido libre se adhiere a otras representación no intolerables en sí, a las que este <<falso enlace>> convierte en representaciones obsesivas. (Freud, 1894, p. 172)

Como se ha mostrado en el recorrido del texto, Freud en un primer momento se separa del paradigma de la psiquiatría clásica y por lo tanto de su vanguardista E. Kraepelin. Sustituye dicho paradigma por el eje teórico de los mecanismos de formación de síntomas, dónde la histeria va a tener un lugar bien preciso con su mecanismo fundamental de la conversión. Esta sustitución de paradigmas se presenta como un primer momento en las elaboraciones freudianas. Un segundo momento se va a presentar en el trabajo investigativo de Freud como otra referencia diagnóstica, pues si bien, en el primer momento Freud buscaba precisar cuales son los mecanismos por los que se configuran los fenómenos sintomáticos histéricos, el segundo momento dará cuenta sobretodo de las causas etiológicas de la neurosis.

Es así como “La herencia y la etiología de las neurosis” (Freud, 1896) es considerado un texto de efectos sin precedentes para el estudio de las neurosis, ya que Freud se desliga totalmente de sus antecesores y de su maestro. A partir de las observaciones clínicas que

hasta ese momento había realizado, logra romper con la enseñanza propuesta por Charcot sobre la herencia como causa específica de las neurosis.

Abre el artículo de una manera muy característica de Freud, dirigiéndose cortésmente a los lectores y estudiantes de Charcot, ya que él trae consigo algunas objeciones que proponer en lo que respecta a la teoría, que como maestro, Charcot había transmitido. Esto es el papel de la herencia en la etiología de las neurosis. El método que utilizaba el maestro de Freud era poner bajo la lupa hereditaria a los síntomas neuróticos y se centra en el estudio minucioso de las afecciones nerviosas de la familia del paciente.

La primera objeción que Freud plantea dice lo siguiente: “A veces se han creído nerviosas, y demostrativas de una tendencia neuropática hereditaria afecciones extrañas al dominio de la Neuropatología, y que no dependen necesariamente de una enfermedad del sistema nervioso” (Freud, 1896, p. 277). Advierte que las neurosis no pueden estar confinadas al campo de la herencia o de la Neuropatología, que tienden a dar conclusiones de orden orgánico y nervioso. Busca como tal, dar a la neurosis una causa específica que logre responder a su génesis:

Como en la patogenia nerviosa no puede concederse lugar alguno al azar, habremos de reconocer que no es la herencia la que preside la elección de la neuropatía que se desarrollará en el miembro de una familia afecto de predisposición, suponiendo, en cambio, la existencia de otras influencias etiológicas de una naturaleza incomprensible, influencias que merecerán entonces el nombre de etiología específica de tal o cual afección nerviosa. (Freud, 1896, p. 278)

Es en este punto dónde surge como tal la ruptura epistemológica. Freud, sin duda sugiere dicha dificultad se encuentra en quedar del lado de la herencia. Y que las causas específicas y concluyentes, -de las neuropatías-, no han sido tomadas en cuenta por los médicos, pues han

quedado cautivados por la “grandiosa” óptica hereditaria (Freud, 1896, p. 278). Las razones que Freud esgrima para romper con lo hereditario son de importancia, pues va moldeando el carácter particularísimo de la práctica psicoanalítica, que se sostiene en responsabilizar al sujeto de sus elecciones. Comenta que la ruptura con la teoría de Charcot “(...) posibilita a la labor terapéutica un punto de ataque, mientras que la disposición hereditaria, fijada de antemano para el enfermo desde su nacimiento, detiene nuestros esfuerzos, mostrándose como un poder inabordable” (Freud, 1896, p. 279).

El largo trabajo investigativo y sus observaciones clínicas lo llevan a Freud a realizar un reordenamiento nosográfico que varía considerablemente con el que hasta ese entonces se proponía.

He hallado razones suficientes para situar al lado de la histeria, la neurosis obsesiva como afección autónoma e independiente, aunque la mayoría de los autores coloquen las obsesiones entre los síndromes de degeneración mental (...) Por mi parte, he descubierto, examinando su mecanismo psíquico, que las obsesiones se hallan enlazadas a la histeria más íntimamente de lo que se cree. (Freud, 1896, p. 279)

En cuanto a la etiología de las neurosis; pueden agruparse tres tipos de influencias: “condiciones, causas concurrentes y causas específicas” (Freud, 1896, p. 279). Las condiciones comenta Freud son imprescindibles para la producción de la neurosis, son universales. Las causas concurrentes colaboran para la producción de las afecciones neuróticas pero no son como las condiciones, imprescindibles. “Por último, las causas específicas son tan indispensables como las condiciones, pero no aparecen más que en la etiología de la afección, de la cual son específicas” (Freud, 1896, p. 279)

Para Freud el lugar que ocupa la herencia es equivalente a las “condiciones”, mientras que la naturaleza de las afecciones neuróticas siempre va a depender de una causa específica para

su génesis. Después de fijar a la neurosis como determinada en su etiología por una causa específica, Freud, le da importancia al lugar de la vida anímica en que ésta ejerce su función, las cuales son sus efectos en la economía anímica. De manera concluyente sostiene que las causas específicas de las neurosis, se juegan en el campo de la sexualidad.

Apoyado en un examen laborioso de los hechos, he de afirmar que esta última suposición corresponde exactamente a la realidad; que cada una de las grandes neurosis enumeradas tiene por causa inmediata una perturbación particular de la economía nerviosa, y que estas modificaciones patológicas funcionales reconocen como origen común la vida sexual del individuo, (...). (Freud, 1896, p. 281)

Agregaré en el párrafo siguiente “(...) elevo tales influencias sexuales a la categoría de causas específicas; reconozco su acción en todos los casos de neurosis (...)” (Freud, 1896, p. 281).

Para la solución del problema etiológico en las dos grandes neurosis; es decir la histeria y la obsesión Freud dice encontrarse con una solución hartamente sencilla y sorprendentemente uniforme, estos hallazgos se los debe al “empleo de un nuevo método de psicoanálisis” que ilumina caminos un poco densos de las “ideaciones inconscientes”. Es necesario precisar que el término “psicoanálisis”, subraya Strachey, es la primera vez que aparece en la obra hasta ese momento escrita por Freud, y también ha logrado nombrar ya sin vacilaciones, ese otro escenario, lugar dónde van las representaciones intolerables para formar síntomas (Freud, 1896, p. 282). Este nuevo método permite perseguir los síntomas histéricos por los pasajes que ha recorrido hasta su formación, topándose siempre con el mismo resultado, los síntomas histéricos están compuestos por un suceso pretérito de la vida sexual del individuo, muy apropiado para despertar afectos penosísimos. Amplía lo siguiente en relación al momento sexual.

El suceso del cual ha conservado el sujeto un recuerdo inconsciente es una experiencia sexual precoz con excitación real de las partes genitales, (...). Así, pues, la etiología específica de la histeria está constituida por una experiencia de pasividad sexual anterior a la pubertad. (Freud, 1896, p. 282)

Continúa las descripciones sobre los eventos que afectan de manera precoz a los aquejados por neurosis histérica. Luego de sufrir esta excitación precoz que implica la puesta en juego de los genitales, es seguida de un abuso sexual practicado por otra persona en un periodo anterior a la pubertad. Cabe precisar que dentro del andamiaje de este momento teórico, Freud aún no ha logrado dilucidar y aislar la función de la fantasía en la histeria, ya que dicha función se le va tornando cada vez más clara con algunos desencuentros que se producen en la práctica clínica. Las circunstancias por las cuales Freud acepta y luego rectifica dicha teoría de la seducción, dándole el nombre de fantasías, serán abarcadas en el próximo apartado. En este momento lo que tiene un lugar privilegiado es la seducción como etiológica, acto cometido por una persona adulta. A fin de cuentas este suceso ya sea vivido o fantaseado “(...) deja una huella imperecedera en la historia del caso, apareciendo representada en ella por una multitud de síntomas y de rasgos particulares que no admiten otra explicación” (Freud, 1896, p. 283).

Freud expone como se relaciona el momento sexual precoz con la disposición sintomática, pero aún deja en plano de interrogante la cuestión de la efectividad posterior que cobra dicho suceso. Al momento del evento sexual, por el mismo hecho de tratarse de un infante, no produce la excitación efecto alguna, pero incuestionablemente la huella perdura en el psiquismo y ésta adquiere su carácter de efectividad de manera retroactiva:

Más tarde, cuando con la pubertad queda desarrollada la reactividad de los órganos sexuales hasta un nivel inconmensurable con relación al estado infantil, es reanimada

esta huella psíquica inconsciente, y a causa de la transformación debida a la pubertad, despliega el recuerdo una potencia de la que careció totalmente el suceso mismo.

(Freud, 1896, p. 283)

En lo que respecta a la neurosis obsesiva, Freud sostiene que la causa específica es análoga al de histeria. Asimismo se precisa este momento sexual precoz vivido cuyo recuerdo será activado en la pubertad. “En la neurosis obsesiva se trata, por el contrario, de un suceso que ha causado placer, de una agresión sexual inspirada por el deseo (sujeto infantil masculino) o de una gozosa participación en las relaciones sexuales (sujeto femenino)” (Freud, 1896, p. 284). Y cierra el artículo haciendo el enlace entre este el momento sexual precoz y los síntomas obsesivos, aludiendo a que estos son reproches dirigidos al sujeto por “el goce sexual anticipado”, y son desfigurados por el trabajo psíquico inconsciente de sustitución (Freud, 1896, p. 284).

Para contribuir al esclarecimiento de algunas reseñas importantes en relación al trauma sexual previo y la efectividad posterior del recuerdo, se asignará un lugar al texto “Nuevas observaciones sobre las neuropsicosis de defensa” (Freud, 1896), donde Freud expone los siguientes hallazgos.

Recuerda al lector que es infructuoso cuestionar al paciente sobre estos traumas infantiles fuera del dispositivo del psicoanálisis, ya que la huella buscada no perdura en la conciencia, sino que se erige como síntoma. Explica en un pie de página de la página 177, porque las representaciones sexuales son las únicas con capacidad de ser reprimidas. “El representar de contenido sexual produce en los genitales procesos de excitación análogos a los de la propia experiencia sexual. Podemos suponer que esta excitación somática se transforma en excitación psíquica” (Freud, 1896, p. 288). Cuando la experiencia que Freud menciona como real, se ha producido en un momento anterior a la maduración sexual y su huella es animada

en épocas posteriores, el recuerdo actúa produciendo una excitación “(...) incomparablemente más intensa (...), pues en el intermedio ha elevado la pubertad, de un modo extraordinario, la capacidad de reacción del aparato sexual” (Freud, 1896, p. 288). Los traumas infantiles actúan “(...) a posteriori como experiencias recientes, pero ya desde lo inconsciente” (Freud, 1896, p. 288). Señala entonces que la explosión de la histeria se va a dar por dos factores, el trauma infantil previo a la pubertad y el trauma ulterior a la pubertad. El trauma ulterior difiere del infantil en tanto que no aparece condicionado, como tal puede variar en su ímpetu y naturaleza yendo desde “la verdadera violación sexual hasta la simple aproximación de igual orden, la percepción de actos sexuales realizados por otras personas o la audición de relatos de procesos sexuales” (Freud, 1896, p. 288). La puntualización que hace Freud es de importancia porque comienza a tomar una distancia respecto a la vivencia sexual real y ya ubica otra serie como la percepción y la audición de algo dentro del orden de lo sexual.

Otra referencia importante se la puede encontrar en “Etiología de la histeria” (Freud, 1896). Freud reafirma la causa específica de estas afecciones encontradas en el campo de lo sexual. En relación al tratamiento sostiene que los síntomas deben ser cuestionados retroactivamente ya que cuando se encuentra el enlace entre éste y el lugar donde se erigió, sus efectos son el cese del padecimiento. No siempre se llega de lleno al lugar de la escena traumática, se debe seguir las representaciones por asociación. Estas no son de carácter secuencial o lineal, son de estructura arbórea, y se presentan en múltiples ramificaciones.

Define los términos en los que se pone en juego la defensa. Freud sostiene que la eclosión propia de la histeria se produce por un “conflicto psíquico”, en el que la representación intolerable moviliza la defensa. Hasta ese punto alega no haber logrado precisar en qué condiciones la defensa logra rechazar un contenido al inconsciente, y erigir un síntoma como sustituto de dicho recuerdo. Y dice:

Hoy puedo yo completar mis afirmaciones añadiendo que la defensa consigue su intención de expulsar de la conciencia la representación intolerable cuando la persona de que se trata, sana hasta entonces, integra, en calidad de recuerdos inconscientes, escenas sexuales infantiles, y cuando la representación que ha de ser expulsada puede ser enlazada, lógica o asociativamente, a tal suceso infantil. (Freud, 1896, p. 310)

Entonces, el requisito para la represión como tal de las representaciones patógenas actuales, tienen como condición un momento primero que ha caído bajo represión y que desde el inconsciente imanta, atrae, las representaciones posteriores que se asocian con este primer momento, dando como resultado la sustracción de la representación de la instancia de la conciencia produciendo en su lugar un síntoma. Estos son los puntos de mayor importancia que se pueden subrayar como hallazgos en el presente artículo.

En plenos albores de los “Tres ensayos para una teoría sexual” (Freud, 1905), Freud publica en el mismo año un breve artículo llamado, “Mis opiniones acerca del rol de la sexualidad en la etiología de la neurosis” (Freud, 1905) en el que concentra sus esfuerzos para reconstruir el áspero camino que ha venido cursando el desarrollo de la etiología sexual de la neurosis. Lo que se puede encontrar en el citado artículo es en sí, la rectificación de la teoría que se ha venido exponiendo con anterioridad sobre la incidencia de la seducción por parte de un adulto para etiología de la neurosis y el devenir de su tipo en función a la vivencia pasiva o activa con que se vivió la experiencia de índole sexual. Lo que ocasiona su derrumbamiento es el cambio de estatuto de la seducción, ya no como una experiencia vivida en la realidad por parte del individuo, si no como una fantasía.

Había llegado incluso a concebir esperanzas de resolver el problema de la elección de la neurosis descubriendo una relación constante entre los destalles de las experiencias sexuales infantiles del enfermo y la forma de su psiconeurosis ulterior, (...) que una

conducta pasiva en tales sucesos generaba la disposición a la histeria, y, en cambio, una conducta activa, la disposición a la neurosis obsesiva. (Freud, 1905, p. 1240)

Aunque Freud pone en tela de juicio la validez de sus hallazgos, sostiene también, que igual los hechos pueden mantener alguna influencia de estos sobre la neurosis, es decir pasa de ser un concepto privilegiado a más bien conformar una característica de dichas afecciones.

Para Freud ya existía un candidato que sería el heredero de la primacía que tenía la etiología de la neurosis en su obra. Este comienza a combatir por su reinado desde muy temprano en la obra de Freud ganando cada vez más preminencia sobre los otros términos. Es ese elemento que activaba los mecanismos de formación de síntomas, la defensa:

Cuando la investigación de sujetos que habían permanecido normales nos llevó luego al resultado inesperado de que la historia sexual infantil de tales personas no precisaba diferenciarse esencialmente de la de los neuróticos, ni siquiera en lo relativo a la temprana iniciación sexual, las influencias accidentales fueron cediendo aún más el puesto a la de la represión (término que comencé entonces a sustituir al << defensa >>. Así, pues, lo importante no eran ya las excitaciones sexuales que el individuo hubiera experimentado en su infancia, sino sobre todo su reacción a tales impresiones y el haber respondido o no a ellas con la represión. (Freud, 1905, p. 1241)

A partir de que entrona al concepto de represión como fundante de la neurosis, logra articular y anudar su engranaje con los descubrimientos producidos en “Tres ensayos para una teoría sexual” (Freud, 1905). Estos develamientos explican su teoría dominante sobre la constitución sexual. “(...) llevé a cabo una tentativa de describir la diversidad de esta constitución sexual, el carácter compuesto del instinto sexual en general y su origen en diversas fuentes del organismo” (Freud, 1905, p. 1241). Pues apoyándose en los caracteres

infantiles de la sexualidad que había logrado aislar, establece una sencilla e interesante relación y conexión entre:

(...) la salud, la perversión y la neurosis. La normalidad resultaba de la represión de ciertos instintos parciales y determinados componentes de las disposiciones infantiles y de la subordinación de los demás a la primacía de las zonas genitales (...) y la neurosis se reducía a una represión excesiva de las tendencias libidinosas. La posibilidad de señalar siempre en la neurosis la existencia de casi todos los instintos perversos de la disposición infantil como fuerzas productoras de síntomas me llevó a definir a la neurosis como el << negativo >> de la perversión. (Freud, 1905, p. 1242)

La distinción que propone es simple. Tanto en la salud como en la neurosis se reprime pulsiones sexuales, en esta última la represión es calificada y categorizada como “excesiva”. La perversión como tal no reprime los elementos de la sexualidad infantil. Lo que va a determinar ahora la estructura, es si se procura o no la represión de los componentes de la sexualidad infantil. Como se atisba muy detenidamente los dos factores fundamentales y siempre de relieve en la obra freudiana se conservan intactas: “la importancia de la sexualidad y la del infantilismo” (Freud, 1905, p. 1242)

También expone algunas consideraciones con las cuales concluye su exposición acerca del síntoma histérico, aludiendo a que estos contienen partes de la vida sexual del padeciente.

No es solo que gran parte de la sintomatología histérica se halle constituida por manifestaciones de la excitación sexual ni que una serie de zonas erógenas se eleve en la neurosis (...), es también que incluso los síntomas más complicados se nos revelan como representaciones disfrazadas de fantasías cuyo contenido es una situación sexual. Sabiendo interpretar el lenguaje de la histeria se ve claramente que el nódulo

de la neurosis no es sino la sexualidad reprimida de los enfermos. (Freud, 1905, p. 1242)

Sostener que la represión toma el lugar de causa etiológica de la neurosis y que esta se produce como respuesta a la sexualidad infantil, implicaría que la neurosis en sí es una defensa que lucha a toda costa frente a las irrupciones de la sexualidad formando síntomas

A suerte de conclusión se puede sostener que Freud descubre sin duda el psicoanálisis cuando presta sus oídos a las quejas histéricas, éste brindaba su deseo de escuchar que tanto alienta a la paciente histérica en sus parloteos, no impugnándola de mentirosa o de fingir su padecimiento. De esta manera hace sus develamientos. Este primer capítulo para el psicoanálisis es fundamento como tal de sus producciones teóricas venideras y del florecimiento de una escucha distinta que no implique sólo la remisión a lo neurológico o a lo puramente orgánico, si no al reconocimiento de una instancia efectiva estructurada en palabras más allá de la conciencia.

LAS FANTASÍAS EN LA HISTERIA

Freud a través de su trabajo clínico con sus pacientes histericas, logra dar cuenta lo que más adelante en la teoría psicoanalítica devendrá como el fantasma. El descubrimiento está estrechamente relacionado con sus investigaciones sobre la sexualidad como causa específica y etiológica de las neurosis. En un momento secundario a estas investigaciones, Freud logra aislar como fantasía lo que él suponía un evento vivido por el paciente. Freud creía que los eventos sexuales traumáticos les habían sucedido en la realidad a sus pacientes, hasta el momento en que él comprende que esas quejas corresponden a fantasías producidas por estos en épocas infantiles muy tempranas, con lo cual desarrolla la noción de realidad psíquica que no solo depende de hechos ocurridos, sino también de sucesos fantaseados.

Desde muy temprano Freud comienza a elaborar una etiología sexual de la neurosis, cosa que se puede encontrar en sus numerosas cartas con Fliess llamadas “Los orígenes del psicoanálisis” (Freud, 1950) con quien mantiene correspondencia fluida durante quince años (1887-1902). Esta correspondencia fue publicada por vez primera en Londres en la revista *Imago*. Tres personas fundamentalmente trabajaron en el arreglo, preparación y selección del material, Marie Bonaparte, Anna Freud y Ernst Kris como sostiene el “prólogo a la edición alemana” (Freud, 1950, p. 3433).

Para comenzar en la carta número 20 fechada el 18 de agosto de 1894, - y que es preciso señalar que es el mismo año en el cual postula la diferencia entre histeria y obsesión en relación a sus mecanismos de formación de síntomas-, Freud envía desde Reichenau, a Fliess una elaboración llamada “Manuscrito F” (Freud, 1950, p. 3498) la cual contiene dos relatos sobre pacientes atendidos donde se pone en juego la interrogación sobre la etiología sexual de la neurosis. Hace un breve comentario sobre los síntomas que padece uno de estos pacientes y los relaciona con un encuentro sexual con una joven. “¿Dónde buscar, sin prejuicios, tal etiología? Ante todo, me parece que nos encontramos en presencia de un estado de debilidad sexual (...). Trátase de un debilitamiento del dominio psíquico sobre la excitación sexual somática (...) (Freud, 1950, p. 3500)”.

En la carta 34, fechada el 2 de noviembre de 1895, se puede encontrar el siguiente comentario de Freud, luego de haberse percatado de lo que llamaba una seducción.

(...) uno de los dos casos me ha suministrado lo que yo estaba aguardando - ¡shock sexual, es decir, abuso infantil en un caso de histeria masculina!-, y, además, que la reelaboración del material dudoso ha reforzado mi confianza en el acierto de mis presunciones psicológicas. (Freud, 1950, p. 3524)

El párrafo conduce hacia una nota pie de página que es agregada por parte del editor. “La idea de que la etiología de la histeria debe vincularse con la seducción del niño por un adulto se afianza cada vez más y parece ser confirmada por la labor analítica de Freud (Freud, 1950, p. 3524)”. Como señala la cita, la seducción por parte del adulto como iniciación sexual de niño, producía en el infante un encuentro con lo traumático que era causante de la neurosis.

En la carta 59 fechada el 6 de abril de 1897 el fantasma es nominado por primera vez.

... La pieza que me faltaba para resolver el rompecabezas de la histeria la encontré ahora, al descubrir una nueva fuente de la cual emana un nuevo elemento de la producción inconsciente. Me refiero a las fantasías histéricas, que, como ahora advierto, arrancan invariablemente de cosas que los niños oyeron en la primera infancia (...). (Freud, 1950, p. 3563)

Un agregado por parte del editor no se hace esperar, pues inscribe de manera precisa las coordenadas del pensamiento freudiano en aquella época. “Un nuevo indicio de la importancia que Freud empieza a conceder a la actividad de la fantasía, aunque por el momento ello no conmueve su creencia en la realidad de las experiencias de seducción comunicadas por los pacientes (Freud, 1950, p. 3563)”. Freud como tal comienza a ceder un espacio a las fantasías pero aún conserva como principal la idea de la seducción como un suceso vivido en la realidad por el sujeto.

En el “Manuscrito M”, con fecha del 25 de mayo de 1897, Freud adjunta una serie de precisiones y apuntes sobre sus últimos descubrimientos acerca de la histeria, también agrega un grafo que lo denomina “Arquitectura de la histeria” donde procede a caracterizar la labor terapéutica con dichos pacientes.

Algunas de las escenas son directamente accesibles, pero otras lo son sólo a través de fantasías superpuestas. Las escenas están ordenadas de acuerdo con el creciente grado de resistencia; (...). Dado que las mayoría de las escenas convergen sólo en unos pocos síntomas, es evidente que la labor analítica transcurre en reiteradas vueltas a través del fondo de pensamientos (...) y los mismos síntomas. (Freud, 1950, p. 3570)

Es importante subrayar el término que Freud introduce como escena, ya que apunta a un ligero movimiento que comienza a hacer con respecto a la seducción. Se las considera escenas en tanto son fragmentos oídos de la primera infancia que el sujeto toma para formar su fantasía. Luego, en el subcapítulo “Fantasías” del manuscrito reitera la composición de dichas escenas como originadas inconscientemente por acontecimientos vividos con fragmento de cosas oídas. “Uno de los fragmentos de una escena visual se une entonces con un fragmento de una escena auditiva para formar la fantasía, (...) (Freud, 1950, p. 3571)”. También relaciona al mecanismo de las formaciones literarias en analogía a la formación de las fantasías. De aquí en más, Freud comienza a dar cuenta de la relación existente e imborrable de la fantasía con el síntoma y se pronuncia de esta manera en el mismo subcapítulo.

La formación de tales fantasías (en períodos de excitación) hace cesar los síntomas mnemónicos, pero en su lugar aparecen ahora ficciones inconscientes que no están sometidas a la defensa. Si la intensidad de tal fantasía aumenta a un punto que le permite irrumpir a la consciencia, será víctima de la represión y surgirá un síntoma (...). (Freud, 1950, p. 3571)

Unos párrafos más adelante desarrolla el subcapítulo denominado “Represión en el inconsciente”. Freud consideraba como necesario poder situar y precisar el número de las fantasías que encontraba en la clínica con sus pacientes. Lo que Freud encuentra en éstas

investigaciones es que “la novela familiar” (Freud, 1950, p. 3572) juega un papel de gran importancia. Un pie de página por parte del editor agrega lo siguiente:

La novela familiar, que en éste como en otros pasajes anteriores de las cartas, es considerada como una característica de la paranoia, fue interpretada más tarde por Freud como una parte integrante de la actividad fantaseadora normal, desarrollada bajo la presión del complejo de Edipo. (...). (Freud, 1950, p. 3572)

Freud por ser el primer psicoanalista, no tenía a quien encargarle su propio análisis, así que emprende su autoanálisis tarea que subraya de alta complejidad. En las diversas cartas que mantiene con Fliess, Freud comenta los progresos que se van produciendo frente en su análisis. Relata sus sueños, los comenta y los interpreta, buscando de esa manera algún material que le suponga un avance teórico en sus investigaciones con la neurosis.

En el “Manuscrito N” (Freud, 1950, p. 3573), fechado el 31 de mayo de 1897, se puede vislumbrar una precisión que sostiene Freud y que tiene gran peso en la teoría psicoanalítica; la ambivalencia afectiva producida por la constitución misma del Edipo. En el acápite “Impulsos” sostiene:

Los impulsos hostiles contra los padres (el deseo de que mueran) constituyen también elementos integrantes de la neurosis (...). Pareciera que este deseo de muerte se dirige en los hijos contra el padre y en las hijas contra la madre. (Freud, 1950, p. 3573)

El editor interviene asentando de manera precisa el hallazgo freudiano. Esta es la “Primera alusión al complejo de Edipo” en la obra freudiana. (Freud, 1950, p. 3573). Las implicaciones de la introducción de la novela familiar en las escenas fantasmáticas, abre la posibilidad de abordar desde diferentes escenarios el encuentro del sujeto con lo traumático de la sexualidad. Por la insistencia de la fantasía, se comienza a desacreditar la teoría de la

seducción. También introduce en el subcapítulo “Definición de la << santidad >>”, que el sujeto debe renunciar en aras de la cultura parte de su sexualidad.

El horror al incesto (como algo impío) se basa en el hecho de que, a consecuencia de la vida sexual en común (aun en la infancia), los miembros de la familia se mantienen permanentemente unidos y pierden su capacidad entablar contacto con extraños. Así, el incesto es antisocial, y la cultura consiste en la progresiva renuncia al mismo. Lo opuesto es el << superhombre >>. (Freud, 1950, p. 3575)

En lo que respecta a la carta 68 del 21 de octubre de 1897, Freud continúa la marcha por la vía de la ruptura con su teoría de la seducción. Comienza ubicando cierta incredulidad frente al material con el que se tropieza en su clínica con pacientes neuróticos “ya no creo en mis neuróticos, (...). Así, comenzaré históricamente, señalándote de dónde surgieron los motivos de mi actual incredulidad (Freud, 1950, p. 3578)”. La primera decepción con la que Freud sostiene haberse tropezado fueron los constantes desengaños e intentos fallidos de llevar hasta una verdadera conclusión el análisis, esto comprendía falta de éxito completo en la cura de los síntomas y deserciones continuas de sus pacientes con más tiempo en el trabajo analítico.

En segundo lugar, la asombrosa circunstancia de que todos los casos obligaban a atribuir actos perversos al padre..., y la comprobación de la inesperada frecuencia de la histeria, en la que siempre se cumple dicha condición, siendo en realidad poco probable que los actos perversos cometidos contra niños posean semejante carácter general. (Freud, 1950, p. 3579)

La editora comenta sobre los fragmentos escritos por Freud, esclareciendo aun el impasse en el que se encuentra en ese momento con respecto a su hipótesis.

Ya desde meses atrás Freud había concentrado su interés en el estudio de las fantasías infantiles (...). De tal modo se había aproximado al complejo de Edipo, reconociendo en él los impulsos agresivos de los hijos contra los padres; pero seguía aferrándose todavía a su creencia en la realidad de la escena de seducción. Es dable suponer que sólo el autoanálisis del verano transcurrido le permitió dar el paso decisivo hacia el abandono de la hipótesis de la seducción. (Freud, 1950, p. 3579)

Estas dubitaciones con las que se encuentra Freud en el transcurrir de su conceptualización, le abren el camino hacia otras conclusiones, la primera con respecto al final del análisis en la neurosis y “(...) la de establecer con certeza su etiología en la infancia” (Freud, 1950, p. 3579). Las siguientes cartas dan el paso decisivo, Freud se encuentra en el centro de su autoanálisis y la experiencia de éste lo conduce a realizar ciertas rectificaciones de orden teórico que a su vez ya se venían produciendo en sus descubrimientos clínicos, y a partir de ese momento logra teorizarlos. De aquí en más la seducción toma estatuto de fantasía, ya no como una vivencia generalizada en sus pacientes, sino como escenas fantaseadas, de carácter patológico y estrechamente relacionadas con la producción sintomática.

La carta 70 fechada en Viena el 3 de noviembre de 1897, alude directamente al análisis de una serie de productos inconscientes propios de Freud, que él cree imprescindible para su desarrollo teórico. Habla de su madre, de su padre y de un hermanito hacia el cual sentía celos y su muerte le dejó una profunda culpabilidad. Espera hallar soluciones a lo que él considera su pequeña histeria. El correo del 15 de noviembre del año 1897, la carta 71, continúa el desarrollo de la interpretación de sus productos inconscientes.

También en mi comprobé el amor por la madre y los celos contra el padre, al punto que los considero ahora como un fenómeno general de la temprana infancia (...). Si es así, se comprende perfectamente el apasionante hechizo del Edipo rey, a pesar de

todas las objeciones racionales contra la idea del destino inexorable que el asunto presupone (...) el mito griego retoma una compulsión del destino que todos respetamos porque percibimos su existencia en nosotros mismos. Cada uno de los espectadores fue una vez, en germen y en su fantasía, un Edipo, (...) todos retrocedemos horrorizados, dominados por el pleno impacto de toda la represión que separa nuestro estado infantil de nuestro estado actual. (Freud, 1950, p. 3584)

De este modo Freud le va restando, -al suceso sexual producido en la realidad-, valor causal. Ya importa poco si el evento ha realmente ocurrido “la realidad psíquica triunfa sobre la realidad material” (Miller, et al., 1986, p. 132). Pero lo sitúa de manera distinta, “Para pensar la seducción, Freud pasó pues de la idea del trauma como pura contingencia, tuché, al descubrimiento del fantasma, el cual es producido por la acción de defensa del yo, o sea la eficacia del sujeto” (Miller, et al., 1986, p. 132).

“Mis opiniones acerca del rol de la sexualidad en la etiología de la neurosis” (Freud, 1905), es un pequeño texto dedicado a explicar al lector todo el movimiento que él hace en su teoría de la etiología sexual de la neurosis, sus rupturas, fallos y rectificaciones.

El material por entonces reunido, escaso aún, integraba casualmente un número desproporcionado de casos en cuya historia infantil desempeñaba el papel principal la iniciación sexual del sujeto por individuos adultos o por niños de más edad, (...) tanto más cuanto que por aquella época no había llegado aún a poder distinguir con seguridad los falsos recuerdos infantiles de los histéricos de las huellas dejadas en su memoria por sucesos realmente acaecidos. (Freud, 1905, p. 1240)

Para Freud estas fantasías de seducción, pasan a incorporar una defensa contra el recuerdo de la propia actividad sexual infantil. Ahora los síntomas histéricos no son meras

derivaciones directas de los recuerdos reprimidos y las vivencias sexuales infantiles, pues ahora están interpoladas las fantasías, prestas a convertirse en síntomas.

Para 1908 en “Fantasías histéricas y su relación con la bisexualidad” (Freud, 1908) éste se dirige a caracterizar la relación existente entre las fantasías histéricas y el rasgo particular que él ya había aislado, la bisexualidad. Subraya el importante papel que tiene la fantasía en la sexualidad infantil, puesto que permite la satisfacción masturbatoria. Divide el acto masturbador en dos momentos, el primero es la evocación de la fantasía y el segundo es la culminación en tocamientos, que en sí componen una suerte de soldadura. “En un principio, la acción presentaba un carácter puramente autoerótico, apareciendo destinada a conseguir placer de una determinada zona erógena” (Freud, 1908, p. 1350), es decir que la fantasía necesariamente aparece ligada, soldada, a una zona erógena privilegiada para el sujeto. Cuando se da la elección del objeto, la acción es abandonada pero la fantasía pasa del registro consciente al inconsciente, pudiendo exteriorizarse bajo la forma de un síntoma patológico.

Las fantasías inconscientes, de este modo, las premisas psíquicas más inmediatas de toda una serie de síntomas histéricos. Estos no son sino tales mismas fantasías inconscientes exteriorizadas mediante la << conversión >>, y en cuanto son de carácter somático demuestran en muchas ocasiones haber sido elegidos entre aquellas mismas sensaciones sexuales e inervaciones motoras que en un principio acompañaron a la fantasía (...). (Freud, 1908, p. 1350)

Pero las fantasías no solo se excluyen en el inconsciente, también pueden ser actuadas de manera consciente “(...) fingiendo atentados, maltratos y agresiones sexuales” (Freud, 1908, p. 1351). Además, señala la conexión que ha encontrado a través de la investigación psicoanalítica del enlace existente entre el síntoma manifiesto hasta las fantasías inconscientes. Esta relación es de suma complejidad, ya que un síntoma contiene no una, sino

varias fantasías en la consecución de una satisfacción. Entre las fórmulas que sugiere Freud la número 7 contiene una referencia explícita a la bisexualidad en la histeria, que será motivo de ampliación más adelante.

El síntoma histérico nace como transacción entre dos movimientos afectivos o instintivos contrarios, uno de los cuales tiende a la exteriorización de un instinto parcial o de un componente de la constitución sexual, y el otro, a evitar tal exteriorización. (Freud, 1908, p. 1351)

Al mencionar que existen dos tendencias en oposición la manera de intervenir frente al síntoma histérico se modifica, pues ya no solo remite a la referencia a una fantasía sexual sino a dos en oposición, “para dicha solución (del síntoma) nos son precisas dos fantasías sexuales, de carácter masculino una y femenino la otra, de manera que una de ellas corresponde a un impulso homosexual “ (Freud, 1908, p. 1352). Con la fórmula 9, Freud cierra el artículo sosteniendo lo siguiente: “Un síntoma histérico es expresión, por un lado, de una fantasía masculina y, por otro, de una femenina, ambas sexuales e inconscientes” (Freud, 1908, p. 1352). Ilustra esta antítesis con la referencia a una paciente histérica que sostiene sus vestidos contra su cuerpo, al mismo tiempo que trata de sustraerse de estos con la otra mano. En el mismo año, Freud postula las “Teorías sexuales infantiles” (Freud, 1908), texto donde va a exponer la relación de las fantasías del sujeto con los momentos distintos del desarrollo pulsional. Comenta a su vez que estas aseveraciones son extraídas de la clínica, es decir, de observaciones de las manifestaciones sexuales infantiles, de recuerdos conscientes de adultos y de trabajo de análisis. Recorre las diferentes explicaciones con la que los padres buscan saciar la epistemofilia infantil, colmar las interrogantes que abre y siembra la irrupción de la sexualidad. Para esto Freud sostiene que los niños conocen muy bien el carácter embustero de dichas premisas, es por esto que los infantes buscan por sus propios medios construirse una

ficción que logre responder a los avatares de la sexualidad y las huellas que esta deja en el cuerpo.

Introduce a las fantasías que serán abordadas de la siguiente manera:

Estas falsas teorías sexuales, que ahora examinaremos, muestran un singularísimo carácter común. Aunque todas yerran de un modo grotesco, cada una de ellas contiene alguna parte de verdad, (...). La parte de verdad integrada en estas teorías sexuales infantiles se explica por su derivación de los componentes del instinto sexual, activo ya en el niño, pues tales hipótesis no son el fruto de un capricho psíquico ni de impresiones casuales, sino de una necesidad de la constitución psicosexual, siendo ésta la razón de que podamos hablar de teorías sexuales infantiles típicas (...). (Freud, 1908, p. 1265)

Despliega tres teorías que él considera recurrentes dos de las cuales serán tomadas en consideración como fantasías transindividuales, añadiendo a su lista también a la fantasía de seducción que más adelante se abordará. La primera teoría es el conocido juicio de atribución que como tal lo aísla con Juanito. Se sabe que es el momento en cual el niño les asigna a todos, es decir, personas, animales o cosas el atributo fálico. El niño por la investidura libidinal sobre dicha zona no puede representar a un semejante sin tanpreciado atributo. En sí este momento implica tácitamente el desconocimiento de la diferencia anatómica de los sexos. Cuando observa a una compañera de juegos sostiene Freud que ante la percepción de ausencia de pene, el niño sugiere que éste crecerá con el tiempo. Muy distinta es la posición angustiante que toma frente a la ausencia de pene en la madre. Surge entonces la fantasía de castración.

El niño en el que domina principalmente la excitación del pene contrae, por lo general, el hábito de procurarse placer por medio de estímulos manuales, y al ser

sorprendido alguna vez por sus padres o guardadores en tales manejos es atemorizado con la amenaza de cortarle el miembro. El efecto de esta << amenaza de castración >> es, como corresponde a la alta valoración del órgano amenazado, extraordinariamente profundo y duradero. (Freud, 1908, p. 1266)

Con respecto a la niña Freud le concede un valor equivalente, pues reconoce el clítoris como una parte de la mujer que se conduce en la infancia como si fuera un verdadero órgano genital masculino “prestando su excitabilidad un marcado carácter masculino a la actividad sexual de la niña haciéndose necesario, en los años de la pubertad, un avance de la represión destinado a desvanecer esta sexualidad masculina y dar nacimiento a la mujer (Freud, 1908, p. 1266)

La segunda teoría sexual infantil consiste en una respuesta al enigma del nacimiento. Los infantes pueden llegar a suponer que son expulsados como excrementos, esto se debe al desconocimiento como tal de la vagina. Sostiene Freud que este momento concuerda con el desarrollo de la sexualidad sádico-anal. La tercera fantasía que aborda es la conocida como escena primaria y “surge cuando los niños llegan a ser testigos del comercio sexual de sus padres, (...) - la situación recíproca de los dos protagonistas, los ruidos o ciertos detalles accesorios -, su interpretación del coito es siempre de carácter sádico (Freud, 1908, p. 1268).

Freud reconoce que si bien existe la particularidad de cada uno de sus casos, también se debe reconocer la repetición de dichas fantasías en varias personas, lo transindividual de las fantasías. “Lo testimonia la frecuencia de los tres fantasmas llamados originarios, el de seducción, el de coito parental y el de la amenaza de castración” (Miller, et al., 1986, p. 132).

Luego las caracterizará independientemente del tipo clínico con su referencia recién integrada del Complejo de Edipo. Esto empuja a la delimitación de las huellas específicas de la fantasía histérica. En primer lugar no se puede dejar de lado la tan mencionada seducción

que aunque Freud también la sostiene para la obsesión, es privilegiada en la histeria. El segundo rasgo característico es el asco y el displacer en relación a la sexualidad, Freud le quita el valor etiológico pero aún la sostiene como rasgo de la histeria. El tercer elemento constante en la fantasía histérica, es el componente de la bisexualidad, es la conjugación de dos papeles sexuales, tanto el masculino como el femenino.

IDENTIFICACIONES EN LA HISTERIA

Para aprehender al sujeto histérico, es imprescindible dar cuenta de sus identificaciones, puesto que la identificación comenta muy tempranamente Freud es un aspecto de relevancia a la hora vislumbrar el síntoma histérico.

Se diferencian en la obra de Freud tres tipos de identificaciones que más adelante, Lacan las denominará como identificaciones freudianas. La primera corresponde al comienzo del siglo XX, con “La interpretación de los sueños” (Freud, 1900) , específicamente en el acápite “La deformación onírica” donde se expone el sueño de una paciente a quien llama la “Bella carnicera”. Comienza aseverando: “El análisis nos demuestra en todo caso que el sueño posee realmente un sentido y que éste es el de una realización de deseos.” (Freud, 1900, p. 436)

Es curioso, como antes de la exposición del sueño la paciente de Freud hace una negativa a la aseveración freudiana; “el sueño es la realización de un deseo”, comentando por su parte; “ Dice usted que todo sueño es un deseo cumplido – me expone una ingeniosa paciente. Pues bien: le voy a referir uno que es todo lo contrario. En el que se me niega precisamente un deseo” (Freud, 1900, p. 436). Aquí va tomando forma la posterior conceptualización del deseo en la histeria , un deseo insatisfecho.

Relata el sueño la Bella carnicera:

Quiero dar una comida , pero no dispongo sino de un poco de salmón ahumado.

Pienso en salir para comprar lo necesario, pero recuerdo que es domingo y que las tiendas están cerradas. Intento luego telefonar a algunos proveedores, y resulta que el teléfono no funciona. De éste modo, tengo que renunciar al deseo de dar una comida.

(Freud, 1900, p. 436)

En el análisis del sueño, Freud busca que la paciente establezca ciertas asociaciones que pueda enlazar a la producción onírica. Comienza hablando del marido, un honrado y laborioso carnicero del cual la paciente se halla muy enamorada. Comenta que hace mucho tiempo que desea comer caviar como entremés de las comidas, pero no se lo permite por lo costoso de dicho plato. Claramente deja entrever que al expresarle dicho deseo, el marido la complacería de inmediato. Ésta recientemente le ha solicitado que no le traiga nunca caviar. A su vez Freud comenta respecto a dicha situación “ (...) mi paciente se ve obligada a crearse en la vida un deseo insatisfecho. Su sueño le muestra también realizada la negación de un deseo” (Freud, 1900, p. 437). También éste se cuestiona sobre el deseo de la paciente, “¿ para qué puede precisarse de un deseo insatisfecho? (Freud, 1900, p. 437), respuesta que más adelante aparecerá como condición constitutiva del deseo en la histeria.

En las asociaciones que la paciente realiza, declara que un día antes del sueño fue a visitar a una amiga suya de la cual se halla celosa. Al marido le gustan las mujeres rellenas, de redondeada figura y la amiga es flaca y seca, se observa como la amiga es una excepción ya que aun siendo flaca, -contraria a los gustos del marido-, llama su atención. La amiga de la paciente solicita ser invitada a cenar y una de las interpretaciones que Freud le da al sueño, es la negativa por parte de la paciente a engordar a su amiga para evitar que ésta le llegue a agradar más a su esposo. Por consiguiente Freud cuestiona a la paciente sobre el salmón ahumado, a lo que ésta responde, que es el plato preferido de la amiga. Su deseo como tal, es que no se realice el deseo de su amiga y comenta; “Obtendremos, pues, una nueva

interpretación si aceptamos que la sujeto no se refiere en su sueño a sí misma, sino a su amiga, sustituyéndose a ella en el contenido manifiesto o, como también podríamos decir, identificándose con ella” (Freud, 1900, p. 438)

Luego se pregunta; ¿Qué sentido tiene la identificación histérica?

La identificación es un factor importantísimo del mecanismo de los síntomas histéricos, y constituye el medio por el que los enfermos logran expresar en sus síntomas estados de todas una amplia serie de personas y no únicamente los suyos propios. (Freud, 1900, p. 438)

Éste explica que la identificación es una apropiación, es la expresión de una comunidad sexual. Y dice que su paciente, -la bella carnicera-, no hace más que seguir las reglas de los procesos intelectuales histéricos cuando esta expresa los celos por su amiga, sustituyéndose e identificándose con ella en el sueño, buscando situarse en el lugar de su amiga porque esta ocupa en el ánimo del marido un lugar de alta estimación que ella desea para sí misma. Freud culmina afirmando nuevamente que” la no realización de un deseo significa la realización de otro” (Freud, 1900, p. 439).

En lo concerniente a la segunda identificación freudiana, se las puede ubicar en un texto de los años 20 conocido como “Psicología de las masas y análisis del yo (Freud, 1920), donde Freud busca desentrañar las características del alma colectiva siguiendo algunas citas de Le Bon. Freud dedica todo el capítulo 7 a la identificación y comienza diciendo: “La identificación es conocida en el psicoanálisis como la manifestación más temprana de un enlace afectivo a otra persona, y desempeña un importante papel en la prehistoria del complejo de Edipo” (Freud, 1920, p. 2585). Advierte que el niño sitúa al padre como alguien admirado, como alguien que este desearía ser, en pocas palabras es su ideal, y a su vez manifiesta hacia la madre un amor incestuoso, propio de un objeto primordial. Estas dos

tendencias confluyen hasta que se produce la eclosión del Complejo de Edipo. De aquí en más, la identificación alega Freud, se torna de un matiz hostil, puesto que el niño da cuenta como el padre cierra el camino hacia la madre. La identificación, desde un comienzo se sitúa del lado de la ambivalencia afectiva, por un lado se puede exteriorizar de manera cariñosa como también expresar un deseo de supresión.

De gran importancia también es lo que Freud menciona sobre la naturaleza, de las identificaciones. “Se comportan como una ramificación de la primera fase, la fase oral de la organización de la libido, durante la cual el sujeto incorporaba al objeto ansiado y estimado, comiéndoselo,(...)” (Freud, 1920, p. 2585). Se puede ver a partir de las citas que preceden, la importancia de la identificación a la hora de la elección de objeto amoroso, puesto que también constituye la fase preliminar de la transformación en objeto sexual. También agrega Freud sobre la identificación que: “aspira a conformar el propio yo análogamente al otro tomado como modelo” (Freud, 1920, p. 2585).

A continuación Freud entra de lleno a lo que respecta como la participación de la identificación en el mecanismo de formación de los síntomas histericos y dice que ésta se enlaza a un conjunto más complejo.

Supongamos el caso de que la hija contrae el mismo síntoma patológico que atormenta a la madre, por ejemplo, una tos pertinaz. Pues bien: esta identificación puede resultar de dos procesos distintos. Puede ser, primeramente, la misma del complejo de Edipo, significando tanto, el deseo hostil de sustituir a la madre, y entonces el síntoma expresa la inclinación erótica hacia el padre y realiza la sustitución deseada, pero bajo la influencia directa de la conciencia de culpabilidad : <<¿ no querías ser tu madre? Ya lo has conseguido. Por lo menos ya experimentas sus

mismos sufrimientos>>. Tal es el mecanismo completo de la formación de síntomas histéricos. (Freud, 1920, p. 2586)

Es necesario aislar las identificaciones de la histérica para llegar a conocer el contenido de su síntoma sostiene Freud. En el mismo texto aborda lo que denominó como “identificación regresiva” y agrega que también puede suceder que el síntoma al cual el sujeto se identifica sea el de la persona amada y dice que esto sucede con la tos que Dora, -su joven paciente-, presenta, y que es tomada de su padre.”Habremos de describir la situación diciendo que la identificación ha ocupado el lugar de la elección de objeto, transformándose ésta, por regresión, en una identificación” (Freud, 1920, p. 2586)

Otra tipo de identificación para la formación de síntomas es el que Freud define como histérico. Lo ilustra exponiendo la estancia de una joven alumna en un pensionado en la cual recibe una carta de su novio que provoca sus celos y reacciona con un ataque histérico. Sus amigas al tanto de los hechos serán víctimas de una infección psíquica y sufrirán similares ataques. “El mecanismo al que aquí asistimos es el de la identificación (...)” -luego agrega- “(...) inmediatamente se produce una identificación en este punto, y bajo la influencia de la situación patógena se desplaza esta identificación hasta el síntoma producido por el yo imitado” (Freud, 1920, p. 2586).

Con esta cita se finaliza lo correspondiente a la segunda identificación freudiana.

La tercera identificación freudiana es la que se conoce como componente homosexual de la histeria. Este hallazgo se produce cuando Freud atendía a una joven paciente que fue llevada por su padre, tras sufrir algunos síntomas neuróticos. Como el abandono de la cura por parte de la paciente se dio con celeridad Freud, propuso denominar el caso “Análisis fragmentario de una histeria” (Freud, 1901). En este escrito el descubrimiento no deviene concepto como

tal, sino hasta que Lacan lo toma para fundamentar uno de los rasgos característicos de la histeria, conocida como vertiente homosexual de la histeria.

Introduce el caso con una adición de 1925, donde apunta a dar cuenta de algunas dificultades de manera retroactiva, en las que busca también apoyar ciertas afirmaciones realizadas en 1895 y 1896 sobre la patogénesis de los síntomas histéricos. Señala la corta duración del trabajo analítico con Dora, tan solo de tres meses, cuya solución se va a condensar en dos sueños. Aunque reconoce también lo incompleto de sus resultados en más de un sentido. El tratamiento no pudo ser llevado hasta su fin porque fue interrumpido voluntariamente por la paciente, esto lo lleva a comentar en el epílogo sobre las dificultades que tiene con la transferencia. En cuestiones de la técnica, subraya que para el momento en el cuál redacta el caso, coincide con la utilizada en “Estudios sobre la histeria” (Freud, 1896) que consistía en partir de los síntomas y resolverlos. Aún no implementaba lo que devino posteriormente como asociación libre.

En el cuadro clínico, abre las coordenadas del caso aludiendo a la dificultad en la organización del material clínico, ya que los pacientes no pueden proporcionar detalles precisos de sí. Esto coincide directamente con el mecanismo de la neurosis, -la represión-, que altera la continuidad de las representaciones conocidas y es el medio más seguro para dificultar el acceso, en sucesión temporal de los acontecimientos, a la conciencia. Lo que respecta a la familia de la paciente que Freud expone como Dora, comprendía a los padres y un hermano mayor. “El padre sobre todo marca el curso de la historia infantil y patológica de la sujeto” (Freud, 1901, p. 940). La paciente a su vez le expresaba un gran monto de afecto. Freud comenta que el padre de la muchacha había padecido una serie de enfermedades, entre estas tuberculosis y desprendimiento de retina que lo obligaron a salir de Viena hacia B., lugar recomendado por los doctores por sus climas benéficos para dichas afecciones. El padre de Dora consulta a Freud y dos años después, lleva a su hija con grandes síntomas neuróticos,

que se habían venido gestando aproximadamente desde los 8 años, con los llamados ataques de disnea, jaquecas, accesos de tos nerviosa, afonía completa, depresión de ánimo.

El padre antes de llevar a la paciente a la consulta, comenta a Freud las actividades que él consideraba producentes del estado patológico de Dora. Empieza diciendo que en B. habían hecho amistad con una pareja: el Sr.K y la Sra. de K. Esta lo había cuidado durante su última enfermedad y su marido se mostraba siempre amable y atento con Dora, acompañándola a paseos y dándole regalos casi a diario. Dora le asegura al padre que el Sr.K le había hecho propuestas amorosas en uno de estos vistosos paseos.

El padre de Dora afirma:

No dudo (...) que este incidente es el que ha provocado la depresión de ánimo de Dora (...). Ahora me exige que rompa toda relación con el matrimonio K., y muy precisamente con la mujer, a la que adoraba. Pero yo no puedo complacerla, pues, en primer lugar, creo también que la acusación que Dora ha lanzado sobre K. no es más que una fantasía suya, y en segundo, me enlaza a la señora K, una honrada amistad y no quiero causarle disgusto alguno. (Freud, 1901, p. 945)

Agrega unas líneas más adelante un punto que es de gran importancia para la presente investigación, pero que será retomado más adelante.

No necesito decirle a usted que, dado mi mal estado de salud, estas relaciones mías con la señora de K, no entrañan nada ilícito. Somos dos desgraciados para quienes nuestra amistad constituye un consuelo. Ya sabe usted que mi mujer no es nada para mí (Freud, 1901, p. 945)

El padre de Dora buscaba que Freud la convenciera de la licitud de sus relaciones con el matrimonio K.

En el momento en cual Dora se entrevista con Freud ésta relata un incidente con el Sr K, comenta que a la edad de 14 años éste la había besado. El Sr K. había montado una especie de coartada para lograr quedarse a solas con Dora y al conseguirlo se produjo dicha escena. Dora relata que ella sintió repugnancia y en este punto es donde Freud logra confirmar su diagnóstico de histeria en la paciente. Como se mostró en un apartado anterior, para Freud el asco y la repugnancia de la sexualidad constituyen un valor diagnóstico en lo que concierne a la histeria. El asco no llegó a convertirse en un síntoma como tal o permanente, pero en la época del tratamiento analítico la paciente experimentaba cierta repugnancia a los alimentos.

Freud por su parte, intentaba orientar su atención hacia los hechos ocurridos con el Sr K., pero la joven paciente daba por terminada su relación con él. Lo que concernía a las asociaciones producidas en el análisis de Dora siempre se dirigían hacia el padre.

Freud comenta lo siguiente:

(...) no podía perdonarle la prosecución de sus relaciones con K. y, sobre todo, con la mujer del mismo. Y su interpretación de estas últimas era ciertamente distinta de lo que el padre deseaba. Para Dora no cabía duda de que se trataba de unas relaciones eróticas entre su padre y la mujer de K., joven y bonita". (Freud, 1901, p. 949)

Cuando la paciente se sentía enojada pensaba que su padre la entregaba a K como compensación de su tolerancia por las relaciones con su mujer. Pues si bien nunca existió pacto alguno entre ellos, el padre de Dora era uno de esos que lograba eludir por conveniencia ciertos aspectos y falsearlos, podría decirse que no quería darse cuenta. Y seguramente si alguien le advertía sobre dichos encuentros sin vigilancia, tampoco los hubiera tomado en consideración. Esta serie de quejas hacían sospechar a Freud de que podrían encubrir una corriente de reproches hacía ella misma.

(...) los reproches de Dora contra su padre se superponen en toda su extensión a reproches de igual contenido contra sí misma, como vamos a demostrar detalladamente. (...) Dora había obrado exactamente igual. Se había hecho cómplice de tales relaciones, rechazando todos los indicios que testimoniaban de la verdadera naturaleza de las mismas. Así, su comprensión de dicho carácter y las exigencias de ruptura planteadas al padre databan sólo de su aventura con K. en la excursión por el lado. (Freud, 1901, p. 951)

A esto adhiere Freud que Dora había protegido durante años enteros dichas relaciones. “Dora siguió profesando a la señora de K. una tierna amistad y no veía motivo alguno para considerar intolerable las relaciones de su padre con ella” (Freud, 1901, p. 951). Como muestra Freud, dicha complicidad en las relaciones entre ella y el Sr K. y su padre y la Sra de K. formaban cierta transacción y a su vez lograban velar y escenificar un acercamiento por parte de la paciente al personaje femenino de la Sra de K.

Para este momento del análisis Freud se ve muy cuestionado por las eventualidades de las relación amorosa que acaeció entre Dora y el Sr K. Durante los años en los que se centran los relatos de la paciente, que son aproximadamente, los tres años anteriores, ella había estado enamorada del Sr K, pero dicho amor había desaparecido a partir del evento del lago.”(...) hubiera estado enamorada de K. durante la época que habían pasado en B., pero que aquel amor se había desvanecido por completo desde la escena del lago” (Freud, 1901, p. 952). El desvanecimiento del amor de Dora por el Sr K. abre una serie de interrogantes en Freud. Este busca esclarecer las circunstancias por las que se dio dicha ruptura, pues, para él no quedaban del todo claras. Eso lo deja entrever en una nota de página donde expone lo siguiente “Surge aquí una cuestión. Si Dora amaba al Sr K., ¿como se explica su repulsa en la escena del lago, o por lo menos la forma brutal, testimonio de indignación, de dicha repulsa?” (Freud, 1901, p. 952).

Freud al abordar los síntomas de Dora como la expresión de un sentido, toma dos puntos de gran importancia para dar cuenta de ciertas características de la histeria. Por un lado encuentra la identificación de la histérica con el padre y con sus representantes y por otro, la característica fundamental del padre de la histérica, la impotencia. Dora padecía de accesos de tos con afonía, síntomas que ya se habían manifestado desde la infancia. Por un lado Freud interpreta la afonía de Dora como anhelo de tener al amado K cerca cuando este partía de viaje. La tos impenitente de la paciente, para Freud más bien expresaba una significación referente al padre.”(...) un síntoma significa la representación – realización – de una fantasía de contenido sexual y, por tanto, de una situación sexual” (Freud, 1901, p. 958). En un momento oportuno del análisis Freud tiene la oportunidad de interpretar dicha tos como la expresión de una fantasía sexual.

Cuando la enferma repitió una vez más que la mujer de K. amaba solamente a su padre porque se trataba de un hombre << de recursos >> (ein vermogender Mann). (...) detrás de aquel giro se escondía la idea antitética, esto es, la de que el padre era un hombre << sin recursos >> (ein unvermogender Mann). Esto puede tener tan sólo una interpretación sexual, o sea la de que el padre era impotente. (Freud, 1901, p. 958)

Freud confirma el material interpretado con la afirmación de la paciente y ésta le advierte que hay más de una manera de satisfacción sexual, tales como el empleo de otras zonas distintas a las genitales y Freud piensa directamente en aquellos órganos que en ella se hallaban en estado de excitación, es decir la boca y la garganta. “Había pues, que deducir que con aquella tos periódica, originada, como generalmente sucede, por un cosquilleo en la garganta, expresaba un situación de satisfacción sexual per os entre las dos personas cuyas relaciones amorosas la ocupaban de continuo” (Freud, 1901, p. 958). Dora añade que en sus años infantiles y hasta cierta época tardía albergaba la costumbre del chupeteo. Como se sabe

la mucosa labial y bucal son zonas erógenas primarias. La tos entonces expresaba una satisfacción sexual oral.

En estos pasajes se puede llegar a ciertas conclusiones. La primera por un lado es el establecimiento por parte de la paciente histérica de una identificación con el hombre a partir del padre, pues en dicha fantasía ella ocupa el lugar masculino, se aprecia también como el síntoma de la afonía expresa una identificación con un subrogado paterno. La segunda conclusión y no de menor importancia es que de aquí en más la característica del padre de la histérica se va a establecer como un padre “sin recursos, impotente” (Freud, 1901, p. 958).

Como se mencionaba con anterioridad, Freud intentaba llevar el camino del análisis hacia la escena del lago, pero Dora parecía insistir en repetir persistentemente su disgusto hacia su padre, esto dará pie a ciertas interpretaciones. “La repetición incesante de las mismas ideas relativas a los amores de su padre con la mujer de K. ofreció al análisis de Dora ocasión de otros distintos descubrimientos” (Freud, 1901, p. 962). Este califica a las ideas de su paciente como “prepotentes”, “reforzadas”, o “sobrevaloradas”, asentando así su carácter patógeno a lo que Dora agrega diciendo “<< No puedo pensar en otra cosa (...) no puedo perdonar a mi padre por su conducta. >>” (Freud, 1901, p. 962). Lo que muestra dicha insistencia de esta serie de representaciones patógenas en Dora, es la intensificación de una idea en la conciencia que cobra mayor apremio con el fin de no permitir que devenga consciente el material reprimido. Freud explica lo sucedido desde el marco edípico, y sugiere que Dora obraba más bien como una mujer celosa tal como fuera comprensible que hubiera obrado su propia madre, “Con el dilema que a su padre planteaba -<< Esa mujer o yo>>-, los reproches que le dirigía y su amenaza de suicidio se situaba claramente en el lugar de la madre” (Freud, 1901, p. 963), pero dice Freud que en las fantasías que suscitan el síntoma de la tos, resulta pues que también establece una identificación con la Sra de K. “Se identificaba, pues con las dos mujeres que su padre había amado” (Freud, 1901, p. 963). Como se admite anteriormente

estos celos hacia el padre encubrían y velaban la expresión de la representación reprimida, en este caso, la particular vertiente homosexual de Dora hacia la señora de K.

Detrás de la serie de ideas preponderantes que giraban en derredor de las relaciones del padre con la mujer de K., se escondía también un impulso de celos cuyo objeto era aquella mujer; un impulso, pues, que sólo podía reposar sobre una inclinación hacia su propio sexo. (Freud, 1901, p. 965)

Sobre estas consideraciones Freud añade algunos puntos que se le presentaban como interrogantes, que daban pie a la confirmación del material expuesto. Dora había sido delatada por su amiga en sus investigaciones sobre el campo de la sexualidad y el creciente interés que ambas compartían por el libro “La fisiología del amor” de Mantegazza, donde Dora era aprendiz de la Sra K, como lo había sido ya de la institutriz. Lo que lo sorprende es que esta nunca se dirigió de manera hostil hacia la Sra de K., más bien “cuando la sujeto hablaba de la mujer de K., alababa su << cuerpo blanquísimo >> con un acento más propio de una enamorada que de una rival vencida” (Freud, 1901, p. 966).

Freud expone acerca del componente hallado en la histeria, esa vertiente homosexual que es muy apreciable en el caso. En sus psicoanálisis tanto con sujetos masculinos como femeninos ha logrado vislumbrar de manera repetitiva, tal corriente homosexual. “En aquellos casos de mujeres o muchachas histéricas cuya libido sexual orientada hacia el hombre ha quedado enérgicamente reprimida, aparece regularmente intensificada la corriente homosexual, que a veces llega a hacerse consciente” (Freud, 1901, p. 966) y cierra el acápite con una conclusión de relevancia para la clínica de la histeria. “Estas corrientes afectivas masculinas, (...), son típicas de la vida amorosa inconsciente de las muchachas histéricas” (Freud, 1901, p. 967).

El caso produce varias elucidaciones sobre los rasgos clínicos de la histeria y apunta en cierta parte a la serie de identificaciones que Dora ha establecido con el hombre. Por un lado, está la posición masculina en las fantasías sexuales con satisfacción *per os* que se dirige hacia la mujer de K, luego están los celos contra el padre que más bien velan el amor homosexual hacia dicha mujer. Así la aseveración de Freud: “En aquellos casos de mujeres o muchachas histéricas cuya libido sexual orientada hacia el hombre ha quedado enérgicamente reprimida (...)” (Freud, 1901, p. 966), implica que su posición como mujer para un hombre no ha podido desarrollarse y se manifiesta con una dirección hacia la corriente homosexual, esta puntualización abre una pregunta que luego será respondida ¿Para qué Dora se dirige hacia la Sra. de K?, lo que por ahora se puede responder es que, sí, ella se dirige hacia esta última, pero identificada de manera masculina, identificada con el hombre. Freudianamente esta pregunta tiene un tope. Si bien Freud ha hecho valiosos descubrimientos para la clínica de la histeria, éste llega a un límite y ese límite es la sexualidad bajo la ley del Padre. Freud reduce su análisis a la lógica fálica y es por eso que no puede ir más allá, supone la complementariedad entre los sexos, por eso es que innumerables veces intenta encaminar a Dora al encuentro con el Sr. K, a que hable de él, ect. Eso es lo que le muestra Dora y es un valioso aporte por parte de la paciente, dar cuenta de un asunto que excede dicha lógica. Lacan, en su desarrollo teórico retomará este asunto desde algunas perspectivas que serán abordadas en el transcurrir del texto. La segunda conclusión es un tanto más diáfana ya que deja entrever que la corriente masculina que se dirige a una mujer, es típica de las pacientes histéricas.

En el transcurso del análisis van a surgir dos sueños que Freud califica de suma importancia para el advenimiento de la cura en la paciente. Afirma que los sueños son la representación y realización de un deseo inconsciente y se muestran deformados por los procesos de censura. Éste emprende el arduo trabajo de la labor interpretadora, logrando así

sustituir ideas estructuradas fácilmente localizables en la vida anímica. En el segundo sueño Dora llega a relatar el suceso que hasta ese momento le era desconocido casi en su totalidad a Freud y el cuál responde al motivo de su ruptura o desenlace amoroso con el Sr K., que aparecía en su relato como algo del orden de lo enigmático.

El fragmento versa de esta manera:

Retornamos, pues, a la escena a orillas del lago y a los enigmas con ella enlazados.

Rogué a Dora que me relatase una vez más, con todo detalle, tal escena. Al principio no aportó dato ninguno nuevo de importancia. K. había iniciado su declaración amorosa en serias reflexiones destinadas a justificarlas, pero la muchacha no le dejó desarrollarlas, pues en cuanto comprendió de lo que se trataba, le abofeteó y huyó de su lado. Quise saber cuáles habían sido exactamente las palabras de K., pero Dora sólo recordaba una de sus frases de justificación: <<Ya sabe usted que mi mujer no es nada para mí >>” (Freud, 1901, p. 988).

Como precisa Freud en el escrito, es la frase con la que busca el Sr K. justificar su declaración amorosa, pero justamente es la misma frase que pronuncia el padre de Dora al principio de la exposición del caso sobre su esposa. Como puede exponer los dos hombres con los cuales Dora ha establecido identificaciones dicen algo igual o similar sobre sus mujeres, -no son nada para ellos-, y fallan a la hora de mostrarle a Dora cómo una mujer puede ser causa de su deseo para un hombre.

Freud cierra el caso con el epílogo, donde da carta abierta al comentario sobre sus errores en el caso trabajado. Comenta el fenómeno transferencial y dilucida como éste es como tal el instrumento del analista, pero también puede llegar a convertirse en su mayor obstáculo. La transferencia es una serie de reediciones de productos idénticos del material inconsciente y que el análisis va a despertar con la característica sorprendente de ser dirigidos hacia la

persona del analista. Alude a sus dificultades en la transferencia con la joven paciente, que entorpecieron el fin del análisis, Freud consideraba que la paciente había obrado en él una venganza, pues él se consideraba un subrogado del padre de Dora. Ella lo abandona, y realiza un Acting out, pues actúa un fragmento esencial de sus recuerdos y fantasías en lugar de reproducirlos verbalmente.

En el penúltimo agregado de pie de página Freud dice:

Cuanto más tiempo me separa del término de este análisis, más me voy convenciendo de que mi error técnico consistió en la omisión siguiente: Omití adivinar a tiempo, comunicándoselo a la sujeto, que su impulso amoroso homosexual (...) hacia la mujer de K. era la más poderosa de las corrientes inconscientes de su vida anímica”. (Freud, 1901, p. 1001)

Así concluye Freud el caso encontrando aquí su límite en la relación transferencial con la joven paciente, no sin dejar abiertas algunas cuestiones sobre las afecciones histéricas, pero logrando precisar de manera lúcida algunos elementos de importancia para la clínica diferencial de la histeria.

Para cerrar el acápite se puede referir un poco a lo que devendrá el concepto de histeria y de su componente homosexual en Lacan que será abordado posteriormente. Este a lo largo de su enseñanza retornará al engranaje freudiano, para darle una nueva lectura a varios conceptos importantes de la clínica analítica, entre estos al de la histeria. Como tal, saca a la histeria del campo de la psicopatología y la aborda desde una mirada distinta. Llega a proponerla en un primer momento como una pregunta por la sexualidad, para luego situarla del lado macho en las fórmulas de la sexuación. Tanto Schejtman como Godoy sostiene que: “De un extremo al otro de su enseñanza Jacques Lacan opone, contra la posición clásica, histeria y feminidad” (Schejman & Godoy, 2008). En un párrafo seguido añaden “ Desde

temprano en su enseñanza Lacan diferencia la histeria y la feminidad hasta llegar a oponerlas” (Schejman & Godoy, 2008, p. 2).

HISTERIA MASCULINA

El conocido texto “Histeria y Obsesión”(1986) se preparó después del IV Encuentro Internacional del Campo Freudiano, que tuvo lugar en París el año de 1986 en el que se trata por motivos de dicho encuentro, una serie de elaboraciones sobre la tipología de las neurosis en base a lo que Freud deja como legado, y retomado por la relectura de Lacan. Pierre Bruno en “La histeria masculina” (Bruno, et al., 1986), propone ciertas precisiones que él recoge en los dos casos más paradigmáticos que encuentra en Freud para explicar la histeria.

Según Bruno el encuentro de Freud con la histeria masculina se gesta de manera temprana, muy contrariamente a lo que se cree, ya que las puntualizaciones sobre este tema son realmente escasas. Este primer encuentro se procura en 1896 cuando Freud se enlistaba como alumno de Charcot. Uno año más tarde de su regreso a Viena, expone en la Sociedad de Medicina el caso de “Augusto P., calificado por Freud de histeria traumática” (Bruno, et al., 1986, p. 106). Es de importancia el giro que toma su práctica clínica cuando conoce a Charcot.

Freud le rindió homenaje reiteradamente por haber constituido la histeria en tipo clínico, donde las diversas formas sintomáticas se podían ordenar en una serie objetivable, excluyendo la asimilación de la histeria a la simulación y asegurando su inserción en la ciencia. Al mismo tiempo, la histeria era calificada de neurosis, es decir, no reductible a una lesión orgánica. (Bruno, et al., 1986, p. 106)

Bruno considera fundamental la concepción que construye Charcot sobre el traumatismo y la histeria para lo que devendrá como psicoanálisis. “El traumatismo choque local, produce un proceso fisiológico de paresia provisoria que lleva al sujeto conmocionado a la idea de impotencia motriz de donde resulta, por autosugestión, la formación de un síntoma histérico de parálisis” (Bruno, et al., 1986, p. 106). Años después Freud hará la ruptura con su maestro, sosteniendo que el efecto patógeno del traumatismo, no está ligado a lo que respecta como fisiológico, “(...), sino a las significaciones que el sujeto le confiere al traumatismo, y de las que no quiere saber nada. De esta manea Freud se separa irreversiblemente de Charcot para fundar el psicoanálisis en el concepto de represión” (Bruno, et al., 1986, p. 106)

De esta manera se puede continuar con la exposición de casos que Freud toma de dos hombres de arte, por un lado el pintor Cristóbal Haitzmann de origen bávaro y por otro lado uno de los escritos más influyentes de la literatura rusa, Fiódor Dostoievski.

Su nombre llama de sobremanera la atención “Una neurosis demoniaca del silgo XVII” (Freud, 1922)”. Es interesante lo que subraya Freud en relación a la presentación formal del síntoma en las diversas épocas de la historia, da cuenta de que el cambio en la estructura social determina la envoltura y la forma en la que se presenta el padecimiento. “Algo semejante habremos de esperar de las enfermedades neuróticas del siglos pretéritos, a condición de hallarnos preparados a encontrarlas bajo rótulos distintos de los que designan a nuestras neurosis actuales” (Freud, 1922, p. 2677). Es decir que en las épocas donde existía un predominio en lo social de lo religioso, es muy probable que se encuentren neurosis con la firma de ataques demoniacos. Agrega, que su época atravesada por el inminente cientificismo no sería difícil encontrar síntomas que se esconden enfermedades orgánicas. Para Freud los demonios devienen deseos hostiles reprimidos, expulsados fuera de la consciencia, “Los demonios son para nosotros malos deseos rechazados; ramificaciones de impulsos instintivos reprimidos” (Freud, 1922, p. 2677).

De esa manera se introduce a la historia del pintor Cristóbal Haitzmann, relato que le llega desde el Dr. Payer-Thurn, director de la biblioteca imperial de Viena. Payer-Thurn había hallado un manuscrito que relataba y retrataba la intervención milagrosa por parte de la Virgen María, de un pacto sellado con el demonio. El manuscrito aparece con una portada, ocho dibujos hechos por el pintor representan el pacto y la intervención divina en la capilla de Mariazell, por su parte el contenido se encuentra escindido en dos partes de características muy diferentes: el informe en latín del monje que actuó como escriba y un fragmento del diario del contrato del paciente con el demonio escrito en alemán.

Como antecedentes del caso, se puede situar que el 5 de septiembre del año 1677, el pintor Haitzmann fue llevado al vecino lugar de Mariazell. “El día 29 de agosto anterior, hallándose en la iglesia, se vio acometido de terribles convulsiones” (Freud, 1922, p. 2678). Cuando es consultado por parte del prefecto eclesiástico el por qué de sus ataques, éste responde haber hecho un trato no lícito con el mismo demonio.

(...), efectivamente, nueve años antes, en una época de desconfianza en sus dotes artísticas y en la posibilidad de subsistir, había cedido a las sugerencias del demonio, que ya le había tentado nueve veces, y se había comprometido, por escrito, a pertenecerle en cuerpo y alma pasado cierto plazo, que expiraba precisamente el día 24 del mes en curso (Freud, 1922, p. 2678)

El infeliz pintor estaba arrepentido del acto cometido y quería solicitar redención bajo el manto de la Virgen de Mariazell, obligando al demonio a devolverle los pactos firmados, el primero con tinta y el segundo con sangre. Freud comenta lo que escriben las entidades de la iglesia como un avistamiento del demonio y la devolución del pacto al cual no considera un relato sincero por parte de los párrocos. Lo que a fin de cuentas sucede, es que luego de la devolución del pacto Haitzmann retorna a Viena, donde un tiempo después reaparecen lo

síntomas como visiones, convulsiones y parálisis, lo que hace que este regrese a Mariazell a solicitar la devolución del pacto precedente.

Freud abre la siguiente interrogante “¿Cuál fue, para Cristóbal Haitzmann, el motivo de su pacto? (Freud, 1922, p. 2681)”. El pintor relata que algunas veces el demonio se le había hecho presente, con un sin número de tentaciones tales como, libros de magia negra, riqueza, placer etc, pero éste no acepta. La otra parte de manuscrito informa los lectores de manera lúcida sobre lo que empuja al pintor a arreglárselas con la ayuda del demonio.

Haitzmann había caído en honda melancolía; se sentía incapaz de trabajar en su arte, o sin voluntad para ello, y le preocupaba amargamente la idea de una muerte próxima (...). Vemos así que nos encontramos realmente ante un historial patológico, y averiguamos también cuál fue la causa ocasional de tal enfermedad, a la que el pintor mismo da, en las notas a sus dibujos, el nombre de << melancolía >>. (Freud, 1922, p. 2681)

Luego el abad de la congregación religiosa da la fuente de dicha depresión, señalando definitivamente que su causa es la muerte del padre. Así es que el pintor cae en profunda melancolía por el fallecimiento de su padre, siendo entonces, el momento en que se data por primera vez el apareamiento del demonio que va en promesa de auxilio. Entonces Haitzmann vende el alma para emanciparse de la honda tristeza en la que había caído. En lo que corresponde a los pactos son de singular extrañeza. Como se conoce, los llamados pactos con el demonio incurren en un intercambio entre este y la persona que busca algún beneficio, y consiste en que la persona beneficiada retribuye con el alma dicho beneficio. Haitzmann por su parte se sujeta a las demanda del demonio como se logra atestiguar en los dos pactos.

Primer pacto, “Yo, Cristóbal Haitzmann, me obligo a este señor, como hijo suyo fidelísimo, por nueve años. Año 1669” (Freud, 1922, p. 2682).

Segundo pacto, “Año 1669. Cristóbal Haitzmann. Me obligo a Satanás y me comprometo a ser su hijo fidelísimo y a entregarle, dentro de nueve años, mi cuerpo y alma (Freud, 1922, p. 2682).

Freud señala que esa demanda que el demonio hace al pintor, no es más que una expresión de un deseo del mismo. El diablo se compromete a sustituir al padre durante nueve años.

Así pues, el proceso mental que motivó en el pintor su pacto con el diablo parece haber sido el siguiente: La muerte de su padre le ha hecho perder la alegría y la capacidad de trabajo: si logra hallar un sustituto del padre, espera recobrar lo perdido. Un individuo a quien la muerte de su padre le ha hecho caer en melancolía tiene que haber amado tiernamente al mismo. Pero entonces resulta en extremo singular que a un tal sujeto se le ocurra elegir al demonio como sustituto del padre amado. (Freud, 1922, p. 2682)

Freud considera sin preámbulo alguno, que el demonio es el sustituto directo de padre de Haitzmann. Sostiene que Dios es un sustituto del padre, uno idealizado de la infancia. Esta imagen infantil deja una huella mnémica que se registra de este padre primordial, formando una representación de Dios. Luego por efecto del conflicto edípico y la castración, el padre es disminuido y la relación del niño con este se torna de carácter ambivalente, integrando así impulsos hostiles, lo que revela que el padre por efecto de dicha ambivalencia puede alojarse del lado antitético de Dios como el Demonio.

Freud comenta que existen otros sustitutos del padre en la zoofobia y que coincide con el totemismo, pero nunca había dado cuenta de manera tan clara que el diablo pueda figurar sustituto del padre. “Deducimos de ello que el sujeto se hallaba tiernamente ligado a su padre por un intenso amor filial y recordamos con cuánta frecuencia surge también una grave melancolía como forma neurótica del duelo por la pérdida de personas queridas” (Freud,

1922, pp. 2685-2686). Sostiene más adelante que esta ambivalencia es la que prepara la posibilidad del rebajamiento de la figura paterna, que es tan evidente en esta neurosis del siglo XVII. Como tal existen motivos típicos de la corriente hostil al padre arraigadas en el tuétano de la relación paterno filial.

Un rasgo importante que toma en consideración Freud es la repetición acentuada del número nueve. En primer lugar el pacto con el demonio es cerrado por nueve años. Luego nueve veces pretende el pintor haberse salvado de las tentaciones del demonio. Esto Freud lo considera como una fantasía de gestación que se anuda muy bien al nódulo principal de la neurosis que sufre el paciente. “Otro detalle de las relaciones del pintor con el demonio apunta igualmente hacia la sexualidad” (Freud, 1922, p. 2687).

La primera vez que el demonio se le hace presente al pintor, lo hace bajo las características de un viejo burgués. La siguiente vez lo hace desnudo “(...) y exornando con dos pares de senos femeninos” (Freud, 1922, p. 2687). Una aparición posterior sostiene Freud a través del manuscrito lo hace además de con senos, con un pene en forma de serpiente. Estos puntos que señala Freud van a dar la clave para comprender de mejor manera la parte negativa de la relación del sujeto con su padre. “Contra lo que Haitzmann se rebela es contra la actitud femenina con respecto al padre, la cual culmina en la fantasía de parirle un hijo (...)” (Freud, 1922, p. 2687). Con el duelo lo que sucede es que la fantasía de embarazo que había sido reprimida muchos años antes cobra intensidad, y es contra la cual tiene que defenderse con la neurosis. Al finalizar texto, Freud se cuestiona sobre los factores desencadenantes de la neurosis que aqueja a Haitzmann.

(...) ¿por qué el padre rebajado a la categoría de demonio muestra en su cuerpo una característica de la femineidad? La actitud femenina con respecto al padre sucumbió a la represión en cuanto el niño comprendió que la competencia con la mujer por el

amor del padre tenía por condición la pérdida del propio genital masculino, o sea, la castración. La repulsa de la actitud femenina es, por tanto, consecuencia de la resistencia a la castración, y encuentra, regularmente, su más intensa manifestación en la fantasía contraria de castrar al padre haciéndole mujer. Los senos del demonio corresponderían así a una proyección de la propia feminidad sobre el sustituto del padre. (Freud, 1922, pp. 2687-2688)

Otra explicación que Freud encuentra sobre el exorno del cuerpo del diablo, la produce ahora desde la vertiente cariñosa y sostiene “(...) de que la ternura infantil ha sido desplazada desde la madre al padre, y deduce así una fijación responsable, a la vez, de una parte de la hostilidad contra el padre” (Freud, 1922, p. 2688), de modo que de esa manera se explica por que el demonio es adornado con senos. De allí también es comprensible que el paciente dirigiese su demanda de auxilio a la Santa Madre. De esta manera se puede cerrar los puntos más relevantes en lo que respecta al pintor Haitzmann.

Ahora se desarrollará uno de los casos de mayor importancia en el encuentro de Freud con la histeria masculina, que se debe al interés que éste tenía con respecto al gran escritor ruso del siglo XVIII Fiódor Dostoievski, redactando el texto “Dostoievski y el parricidio” (Freud, 1927) que pone en escena las diversas relaciones de este con sus manifestaciones sintomáticas. Comienza mencionando las múltiples facetas que ha logrado encontrar en el mencionado autor, tales como “el poeta, el neurótico, el moralista y el pecador” (Freud, 1927, p. 3004). Luego de elucidar los diversos aspectos de las facetas mencionadas se detiene con una pregunta y a su vez proporciona la respuesta:

¿Que es rigurosamente lo que prueba la existencia de la neurosis? Dostoievski se tenía – y era tenido, en general – por epiléptico, a causa de los graves ataques de convulsiones musculares que le aquejaban, acompañados de pérdida de conocimiento

y seguidos de honda depresión. Pero lo más probable es que esta pretendida epilepsia fuera tan sólo un síntoma de su neurosis, la cual podríamos clasificar, en consecuencia, como histeroepilepsia; esto es, como una histeria grave. (Freud, 1927, p. 3005)

A continuación Freud con su extensa incursión en la medicina, hurga en las características patológicas de la afección y a su vez de los afectados por la epilepsia, entre estas se puede situar como efecto, una grave degeneración cerebral y defectos cerebrales. Éste llega a la conclusión de que dicho malestar encuentra su raíz en una problemática muy distinta a la del orden orgánico y dice:

La <<reacción epiléptica>>, términos con los que podemos designar este conjunto, se pone indudablemente a disposición de la neurosis, cuya esencia consiste en derivar por el camino de lo somático aquellas magnitudes de excitación que le es imposible manejar psíquicamente. (Freud, 1927, p. 3006)

Se vislumbra en lo que respecta a la cita anterior como Freud utiliza para describir el malestar que aqueja a Dostoievski el concepto trabajado en el apartado número III de la conversión histérica, concepto fundamental para Freud a la hora de precisar un diagnóstico.

Continúa la cita:

El ataque epiléptico pasa a ser, de este modo, síntoma de la histeria (...). Es, por tanto, acertado distinguir entre una epilepsia orgánica y una epilepsia <<afectiva>>. (...) la primera la padece un enfermo del cerebro, y quien padece la segunda, un neurótico. En el primer caso, la vida anímica sufre una perturbación ajena a ella y procedente del exterior; en el segundo, la perturbación es una manifestación de la vida anímica misma. (Freud, 1927, p. 3006)

Con aquel pasaje deja claramente expuesta la separación entre, una epilepsia orgánica y una afectiva que expresa un síntoma histérico, que puede ser localizado dentro de la vida anímica del sujeto. La historia del síntoma de Dostoievski se remonta a su temprana infancia, y es trabajado por Freud a través de unos ensayos realizados por “René Fullop-Miller y Orest Miller”, cuyas referencias se encuentran situadas en el mismo texto (Freud, 1927, p. 3007). Retratan algunos momentos importantes de la vida de Fiódor Mijailovich. Esto lo añade Freud en un pie de página y subraya que la creencia más verosímil, es de que los síntomas aparecieran a muy temprana edad, -en la niñez de Dostoievski-, para luego devenir en su forma última como epilepsia cuando padece el impacto de una vivencia aterradora. “ (...) a los dieciocho años de edad sufrió el sujeto la conmoción de una terrible vivencia: el asesinato de su padre” (Freud, 1927, p. 3007)

Siguiendo los pasajes freudianos, se establece una relación entre el parricidio que se produce en la famosa obra “ Los hermanos Karamazof ” (Dostoievski, 1981) y el destino sufrido por el padre de Dostoievski tema recogido por más de un interesado en la vida del autor. “El psicoanálisis, (...) tiende a ver en este suceso el trauma más grave, y en la reacción de Dostoievski, la piedra angular de su neurosis (Freud, 1927, p. 3007).

Freud intenta reconocer el sentido del síntoma en la infancia de Dostoievski, síntomas que aparecen antes de su epilepsia grave a su edad adulta.

Estos ataques significan la muerte: eran precedidos de accesos de miedo a morir, y consistían en estados de sueño letárgico, (...) un sentimiento como si fuera a morir al instante y, efectivamente, tal sentimiento seguía un estado análogo al de la verdadera muerte. (Freud, 1927, p. 3007)

Dostoievski, según Freud dejaba advertidos a sus hermanos, que en caso de caer en un estado letárgico análogo a la muerte no lo enterrasen hasta pasados cinco días de lo ocurrido.

Luego añade que estos ataques mimetizan a la muerte y comenta que son el establecimiento de una catexia identificatoria:

Suponen una identificación con un muerto, con una persona que ha muerto realmente o que vive aún, pero a la que se le desea la muerte. Este último caso es más importante. El ataque tiene entonces un valor de castigo. (...) El ataque -llamado histérico- es pues, un autocastigo por el deseo de muerte contra el padre odiado. (Freud, 1927, p. 3008)

Freud logra establecer la causa del síntoma infantil de Dostoievski, haciendo de éste un nexo con una identificación al padre odiado, a quien se le ha deseado la muerte. Comenta también la incidencia del parricidio en la Cultura y acierta en decir que es el “crimen capital y primordial” (Freud, 1927, p. 3008), tanto de la Humanidad como del individuo y señala que ésta es la fuente principal del sentimiento de culpabilidad. Lo deja establecido de forma clara en su escrito siguiente “El malestar en la cultura”, (Freud, 1929) dónde caracteriza la influencia del parricidio y sus efectos sobre la Cultura a través de la inscripción de la prohibición del incesto, separa en dos momentos los efectos del parricidio. Primero ubica lo que él menciona como “remordimiento” a la satisfacción de la hostilidad que se produce en el asesinato del padre y la segunda como “culpabilidad”, es decir cuando se alberga el deseo de descargar la hostilidad hacia el padre y el monto de la hostilidad es transformada por la instancia que regula los deseos, el Super-yo, en culpabilidad. Ahora la hostilidad se dirige bajo la forma de reproches al yo. (Freud, 1929, p. 3053)

Comenta que dicha pugna es como tal el nódulo del Complejo Edipo, señala la ambivalencia afectiva como una relación primitiva del niño con su padre.

Además del odio que quisiera suprimir al padre como a un enfadoso rival, existe, conjuntamente, cierta magnitud de cariño hacia él. (...) En un momento el niño llega a

comprender que la tentativa de suprimir al padre como a un rival sería castigada por aquél con la castración. Y así, por miedo a la castración, esto es, por interés de conservar su virilidad, abandona el deseo de poseer a la madre y suprimir al padre.

(Freud, 1927, p. 3008)

En tanto toda esta vasta gama de relaciones ambivalentes es reprimida en el inconsciente, podemos señalar que conserva su efectividad y por consiguiente es fuente del sentimiento de culpabilidad. Todos estos sucesos son destino normativos del complejo de Edipo. Lo que señala Freud como tal, es el punto central de lo que respecta a la histeria masculina, situando como factor relevante el carácter de la bisexualidad y el retroceso frente a la castración.

También agrega que el odio y el enamoramiento del padre sucumben a la represión.

Una complicación más surge cuando en el niño se halla intensamente desarrollado aquel factor al que damos el nombre de bisexualidad. Entonces, ante la amenaza de perder la virilidad por obra de la castración, se intensifica la tendencia a encontrar una salida por el lado de la feminidad, situándose en el lugar de la madre y adoptando su papel de objeto erótico para con el padre. Pero el miedo a la castración hace también imposible esta solución. El sujeto comprende que también habrá de someterse a la castración si quiere ser amado, como una mujer, por el padre. De este modo ambos impulsos, el odio al padre y el enamoramiento del padre, sucumben a la represión.

(Freud, 1927, p. 3008)

Esta cobardía caracterizada por el miedo a la castración, hace que el odio caiga bajo represión, pues, aquella es un peligro proveniente del exterior de la cual el sujeto puede ser víctima, asimismo el enamoramiento del padre, en tanto que es un peligro interno que conlleva a la misma consecuencia, la ineludible castración.

De los dos factores que reprimen el odio al padre, el primero, el miedo directo al castigo y a la castración, puede ser calificado de normal, mientras que la intensificación patógena parece ser adoptada por el otro factor, el miedo a la actitud femenina. Una intensa disposición bisexual es así una de las condiciones o uno de los refuerzos de la neurosis. (Freud, 1927, pp. 3008-3009)

Freud encuentra en esta disposición bisexual, la explicación sobre el apego que tiene Dostoievski para con sus amistades masculinas, y la actitud singularmente cariñosa con sus rivales en las cuestiones amorosas. En relación al síntoma epiléptico del escritor, dice lo siguiente, retomando su exposición sobre el super-yo. La identificación al padre puede ocupar un lugar definitivo en la economía del yo. Esta instancia, el super-yo, se ubica como de distinto contenido al restante. Se asienta entonces“(…), como heredera de la influencia del padre (…)” (Freud, 1927, p. 3009). Es decir agrega las características y cualidades del padre, ya sea su severidad, su violencia. El super-yo es sádico, con respecto al yo masoquista. Lo que implica que se encuentra cierta satisfacción en la búsqueda de castigo y esto es lo que muestra los síntomas de Dostoievski y su identificación al padre. “El síntoma temprano de los << ataques de muerte >> se nos explica como una identificación con el padre, tolerada por el super-yo con un fin punitivo” (Freud, 1927, p. 3009). Para éste la relación del hijo con el padre que emana del Edipo, simplemente cambian de escenario, a uno psíquico, es decir el conflicto permanente entre el super-yo y el yo. De hecho agrega que dichas relaciones suelen volverse más hostiles, esto lo encuentra en Dostoievski en quien perdura su odio y deseo de muerte hacia el padre. No menos interesante es cuando se produce el cumplimiento de la fantasía en la realidad, en Dostoievski esto desata el síntoma epiléptico.

Hallamos en extremo singular; en el aura del acceso el sujeto vive un instante de máxima felicidad, fijado acaso por el sentimiento de triunfo y de liberación emergentes al recibir la noticia de la muerte, al que sigue en el acto el castigo, tanto

más cruel. Una sensación de triunfo y duelo, alegría festiva y duelo hallamos también repetida entre los hermanos de la horda primordial, que después de matar al padre , lo vuelven a hallar en la ceremonia de la comida totémica. (Freud, 1927, p. 3010)

Esta búsqueda de castigo, -señala Freud-, se puede atisbar en los accesos de epilepsia, pues nunca se produjeron en Siberia bajo la condena que cumplía. Se conoce que el castigo que el Zar impuso a Dostoievski era injusto y éste lo acepta como “sustitución del castigo al que su pecado contra su verdadero padre le había hecho acreedor” (Freud, 1927, p. 3010).

En una puntualización que hace como pie de página agrega lo siguiente:

La mejor información sobre el sentido y contenido de los ataques de Dostoievski nos lo procura el propio interesado al comunicar a su amigo Strachoff que la irritabilidad y la depresión que le asaltaban después de sus ataques epilépticos tenían su origen en el hecho de que en tales períodos se aparecía a sí mismo como un criminal y no podía libertarse del sentimiento de haber echado sobre sí una terrible culpa incógnita, haber cometido un terrible crimen que le agobiaba. (Freud, 1927, p. 3010)

Esta culpabilidad que tiene una fuente desconocida para el escritor, se la puede situar como una consecuencia de la efectividad inconsciente del material reprimido, que al momento de satisfacerse desde su opacidad dicha hostilidad hacia el padre, emergen en la consciencia autoreproches. Es de singular relevancia como este crimen determina las relaciones del escrito tanto con la autoridad estatal y su creencia en Dios. Con respecto al primero como se ejemplificó anteriormente, muestra un sumisión absoluta para con el Zar, y en relación al ideal del cristianismo, buscaba una salida, una redención a sus sufrimientos como base de una aspiración al papel de Cristo.

Freud comenta que estas manifestaciones de hostilidad al padre no están echadas al azar. “Tal es, en efecto, el tema del Edipo de Sófocles, del Hamlet shakespeariano y de Los hermanos Karamazof. Y en lo tres aparece también a plena luz el motivo del hecho: la rivalidad sexual por una mujer” (Freud, 1927, p. 3011). Situando la novela de Sófocles, sostiene que en el drama griego, el personaje principal proyecta en el escenario el motivo inconsciente como una destino ajeno a él. Como es sabido comete el acto criminal de manera inintencionadamente, es decir sin acceso a la consciencia del motivo como tal. “Una vez descubierta su culpa hecha consciente, no sigue tentativa alguna de descargarla de si recurriendo a la construcción auxiliar de la fatalidad, sino que es reconocida y castigada como una culpa consciente, (...)” (Freud, 1927, p. 3011).

En la novela de Dostoievski, se encuentran los tres hermanos Karamazof hijos de Fiódor Pávlovich. Estos son Dimitri considerado como violento, Iván como el inteligente que termina tornándose loco y Aliosha como el religioso. Tenían tanto una disputa monetaria por cuestiones de herencia, como un conflicto por una mujer. Al otro lado de la escena se encuentra Pavel -hijo no reconocido de Fiódor-, quien sirve de cocinero. Este un día decide matar al padre por sugerencia de Iván.

El parricida es, en efecto, otro hermano, al que Dostoievski atribuye singularmente su propia enfermedad, la pretendida epilepsia, como si quisiera confesar que el neurótico y epiléptico que en él había era un parricida (...). La simpatía de Dostoievski hacia el delincuente es realmente ilimitada (...). (Freud, 1927, p. 3012)

En un acto de la obra arguye lo siguiente. Estaban en el tribunal, cuando Dimitri era juzgado como el asesino de su padre y Freud sostiene que de un modo muy hábil Dostoievski logra abordar la cuestión de lo psicológico y el procedimiento judicial. Al punto decir que es indiferente -acentúa Freud- quien haya cometido el crimen, “lo único que importa es quien lo

ha deseado en su fuero interno y ha acogido gustoso su realización, y por eso son igualmente culpables todos los hermanos” (Freud, 1927, p. 3012). Para Dostoievski el criminal es análogo al redentor, pues es el valiente que se atreve a cargar con la culpa de todos lo demás, es una identificación sobre la hostilidad dirigida hacia el padre. Esta identificación con el delincuente subraya Freud, es la base de todas las obras del conocido escritor. Muestra en ejemplos como a lo largo de su vida Dostoievski se veía dominado por su fuerte tendencia a la autopunición, ya sea por la vía literaria o del juego.

Para concluir el presente apartado es importante resaltar lo puntos que caracterizan a la histeria masculina.

1. La primera diferencia que se puede aislar de la histeria masculina con respecto a su homónimo, la histeria femenina, “(...) es la intensidad sobredeterminada del odio por el padre en el complejo de Edipo” (Bruno, et al., 1986, p. 107). Puesto que lo que opera en la histeria femenina contrariamente es el amor por el padre.
2. El amor al padre opera la inversión del Edipo, con el fin de evitar la confrontación del lado masculino, esto lo conduce inevitablemente a un impasse subjetivo. Por un lado no acepta la castración del lado macho, retrocediendo frente al enfrentamiento con el padre, al lado femenino. Y estando del lado femenino retrocede ante la implicación de una posición femenina en relación al padre. En ambos casos estos acuden a soluciones frágiles. “El compromiso que adopta es precario: consiste en representar el diablo como mujer, es decir, castrar al padre, aquello por lo que Haitzmann espera obtener la denegación de la propia castración” (Bruno, et al., 1986, p. 108).
3. En los dos casos, tanto Haitzmann, como Dostoievski no confrontan el odio por el padre, la angustia de castración los lleva a la posición femenina, y es lo que Bruno considera, “(...) característica de “cobardía” frente al padre (...)”. (Bruno, et al., 1986,

p. 108). La única manera que estos pueden confrontar al padre es a través de su arte, no por algo Haitzmann busca recobrar su deseo cuando cae en la melancolía.

4. Como efecto de estos vaivenes en el orden de lo edípico, se abre la clásica pregunta en la histeria masculina por la sexualidad

LA HISTERIA EN LA ENSEÑANZA DE LACAN

PRIMERA ENSEÑANZA

La complacencia somática y la pregunta histérica son los abordajes más importantes de esta etapa de la enseñanza de Lacan, la cual se caracteriza por estar estrechamente relacionada con la teoría freudiana. Se destaca así mismo, el predominio del registro imaginario en la articulación de las teorías. La relación de la histérica con los otros de su entorno será otro punto de suma importancia en esta etapa del estudio sobre la neurosis histérica.

LA HISTERIA Y LA COMPLACENCIA SOMÁTICA

Lacan hace una primera aproximación a la definición de la formación del síntoma histérico partiendo de la siguiente afirmación: “Las primeras concepciones psicoanalíticas fundaron la noción de las fijaciones anormales de la libido en órganos no sexuales (síntomas histéricos)” (Lacan, 1932, p. 72)

Más tarde, va a ampliar el criterio que tiene sobre los síntomas histéricos, explicando lo que antes se refería como fijaciones anormales de la libido, representándolo, ahora, como una desintegración de una función somáticamente localizada. (Lacan, 1938, p. 129)

Aquí se encuentra que Lacan de cierta forma, intenta explicar la conversión, pero este no la llama así, si no que va explicando, a través de varios conceptos, cómo es que se produce este

fenómeno al que Freud se refiere como conversión. En el texto, “La Familia” de 1938 Lacan, hablando de las neurosis de transferencia, muestra una conceptualización sobre la histeria:

La histeria. El síntoma histérico, que es una desintegración de una función somáticamente localizada (parálisis, anestesia, algia, inhibición, escotomización), basa su sentido en el simbolismo organomórfico -estructura fundamental del psiquismo humano según Freud -, que manifiesta a través de una especie de mutilación la represión de la satisfacción genital. (Lacan, 1938, p. 129)

Lacan así mismo habla ya desde esta época de un momento del psiquismo en el que el cuerpo está fragmentado, explica que esta relación que hay entre el objeto y el cuerpo es la base de lo que él lo llama estadio del cuerpo despedazado, y se sirve de este término para explicar que en esta etapa de desarrollo hay fenómenos motores muy similares los síntomas histéricos y dice que no hay relación entre este estadio del desarrollo y los orígenes de la complacencia somática, ya que el origen de ésta como elemento constitucional de la histeria, pertenece a otro orden.

En el mismo texto Lacan se refiere al síntoma como un modo de huir de la angustia y continúa diciendo que “la angustia es ocultada en este caso mediante un sacrificio mutilador: y el esfuerzo de restauración del yo se señala en el destino del histérico a través de una reproducción repetitiva de lo reprimido”. (Lacan, 1938, p. 129)

Retomando el texto “La Familia” de Lacan, Mazzuca va a exponer, a través de tres puntos, las ideas principales expuestas por Lacan cuando se refiere a las neurosis y el modo de respuesta que se presenta frente a la irrupción de la sexualidad. Primero comenta que la histeria, tanto como la obsesión, son efecto de accidentes en el desarrollo sexual, poniendo como características principales a la seducción para la histeria y la revelación para la obsesión. Siendo éstas las posiciones a través de las cuales el neurótico responde. Se debe

tener en cuenta, que como se mencionó en los apartados anteriores, Freud rectifica su concepto de la seducción como etiología sexual de la neurosis, dándole privilegio a la represión como causa etiológica.

Luego, como segundo punto importante van a decir que tanto la histeria como la obsesión dependen de en qué lugar del drama existencial se establezca el acento, ubicando estos lugares como “aceptación de la separación” para la obsesión y la “identificación del yo” para la histeria. Como último punto van a ubicar, como causa y contenido de síntomas neuróticos a la ambivalencia para la obsesión y homosexualidad para la histeria. (Mazzuca, et al., s.f., p. 76) Lacan en el texto “El estadio del espejo como formador de la función del yo, tal como se nos presenta en la experiencia psicoanalítica”, detalla la importancia que tiene la imagen y el cuerpo en los síntomas histéricos. Explica que el estadio del espejo es una identificación, “(...) a saber, la transformación producida en el sujeto cuando asume una imagen” (Lacan, 1949, p. 86). Determina la importancia que tiene el estadio del espejo para pasar de lo que él llama un cuerpo fragmentado a la identidad enajenante. Es la relación del organismo con su realidad, a través de la cual se separa la *Innenwelt* (mundo interior) y la *Umwelt* (medio ambiente).

Lacan explica en el mismo texto, que el estadio del espejo es crucial en la etapa de formación del individuo, en tanto promueve la totalidad imaginaria de un cuerpo ya no fragmentado.

El estadio del espejo es un drama cuyo empuje interno se precipita de la insuficiencia a la anticipación; y que para el sujeto, presa de la ilusión de la identificación espacial, maquina las fantasías que se sucederán desde una imagen fragmentada del cuerpo hasta una forma que llamaremos ortopédica de su totalidad. (Lacan, 1949, p. 90)

Como una actualización al concepto de conversión Lacan va a decir que este cuerpo fragmentado puede aparecer de forma tangible en lo orgánico, explicándolo como líneas de fragilización que definen la anatomía fantasmática, y que en la histeria aparecerán como síntomas de “escisión esquizoide” o de espasmo. (Lacan, 1949, p. 90) Hasta este momento se puede notar, en la enseñanza lacaniana, definiciones muy ligadas a los conceptos freudianos, como libido, satisfacción sexual, represión. En esta etapa de la enseñanza de Lacan podemos hablar del síntoma histérico como un punto en donde la fijación de libido no es en el órgano sexual.

Como decíamos antes, Lacan intenta explicar la conversión, síntoma histérico, a través del cual, Freud se sirve para comenzar sus estudios sobre el psiquismo y definir los primeros conceptos de psicoanálisis. Mazzuca explica como fragmentación corporal lo que Freud introduce como conversión. Este término aparece en Lacan como “cuerpo fragmentado” en relación al síntoma histérico.

Aunque las menciones puntuales a la histeria en este período son escasas, el tema que más insiste en relación con ellas es el de la “fragmentación corporal”. En uno de los escritos más elaborados previos a 1953 dice, por ejemplo: “[...] la represión de la sexualidad impone más fácilmente a las funciones corporales el despedazamiento mental con que es posible definir la histeria [...]” “En síntesis, la acentuación más relevante de este período en relación con la histeria radica en la noción de fragmentación corporal que, si bien comparte un cierto registro fenoménico con el concepto freudiano de conversión, resulta conceptualmente muy diferente de éste. Esta noción es mantenida a lo largo de la obra de Lacan y, con la introducción de las referencias estructuralistas, es ubicada como un efecto de corte del lenguaje sobre el cuerpo. (Mazzuca, et al., s.f., p. 76)

Se encuentra entonces en este momento con todas las definiciones expuestas por Lacan de lo que se refiere a la complacencia somática, es decir, varias explicaciones sobre el síntoma histérico, ligado al cuerpo.

FREUD Y EL CASO DORA

Lacan le da una especial importancia al caso Dora en los múltiples momentos de su enseñanza, utilizándolo para ejemplificar varios conceptos que va construyendo. Lacan en el seminario 4 expresa la importancia de este caso en la clínica sin dejar de recomendar la lectura del mismo en Freud. “Este caso es tan rico, que todavía permite hacer descubrimientos, y este rápido recordatorio no puede de ningún modo sustituir a una lectura atenta” (Lacan, 1956-1957, p. 140).

En el texto “Intervención sobre la transferencia”, analiza el caso Dora trabajado por Freud para hablar de la transferencia y señala que hay que tener en cuenta que Freud expone el caso a través de una serie de inversiones dialécticas. La primera vez que Freud se refiere al término transferencia es para conceptualizar el obstáculo con el que se topa el análisis. Como ya se sabe el caso Dora llegó a un punto de fracaso, para llegar a ese punto Lacan va a analizar todas las fases que atravesó el análisis. En primer lugar expone un desarrollo de la verdad partiendo de una pregunta realizada por Freud. “¿irá a mostrarse tan hipócrita como el personaje paterno?” (Lacan, 1951, p. 207) Aquí el autor explica que Dora comienza a relatar una serie de recuerdos de los cuales se resalta un contraste con la imprecisión biográfica de la neurosis.

La señora K y el padre de Dora son amantes desde hace tantos años y lo disimulan de forma ridícula. Dora queda expuesta a los galanteos del Sr. K mientras su padre se hace de la

vista gorda, quedando así, ella como objeto de un odioso cambalache (Lacan, 1951, p. 207). La paciente le plantea a Freud la pregunta “Esos hechos están ahí, proceden de la realidad y no de mí. ¿Qué quiere usted cambiar en ellos?” (Lacan, 1951, p. 208). Frente a esto Freud responde con una primera inversión dialéctica: cuál es tu propia parte en el desorden del que te quejas. Aquí se produce un segundo desarrollo de la verdad. Es gracias a la complicidad de Dora y su protección que la ficción de la relación entre los dos amantes pudo prolongarse.

Parafraseando a Lacan se explica que no solo se puede ver la participación de Dora en la relación con el Sr. K sino que también sus relaciones con los otros participantes obtienen un nuevo carácter al incluirse una circulación de regalos que reemplaza la carencia de prestaciones sexuales, que parten de su padre hacia la Sra. K y retorna a la paciente por las disponibilidades que libera en el Sr. K. (Lacan, 1951, p. 208). También resalta la relación edípica de Dora, constituida por una identificación al padre, favorecida por la impotencia de este. Esta identificación se transparenta en todos los síntomas de conversión de Dora. Aquí el autor plantea una nueva pregunta: “¿qué significan sobre esta base los celos súbitamente manifestados por Dora ante la relación amorosa de su padre?” (Lacan, 1951, p. 208)

La segunda inversión dialéctica que hace Freud es con la observación de que se enmascara un interés con la persona del sujeto-rival. Este interés al no estar vinculado con el discurso común se expresa de un forma invertida. Esto provoca un tercer desarrollo de la verdad, se destaca la atracción de Dora por la señora K (“su cuerpo blanquísimo”) (Lacan, 1951, p. 209)

Freud le va a exponer la siguiente pregunta:

Si ésta es pues la mujer cuya desposesión experimenta usted tan amargamente, ¿Cómo no le siente rencor por la redoblada traición de que sea de ella de quién partieron esas imputaciones de intriga y perversidad que todos comparten ahora para acusarla a usted

de embuste? ¿Cuál es el motivo de esa lealtad que le lleva a guardarle el secreto último de sus relaciones? (Lacan, 1951, p. 209)

Se llega así a la tercera inversión dialéctica a través de la cual se expone el verdadero lugar que tiene la señora K, para Dora. El autor dice que no es un individuo sino más bien un misterio, misterio de su propia feminidad, desconocimiento de su ser. Posteriormente, Lacan relata la matriz imaginaria en la que Dora ha desarrollado todas las situaciones de su vida resaltando la teoría de los automatismos de repetición que aun. Freud no había desarrollado pero que parece que aquí se evidencia. Además se puede notar lo que significan para ella un hombre y una mujer.

“La mujer es el objeto imposible de desprender de un primitivo deseo oral y en el que sin embargo es preciso que aprenda a reconocer su propia naturaleza genital” (Lacan, 1951, p. 210) Para que pueda tener acceso a su feminidad debe realizar esa asunción de su propio cuerpo, que le falta y la deja abierta a una fragmentación corporal que constituye los síntomas de conversión. (Lacan, 1951, p. 210)

Freud ve una salida saludable para Dora en una relación con el señor K, pero Lacan destaca que esta posición solo sería posible si ella se aceptase a sí misma como objeto del deseo del hombre, luego de que obtuviese el sentido de lo que buscaba en la Sra. K. “...el problema de su condición es en el fondo aceptarse como objeto del deseo del hombre, y es éste para Dora el misterio que motiva su idolatría hacia la señora K.” (Lacan, 1951, p. 211). Aquí nos queda claro el nexo homosexual que hay entre Dora y la señora K. destacándolo como una característica de la histeria.

LA PREGUNTA HISTÉRICA

Posteriormente, Lacan, en el seminario 3, “La Psicosis” en el año 1955-1956, va a trabajar las neurosis explicando en qué consiste la pregunta que el sujeto neurótico se plantea.

Comenta que hay que tener en cuenta el papel del Otro de la palabra, ya que el sujeto se reconoce en ese Otro y a la vez se hace reconocer de él. Dice que este es el factor decisivo en una neurosis, se refiere aquí “(...) de una pregunta que se le plantea al sujeto en el plano del significante, en el plano del *to be or not to be*, en el plano del ser” (Lacan, 1955-1956, p. 239). Esta pregunta lo lleva a Lacan, a hablar del caso Dora, subrayando el punto en el que ella se plantea una pregunta fundamental acerca de su sexo. ¿Qué es ser mujer? “Los dos sueños de Dora, son al respecto, absolutamente transparentes, no se habla de otra cosa: ¿Qué es ser una mujer? Y específicamente: ¿Qué es un órgano femenino?” (Lacan, 1955-1956, p. 244)

Así mismo, comenta que el lugar que ocupa la histérica en la composición del Edipo le permite acceder a una identificación imaginaria con el padre, y servirse de ella, para la realización de su sexo. Más adelante en el mismo texto, Lacan va a destacar la importancia de la pregunta de la mujer, -de la histérica-, explicando el caso Dora. Comienza explicando el lugar que ocupa el yo en la pregunta, siendo que ésta se formula desde el ser. El yo, según Freud está relacionado con el carácter fantasmático del objeto. El yo es quien comprueba la realidad para el sujeto, tiene el carácter de un espejismo y es lo que Freud llamó ideal del yo. “Su función no es de objetividad, sino de ilusión, es fundamentalmente narcisista, y el sujeto da acento de realidad a cualquier cosa a partir de ella” (Lacan, 1955-1956, p. 249).

El yo es parte del sujeto y desde la tópica freudiana, Lacan dirá que el neurótico usa el yo para no hacer la pregunta “El neurótico está en una posición de simetría, es la pregunta que

nos hacemos, y es justamente porque ella nos involucra tanto como a él, que nos repugna fuertemente formularla con mayor precisión” (Lacan, 1955-1956, p. 249) Introduce el caso Dora como ejemplo de lo que va articulando. Lacan explica que Freud debió haberse preguntado, quién desea en Dora para poder tener en cuenta que ese lugar era ocupado por la señora K. Y en tanto ella está interesada por la Sr. K., el yo de Dora es el Sr. K. y desde esa identificación es que ella se queja de la relación de la señora k y su padre. Es interesante tener en cuenta que a pesar de que ella se interesa por la Sra K., se identifica con el Sr. K. De esto Lacan saca la conclusión de que Dora mediante su neurosis y su lugar de histérica-mujer, se plantea la siguiente pregunta: ¿Qué es ser una mujer?

Destaca aquí el lugar simbólico de la pregunta articulándolo con lo imaginario de la identificación antes mencionada.

La respuesta a esta pregunta se ve truncada ya que en el acceso al Edipo el sujeto se identifica imaginariamente con el padre, tanto el hombre como la mujer. Además, Lacan dice que la función del hombre y la mujer está simbolizada, es decir pertenece al dominio de lo simbólico, superando esa identificación imaginaria con el padre. Así se realiza toda posición sexual normal. Hay aquí un cruce entre lo imaginario y lo simbólico, la identificación imaginaria con el padre y la simbolización de la posición sexual.

Cuando Dora se pregunta ¿qué es una mujer? Intenta simbolizar el órgano femenino en cuanto tal. Su identificación al hombre portador del pene, le es en esta ocasión un medio de aproximarse a esa definición que se le escapa (...) el camino de la realización simbólica de la mujer es más complicado (...) Volverse mujer y preguntarse qué es una mujer son dos cosas esencialmente diferentes. (Lacan, 1955-1956, p. 254)

Lacan dice que es precisamente porque no se llega a ser mujer es porque surge la pregunta. Y dice que esta pregunta puede ser formulada desde la identificación al padre, en la histeria. Se explicaba, anteriormente, que Lacan en el texto la familia, da tres indicaciones sobre la histeria, en una de estas indicaciones habla sobre las causas y contenidos de los síntomas neuróticos e indican a la homosexualidad para la histeria. Él retoma este concepto y lo expone como una manera de responder a la pregunta sobre la feminidad.

LA HISTÉRICA Y LA RELACIÓN CON LOS OTROS

En el seminario 4, “La relación de objeto”, de los años 1956-1957, Lacan continúa lo que había trabajado en el seminario 3 sobre la pregunta histérica, sirviéndose del caso Dora. Esta vez Lacan va más allá de la pregunta y aborda el lugar que ocupa cada uno de los personajes que intervienen en los relatos de Dora. Comienza por explicar el lugar que ocupa la Sra. K. Expone como punto importante la relación que tiene Dora con ella, calificándola como buena, esta relación se evidencia primero, porque Dora cuida de los hijos de la Sra. K, para que esta pueda verse con su padre, además de convertirse en la confidente de Dora.

Lacan luego introduce al Sr. K, señalando que en los relatos de Dora sobre éste se puede evidenciar algo similar a una relación libidinal y dice que también con la señora K, sucede algo similar por los factores que ya se mencionó. Aquí se introduce una pregunta en cuanto al objeto del deseo de Dora.

“La histérica es alguien cuyo objeto es homosexual – la histérica aborda este objeto homosexual por identificación con alguien del otro sexo” (Lacan, 1956-1957, p. 141). Lacan explica que esta aproximación es de 1951 y continúa con lo trabajado por él en el seminario 3 en relación al papel que cumple la Sra K.

(...) por medio del señor K., en la medida en que ella es el señor K., en el punto imaginario que constituye la personalidad del señor K., es como Dora está vinculada con el personaje de la señora K. (...) la señora K., es alguien importante ¿por qué? No sólo es importante porque constituye el objeto de una elección entre otros objetos. No sólo es importante porque está investida con la función narcisista que se encuentra en el fondo de todo enamoramiento, Verliebtheit. No, como lo indican los sueños, y lo esencial de la observación gira en torno a los sueños, la señora K. es la pregunta de Dora. (Lacan, 1956-1957, p. 141)

Más adelante, Lacan se encarga de introducir al último personaje del relato de Dora, este es el padre. Señala como punto importante que el padre de Dora es impotente, esta característica del padre se vuelve fundamental a la hora de explicar la función del padre como donador de lo que recubre la falta de objeto que hace entrar a la niña en el Edipo. Lacan comenta que hay un objeto del que el niño es frustrado, pero que el deseo subsiste, aquí se introduce la noción de que la madre da o no, y ese don es signo de amor. Entonces el padre viene a ser quien da, simbólicamente ese objeto faltante, pero en el caso Dora ese padre es impotente por lo tanto no puede dar.

Lacan se pregunta ¿Qué es dar? y se pregunta si lo que se da, ¿es el objeto? Y lo responde de la siguiente forma: Explica que Dora está muy vinculada a su padre de quien no recibe simbólicamente el don viril:

(...) a la edad de la salida del Edipo, con toda una serie de accidentes históricos netamente vinculados con manifestaciones de mor por ese padre que, en este momento, más que nunca, se presenta como un padre herido y enferm, afectado en sus mismas potencias vitales. El amor que Dora le tiene a este padre es en tal caso estrictamente correlativo y coextensivo de su disminución. (Lacan, 1956-1957, p. 142)

En relación a la función del padre, Elisa Alvarenga, explica su importancia en el Edipo de la histérica diciendo que esta es aquella que no ha logrado salir del Edipo. Y explica que la niña entra en el Edipo buscando lo que el padre tiene que darle, y esto es, simbólicamente, el objeto que falta. Pero hay una impotencia del padre, que imposibilita esa misión. La autora plantea que en el caso Dora, la carencia fálica del padre atraviesa todo el caso. Dora permanece ligada a este padre impotente y dice que el amor que ella tiene por ese padre es correlativo a la disminución de él y ella lo ama porque él no le da. (Alvarenga, s.f., p. 10)

Retomando esto que se da o no y que tiene ese carácter de signo de amor, Lacan comenta que “no hay mayor don posible, mayor signo de amor, que el don de lo que no se tiene” (Lacan, 1956-1957, p. 142) Y explica que entre los sujetos, en la relación de amor el don se da por nada. Y señala que se trata de intercambio de nada por nada. (Lacan, 1956-1957, p. 142) Así es como funciona para Lacan el amor que tiene Dora por su padre, ella lo ama porque este no le da. Ahora bien, el factor interesante que muestra Lacan, es ver qué sucede en la situación del padre con la señora K., y ubica que la pregunta de Dora podría ser planteada como “¿Qué es lo que mi padre ama en la señora K?” (Lacan, 1956-1957, p. 143). Se explica que Dora se interesa por eso en la medida en que no sabe qué es, y se lo relaciona con la teoría del objeto fálico, que como se sabe el sujeto femenino entra en el orden simbólico a través de don del falo.

El deseo apunta al falo como don, que ha de ser recibido a este título. Con este fin es necesario que el falo, ausente o presente en otra parte, sea elevado al nivel del don. Al ser elevado al nivel del don, hace entrar al sujeto en la dialéctica del intercambio (...). (Lacan, 1956-1957, p. 144)

Como ya se hablaba antes la niña espera que el falo le sea dado, es en esta medida que el falo es deseado como don, y para que sea dado debe estar en otra parte es decir que hay

alguien que lo tiene y que lo va a dar. Así Lacan nos explica desde Freud el enigma que lleva consigo el órgano femenino:

En este contexto la necesidad real vinculada con el órgano femenino, cuya existencia nunca se le ocurrió a Freud negarla, tendrá su lugar y obtendrá su satisfacción accesoriamente, pero nunca será discernido simbólicamente como algo dotado de sentido, siempre será en sí esencialmente problemático, situado antes de cierto franqueamiento simbólico. (Lacan, 1956-1957, p. 144)

Es desde este punto que la señora K, es interesante para Dora, en tanto ella encarna la función femenina que le permite responderse la pregunta ¿Qué es una mujer? Además que la señora K. es amada más allá de Dora, y ella se interesa por esta posición. La señora K. aquí representa lo que Dora no puede saber ni conocer. La histérica en este caso lo que busca es un significante que le ayude a responder la pregunta, ¿qué es la mujer? Al no poder responder esa pregunta, debido a que no posee el significante, la histérica va a buscar la respuesta en el otro. Esa relación de objeto en la histeria siempre es con un objeto homosexual. El sujeto histérico a su vez se sirve de un otro del otro sexo, para llegar, para acercarse a ese otro homosexual que le pueda ayudar a responder la pregunta por la femineidad. (Alvarenga, s.f., p. 10)

Lacan muestra de esta manera que Dora se siente satisfecha mientras el padre ame a la señora K. Sin embargo el autor expone que Dora intenta establecer otra relación triangular, además de la que conformada por la señora K, su padre y ella, ahora esta relación será entre el señor K., la señora K., y ella. Dora, por el interés que tiene en su pregunta, cree que el señor K, en relación con la señora K. se ubica del lado de la adoración ya que como comenta Lacan, Dora se relaciona con ella en tanto la adora y el señor K. cumple un papel normativo en tanto se reintegra en el circuito el elemento masculino. El triángulo aquí expuesto se

evidencia en la medida en que Dora se ubica en una posición de adoración por la señora K. y el señor K viene a normativizar esa posición ya que Dora al relacionarse con el señor K., le es posible mantenerse cerca de la señora K.

Elisa Alvarenga hace un comentario de estas relaciones triangulares, “Lacan retoma las coordenadas de los triángulos formados por Dora; aquel con su padre y la Sr. K y aquel con la Sra. K y el Sr. K” (Alvarenga, s.f., p. 9). Comenta que en triángulo formado por el padre de Dora y la Sra. K., Dora se relaciona en tanto permite el encuentro de los amantes. Y en el otro triángulo, se puede notar que ella se identifica con el Sr. K para llegar a la Sra. K, quien tiene la respuesta sobre la femineidad. (Alvarenga, s.f., p. 10)

Es en la medida en que ella es el Sr. K., que Dora está ligada a la Sra. K., que no es solamente un objeto entre otros, sino la pregunta de Dora, encarnando para ella el misterio de la femineidad, lo que es ser mujer. (Alvarenga, s.f., p. 10)

Ahora bien, como se sabe, hay una ruptura en la relación de Dora con el señor K., a partir de que este le dice: “Ich habe nichts an meiner Frau” -Mi mujer no es nada para mí- (Lacan, 1956-1957, p. 146) Lacan comenta que el señor K. no le dice que su mujer no es nada para él si no que no hay nada entre él y su mujer.

Dora puede admitir que su padre ame en ella, y a través de ella, algo que está más allá, la señora K., pero para que el señora K, resulte tolerable en su posición, ha de ocupar la función exactamente inversa y equilibradora. A saber, que Dora sea amada por el señora K. más allá de su mujer pero en la medida en que su mujer es algo para él. (Lacan, 1956-1957, p. 146)

Así Lacan continúa que Dora no puede tolerar la situación que le es presentada por el señor K., ya que si este solo la ama a ella, significa que el padre solo ama a la señora K, lo

que significa que esta señora ya no es lo que está más allá de ella, es decir quien encarna la función femenina de la que ella se pregunta.

Dora no sabe dónde situarse, ni dónde está ni para qué sirve el amor. Sabe tan solo que el amor existe y halla una historización del amor en la que encuentra su propio lugar bajo la forma de una pregunta. Esta pregunta se centra en el contenido y la articulación de todos sus sueños – el joyero, Bahnho, Friedhof, Vorhof -, cuyo único significado es esta misma pregunta. Total, si Dora se expresa como lo hace, a través de sus síntomas, es porque se pregunta qué es ser mujer. (Lacan, 1956-1957, p. 148)

Aquí Lacan destaca el carácter metafórico que tienen los síntomas histéricos que esconden la pregunta histérica y con ella todo el drama que implica para la histérica responder esta pregunta.

EL DESEO EN LA HISTÉRICA

En las próximas postulaciones Lacan va a exponer la relación que tiene la histeria en cuanto a su deseo. El deseo en la histérica es insatisfecho.

Si el sujeto necesita crearse un deseo insatisfecho, es que ésta es la condición para que se constituya para él un Otro real, es decir, que no sea del todo inmanente a la satisfacción recíproca de la demanda, a la completa captura del deseo del sujeto por la palabra del Otro. En efecto, el deseo de la histérica no es deseo de un objeto sino deseo de un deseo, esfuerzo por mantenerse frente a ese punto donde ella convoca a su deseo, el punto donde se encuentra el deseo del Otro. (Mazzuca, et al., s.f., p. 77)

Mazzuca, parafraseando a Jaques Lacan, en su escrito, “La dirección de la cura y los principios de su poder”, conceptualiza los términos de identificación en el sueño de la bella carnicera, “Lo que le interesa a la bella carnicera no es en absoluto, por supuesto, alimentar a su marido con caviar... Lo único que le interesa a la bella carnicera es que su marido tenga ganas de la pequeña nada que ella mantiene en reserva” (Mazzuca, et al., s.f., p. 77). El autor comenta que Lacan ubica tres tipos de identificación. Primero ubica el nivel del yo, identificación imaginaria con la amiga. Luego, como segundo punto, el nivel del sujeto, se resalta la identificación con el hombre, como sujeto deseante. Y tercero, el nivel del ser, donde se destaca la identificación con el falo, significante del deseo de la falta en el Otro.

Mazzuca resalta la importancia de esos niveles de identificación. El primer tipo de identificación se enlaza con el concepto freudiano de identificación histérica y la relación libidinal con el objeto de identificación. Lacan va a añadir el concepto freudiano de identificación a través del síntoma en el cual la identificación, cae sobre un objeto cualquiera en el que se reconozca un rasgo en común. En el segundo y tercer nivel, ubicamos la relación que tiene la histeria con el deseo. Destacamos que en el segundo nivel, la identificación con el hombre que desea.

En el tercer nivel la identificación con el falo, “significante del deseo, significante de la falta en el Otro” (Alvarenga, s.f., p. 8)

Se puede decir, entonces, que la histeria hace predominar el deseo, siempre renovado, en tanto ese deseo es insatisfecho siempre.

SEGUNDA ENSEÑANZA

En este periodo se encontrará una nueva mirada sobre las relaciones de la histérica con los otros que se plantearon en el apartado anterior y que lo desarrolla principalmente entre los años 1969 y 1970, tomando como referencia el seminario 17 de Lacan.

Lacan va exponer una nueva elaboración sobre la histeria, esta será la histeria como discurso. Este concepto será desarrollado por Lacan, en el seminario 17, de 1969-1970, “El reverso del psicoanálisis”.

¿Qué es un discurso? Lacan lo trabaja para introducir sus organizaciones discursivas, diciendo que un discurso es una estructura que está más allá de las palabras, es decir, las excede, lo que se escribe de la siguiente forma: “un discurso sin palabras”. Explica que las palabras no son necesarias, ya que el discurso puede prescindir de ellas, mas no así del lenguaje. Un discurso se encuentra en ciertas relaciones fundamentales y éstas relaciones no pueden subsistir sin el lenguaje. Los discursos son relaciones de posición y están en el orden de lo necesario (lo que no cesa de escribirse). (Lacan, 1969-1970, p. 10)

La relación fundamental como tal, es la relación de un significante con otro significante. Lacan dirá que hay estructuras para explicar lo que se puede obtener de la relación fundamental. Lo que se obtiene es el sujeto, ya que el significante representa a ese sujeto ante otro significante. (Lacan, 1969-1970, p. 11)

Desde aquí parte una nueva manera de explicar esta relación o “forma” fundamental. Hay un significante llamado S1 del cual se parte. Este significante se relaciona con otro que se encuentra dentro de una batería de significantes graficado por Lacan como S2. El significante S1 es el que interviene en la batería de significantes S2. Esta batería significativa no está dispersa, dirá Lacan, anticipando que más bien forma una red de lo que se llama un saber. Se

tiene que tener en cuenta que el S1 es un significante que esta fuera del campo del gran Otro, este campo es el que Lacan va a designar como batería significante que se graficará como S2. Con respecto a la noción de saber, se recuerda que se llamó así al goce del Otro.

El significante S1 va a representar algo en el S2, campo de los significantes del Otro “...representa ese rasgo específico que debe distinguirse del individuo viviente” (Lacan, 1969-1970, p. 11) El S1 marca al sujeto en el campo del Otro, S2.

Para completar los cuatro componentes que caracterizan las estructuras discursivas, habiendo introducido ya al S1, S2 y al sujeto dividido (\$), faltaría introducir al objeto a. Lacan ubica los componentes del discurso a medida que los va introduciendo, es decir: S1, S2, \$ y a. Así obtenemos la siguiente figura: $\frac{S1}{\$} \rightarrow \frac{S2}{a}$ (Lacan, 1969-1970, p. 12)

Realizando un cuarto de vuelta hacia la derecha se pueden obtener 3 figuras más:

$$\frac{\$}{a} \rightarrow \frac{S1}{S2}$$

$$\frac{a}{S2} \rightarrow \frac{\$}{S1}$$

$$\frac{S2}{S1} \rightarrow \frac{a}{\$}$$

Entonces, en resumen, los componentes del discurso son el S1 que interviene en el campo de los otros significantes S2, surge un sujeto dividido, \$. Como sabemos, en el surgimiento de este sujeto dividido hay una pérdida, este algo que se pierde es lo que se llamará como objeto a. Lacan explica la noción de objeto perdido que es traída del discurso de Freud en tanto causa de la repetición en el ser que habla. (Lacan, 1969-1970, p. 13). Los discursos ya articulados según el orden en que se han presentado ahora, tienen los siguientes nombres, discurso del amo, discurso de la histórica, discurso del analista y discurso de la universidad.

DISCURSO DE LA HISTÉRICA

¿De qué trata este discurso, esta nueva forma de explicar la histeria que Lacan nos propone ahora? La primera vez que se refiere al discurso histérico es para decir que "...lo que conduce al saber no es el deseo de saber si no es el discurso de la histérica" (Lacan, 1969-1970, p. 22). Esto es que vamos a desarrollar ahora. Bien, Lacan va a decir que lo que el analista instituye en la experiencia analítica es la histerización del discurso. "Dicho de otra manera, es la introducción estructural, mediante condiciones artificiales, del discurso de la histérica" (Lacan, 1969-1970, p. 33)

Va a decir que el discurso histérico existe y que pudiera existir prescindiendo del psicoanálisis. Lacan explica que debido a que hacemos uso del significante debemos entendernos pero la cuestión es que el significante no está hecho para las relaciones sexuales, por lo que es inminente que no haya una armonía entre los dos sexos, evidenciando el malentendido que existe en las relaciones sexuales de los sujetos. Esto es el discurso de la histérica. Lacan dice que los hombres que se hacen analizar tienen que pasar por el discurso histérico. "Se trata de saber qué resulta de esto en lo que se refiere a la relación entre hombre y mujer" (Lacan, 1969-1970, p. 34). ¿Qué se quiere decir con esto? Se intenta decir que un hombre que se hace analizar se encontrará, más temprano que tarde, ante esa falla de la armonía entre los sexos y que ante eso él tendría que saber qué se puede hacer.

Así Lacan explica "que la histérica fabrica, como puede, un hombre – un hombre animado por el deseo de saber" (Lacan, 1969-1970, p. 34). Continuando con esto, Lacan se plantea "¿qué es lo que se trata de saber?", dice además, que la histérica en tanto objeto a, es la caída del efecto del discurso. Este efecto es el que se trabajó antes cuando se habló de la intervención del S1 sobre el S2 que produce un sujeto dividido y por lo tanto una pérdida. La

histórica quiere que se sepa que el lenguaje no alcanza a cubrir la amplitud de lo que ella, como mujer, puede desplegar con respecto al goce. Pero, Lacan dirá que esto no es lo importante para la histórica sino que lo importante es que el otro, llamado hombre sepa en qué objeto precioso se convierte ella en este contexto de discurso. Es decir que la histórica busca que el hombre sepa darle un lugar, la histórica anhela una armonía en la relación sexual. (Lacan, 1969-1970, p. 35)

Lacan dirá, más adelante que la histórica busca hacer desear. Esto es lo que las primeras históricas producen en Freud, un deseo de saber. Entonces en general se puede decir que en el discurso de la histórica encontramos en el lugar agente al sujeto tachado, sujeto en falta que se dirige a un amo que está en el lugar del Otro, y produce en este un saber. Un hombre animado por su deseo de saber, dirá Lacan. “el histórico es el sujeto dividido, dicho de otra manera, es el inconsciente en ejercicio que pone al amo ante el pie del muro de producir un saber” (Mazzuca, et al., s.f., p. 78) Y en el lugar de la verdad encontramos al objeto a. “...en tanto objeto a, ella es la caída, la caída del efecto del discurso, siempre fracturado en algún sitio” (Lacan, 1969-1970, p. 35)

LA HISTÉRICA NO ES EL ESCLAVO DEL AMO

Se propone ahora la relación que tiene el discurso de la histórica con el discurso del amo. Lacan dirá que la histórica mantiene la pregunta sobre la relación sexual qué es “cómo un sujeto puede sostenerla o, por el contrario, no puede sostenerla” (Lacan, 1969-1970, p. 98). El discurso histórico muestra la relación que tiene el discurso del amo con el goce, dirá Lacan. Ya que si se correlacionan los discursos el lugar del saber en el discurso histórico es ocupado por el lugar del goce en el discurso del amo. (Lacan, 1969-1970, p. 98). En esta correlación

que el discurso de la histeria establece con el discurso de amo es necesario establecer las diferencias que la histórica presenta con respecto del esclavo. Como se sabe, Lacan propone que hay una relación directa entre el amo y el esclavo, tomando los textos de Hegel.

“(...) el amo, encuentra su verdad por medio del trabajo del otro por excelencia, aquel que sólo se sabe por el hecho de haber perdido ese cuerpo, el cuerpo mismo en el que se sostiene, por haber querido conservarlo en su acceso al goce, en otras palabras el esclavo”. (Lacan, 1969-1970, p. 93)

Mauricio Tarrab en un artículo llamado notas sobre el cuerpo hace una aclaración muy precisa de la relación del esclavo con su cuerpo. Parafraseando a Lacan en el seminario la lógica del fantasma, dice que este esclavo ha perdido su cuerpo irremediamente ya que ahora le pertenece al Amo. “Esclavo ha sido privado de su cuerpo, ya que el cuerpo del esclavo es del Amo.” (Tarrab, 2004). Pero señala que en relación al goce el Amo nada puede hacer para arrebatárselo al esclavo. Trae una frase de Lacan para explicar y agrega un comentario:

"en ese margen de su cuerpo, en ese borde del campo de su cuerpo, ahí hay un goce que nada ni nadie puede quitarle al esclavo. Ni la función de su mirada, ni de su voz, ni su junción de nodriza, ni la del objeto de desprecio que él ocupa..." El dominio del Amo no alcanza a esos bordes del cuerpo vivificados por un goce inalienable. (Tarrab, 2004)

En cuanto al discurso histórico, se puede notar que la relación con el cuerpo es de otro orden. Lacan dice que este sujeto que es dividido por el significante amo se rehúsa a hacerse su cuerpo, se trata de rechazo del cuerpo. Haciendo objeción a la complacencia somática,

entendiendo por complacencia somática la elección del órgano o aparato corporal en el cual tienen lugar las conversiones. (Lacan, 1969-1970, p. 99)

Ahora, el esclavo trabaja para el amo, esta relación implica que el esclavo le entrega su saber para cumplir con las disposiciones que el amo le impone. La histérica por lo contrario, “A su manera ella hace una especie de huelga. No entrega su saber” (Lacan, 1969-1970, p. 99). En el texto “Los deberes de la histérica” los autores destacan esta característica de la histérica que no entrega su saber. La histérica se dirige a un amo $\$ \rightarrow S1$, ella rehúsa a ubicarse en el lugar del esclavo que trabaja para un amo $S1 \rightarrow S2$, ya que trabajar para el amo sería entregarle su saber. Seguimos el ejemplo de Freud y sus primeras histéricas, quienes producen en él un deseo de saber. Se puede decir entonces, que la histérica hace trabajar al amo. (Gallano, et al., 1986)

Como ya se articula anteriormente, Lacan en el seminario 17 va a decir que el discurso histérico se encarga de fabricar un hombre animado por su deseo de saber. Es así como Freud propone la asociación libre, y los autores van a explicar que no se trata de un trabajo de esclavo ya que, es la palabra de la histérica la que manda y a la vez anima al analista en su deseo de saber. A esto se le puede agregar lo dicho por Lacan, que el discurso histérico siempre está presente en el trabajo analítico.

EL DISCURSO DE LA HISTÉRICA Y SU PADRE

Continuando con lo anterior Lacan dirá sobre la histérica:

“No entrega su saber. Sin embargo, aun manteniéndose solidaria con la función del amo, la desenmascara, poniendo de relieve lo que hay de amo en el Uno con U

mayúscula, sustrayéndose como objeto de su deseo. Esta es la función propia que hace tiempo localizamos al menos en el campo de mi escuela, bajo el título de padre idealizado” (Lacan, 1969-1970, p. 99)

Para hablar del padre idealizado Lacan, va a poner de ejemplo el caso Dora donde el padre aparece como castrado. Explica que el padre se constituye por apreciación simbólica y que aun enfermo o moribundo como el padre de Dora, es lo que es. Considerar al padre como deficiente de una función de la cual no se ocupa es darle una asignación simbólica. La de *exgenitor*. “Es padre, como excombatiente, hasta el fin de sus días. Esto es implicar la palabra padre algo que está siempre en potencia, en materia de creación” (Lacan, 1969-1970, p. 100). A partir de este lugar simbólico en el que el padre está como protagonista es que se le otorga la función de amo en el discurso de la histérica, al estar en potencia de creación. Estar en potencia implica que va a poder realizar la acción, en un futuro. De esta manera es como sostiene su posición con respecto a la mujer, aun estando “fuera de servicio”, dirá Lacan. Esta es la relación de la histérica con el padre y que Lacan llamó como padre idealizado. (Lacan, 1969-1970, p. 100)

Lacan lo llama padre idealizado por dos factores que se señala anteriormente. En primer lugar, porque es la histérica quien se solidariza con su función sustrayéndose como objeto de deseo. Es decir es ella quien hace que el amo mantenga su función. En segundo lugar se ubica al padre como exgenitor que al estar en potencia de creación, como ya se dijo, para la histérica será quien algún día pueda engendrar de nuevo. Siguiendo así los caminos que traza el caso Dora con respecto al estudio de la histeria, Lacan ahora se encargará de explicar el lugar que tiene el Sr. K para Dora y lo va a llamar tercer hombre.

El señor K me troca con su mujer que se la da a mi padre y mi padre hace lo mismo.

Ella se queja, y se tiene la impresión de que hay dos hombres. Pero Lacan habla del

tercer hombre, y se comprende que es ella, Dora, el segundo. Ella es, si puedo decirlo, el hijo de su padre (...) se puede decir aquí que Dora es el hijo de su padre impotente.

(...) El tercer hombre es pues el señor K (...)

«Lo que le va a Dora es la idea de que él tiene el órgano» escribe Lacan para definir al señor K. Así pues, el señor K lo tiene, lo cual no es realmente el caso del padre.

(Brousse, 2010, p. 5)

El tercer hombre le sirve a Dora en tanto ella tiene la idea de que él tiene el órgano. “(...) su valor reside en el órgano, pero no para que Dora sea feliz con él, si puede decirse así, sino para que otra lo prive de él” (Lacan, 1969-1970, p. 100) Aquí se destaca una aproximación a lo que se refiere en la histeria como relación homosexual. Elisa Alvarenga en el texto, “La Histeria a lo largo de la enseñanza de Lacan” hace un comentario sobre lo que Lacan habla en el seminario 17 en cuanto al tercer hombre. La autora destaca el lugar del Sr. K., como distinto al padre, en tanto tiene el órgano. En la histeria el sujeto se dirige a un S1 que remite al padre ideal o padre en sí, debido a que es encarnado por un hombre en particular es lo que no permite que sea pensado como universal. Ese significante al que se dirige, debe estar animado por un deseo. La autora va a decir que el tercer hombre “escribe para la histeria tanto el aspecto idealizado como el deseante” (Alvarenga, s.f., p. 15)

El tercer hombre, en su encuentro con la histérica, articula el S1 en el valor simbólico, sustentando la pregunta histérica y el valor real de respuesta en tanto posee el falo.

“El tercer hombre que encarna el órgano es con quien ella puede, por la vía de la sustitución, cumplir en lo real la fantasía del niño que esperaba recibir de su padre. Él cumple la función de anudar la fantasía con lo real para que se concreten lo real del coito y del parto”. (Alvarenga, s.f., p. 15)

La histérica le exige al S1, un tercer hombre. La autora dirá que aunque se articule bajo un modo universal, la histérica siempre va a procurar que se ponga en acto su singularidad deseante. Y especifica que no es para que localizarse como objeto, sino para producir saber “sobre algo que por estructura, no admitirá nunca respuestas en términos universales, o sea, para que cada histérica continúe siendo siempre un caso único” (Alvarenga, s.f., p. 15) Lacan, más adelante en el seminario 17 trabaja la pregunta que se plantea Freud de sus trabajos con las histéricas: ¿Qué quiere una mujer? Nos explica lo maravilloso que es que la pregunta se halla planteado así para una mujer ya que eso implicar que hay algo que quiere y que de ser la pregunta planteada como ¿Qué quiere *la* mujer?, no implicaría necesariamente que haya algo que quiera.

Continua exponiendo que al preguntarse porque lo que quiere una mujer es una pregunta en el nivel del deseo y dice Lacan “ya se sabe que plantear una pregunta en el nivel del deseo para la mujer es interrogar a la histérica” (Lacan, 1969-1970, p. 137). Lo que la histérica quiere dirá, es un amo. “Ella quiere un amo. Eso es lo que está ahí, en el rincón de arriba a la derecha (...)” (Lacan, 1969-1970, p. 137) Aquí hace referencia al lugar del S1 en el discurso histérico.

“Quiere que el otro sea un amo, que sepa muchas cosas, pero de todas formas que no sepa las suficientes como para no creerse que ella es el premio supremo por todo su saber. Dicho de otra manera, quiere un amo sobre el que pueda reinar. Ella reina y él no gobierna” (Lacan, 1969-1970, p. 137)

En otras palabras como ya se ha trabajado es un amo al cual ella pueda hacer producir un saber.

LA HISTÉRICA EN LA RELACIÓN HOMOSEXUAL

Este es el punto que se destaca como importante en el estudio sobre la histeria, y que hay que tenerlo presente en las distintas articulaciones que hace Lacan. Continuando con el caso Dora Lacan explica el papel que cumple la señora K.

“Esta señora es la que sabe sostener el deseo del padre idealizado, pero también demorar la contrapartida, si puedo decirlo así, y al mismo tiempo privar de ella a Dora, que se halla así por partida doble, a salvo de ser capturada” (Lacan, 1969-1970, p. 101)

En cuanto a la privación del goce del Otro que la Sr. K. le facilita a Dora, Lacan lo explica por medio del punto de quiebre entre Dora y el Sr. K, que es la escena del lago cuando el Sr K. le dice a Dora: *Mi mujer no es nada para mí*. Lacan dice que en ese preciso instante que “le ofrece el goce del Otro y ella no lo quiere porque lo que ella quiere es el saber como medio del goce, pero para que sirva a la verdad, a la verdad del amo que ella encarna como Dora” (Lacan, 1969-1970, p. 101) Lacan dirá que esa verdad es que el amo está castrado. Esto lo explica diciendo que el único medio a través del cual el amo puede dominar el goce es excluyéndolo.

En el artículo “El Fantasma de la Histeria” se puede rescatar cierta relación entre la “huida histérica y lo referente al goce del Otro que la histérica no quiere. Se explica que en el texto “Subversión del sujeto y dialéctica del deseo” Lacan plantea que en el fantasma hay variantes que hay que considerar cuando se habla de histeria y obsesión. Partiendo del algoritmo expuesto por Lacan, $\$ \langle \rangle a$, se explica que el Sujeto en tanto dividido, desea y el fantasma funciona como respuesta y regulador de ese deseo, dirigido hacia un objeto. En esta dialéctica

que se forma entre el sujeto y el objeto, se comenta que la histérica se ubica del lado del objeto. (Miller, et al., 1986, p. 134)

La histérica es aprehendida del lado del de ese objeto. Convocada a ese lugar por el “fantasma como deseo del Otro”, la histeria se plantea por fallarle a él. “El deseo sólo se mantiene allí por la insatisfacción que se le aporta al hurtarse como sujeto”. (Miller, et al., 1986, p. 134). Explican que este Otro es ubicado del lado del sujeto del deseo y que la estrategia de la huida histérica viene a ser una respuesta a la angustia que origina el deseo del Otro. “Es decir, que el fantasma histórico –como del neurótico en general, participa de una defensa del sujeto respecto de ese deseo y de una tentativa para “asegurarse de el Otro” (Miller, et al., 1986, p. 135)

En cuanto al saber como medio de goce que la histérica prefiere en lugar del goce del Otro, Lacan lo explica desde el segundo sueño de Dora, resaltando que el padre a muerto y que ella lo va a ver a una casa que es su casa pero que en el sueño es desconocida. En ese lugar encuentra un sustituto del padre que será un libro grande, diccionario en el que se aprende todo lo referente al sexo. “Ella indica así claramente que lo que le interesa, aún más allá de la muerte de su padre, es el saber que éste produce. Un saber, no uno cualquiera, un saber sobre la verdad” (Lacan, 1969-1970, p. 102)

En el texto “los deberes de la histérica” Los autores recalcan aquí el trabajo que Dora hace para obtener un saber sobre el sexo en la enciclopedia, en la misma señora K. y así mismo en el análisis con Freud intenta averiguar lo que más pueda sobre la relación hombre-mujer. Parfraseando a Lacan, los autores dirán que la histérica sostiene el deseo del padre en la transferencia, no cesa de verificar que el significante no está hecho para la relación sexual. “En realidad quiere saber qué goce obtiene su padre de la señora K., qué es una mujer para un hombre” (Gallano, et al., 1986, p. 116).

LA VERDAD EN EL DISCURSO DE LA HISTÉRICA.

El discurso de la histérica mantiene la pregunta sobre la relación sexual. Lacan explica que la respuesta a la pregunta la sostiene dándole la palabra al Otro y a su vez esa respuesta como lugar del saber reprimido, esa verdad, dirá Lacan, lo que constituye al saber sexual, es extraño al sujeto y lo denomina como lo reprimido, apoyándose en el discurso freudiano.

Esta idea es retomada por Lacan, luego para explicar que el sujeto que habla desde determinado lugar, habla desde el lugar de ser hablante, desde la falta, que es producto del objeto perdido. Este objeto innombrable, de este objeto solo se sabe que es causa del deseo, y que puede ser manifestado como falta en ser. Lacan intenta explicar que en el discurso psicoanalítico no se trata de un ente al que se le llamaría el hombre o también un ser viviente del que se agregaría que es mortal o sexuado. Se puede pensar que es a esto lo que se refiere el discurso del psicoanálisis, con la excusa de que allí se trata en todo momento del sexo y de la muerte, de los cuales como se sabe no hay significante. Entonces dice que no se trata de un ente, más bien de lo que se trata es del ser que habla que es efecto del lenguaje al estar estructurado como un lenguaje. El ser que habla desde el inconsciente. (Lacan, 1969-1970, p. 163)

“Si el psicoanálisis nos presenta el sexo y a la muerte como algo que depende de éste, es porque demuestra de manera, no diré viva sino articulada, que de la captura en el discurso de este ser, no aparece en ningún lado articulación alguna que exprese la relación sexual, si no es de una forma compleja, de la que tampoco puede decirse que esté mediada, uno de los cuales es ese efecto real que llamo el plus de goce y que es el a minúscula” (Lacan, 1969-1970, p. 165)

Lacan continúa explicando que gracias a la experiencia ha podido constatar que mientras una mujer sea sustituida por ese a minúscula, un hombre puede desearla. Además resalta que la mujer se enfrenta con ese goce suyo que es localizado en algún lugar por una omnipotencia del hombre, hombre que al articularse como amo se halla en falta. Razón que le permite desear de entrada. (Lacan, 1969-1970, p. 165)

Continuando, el autor dice que en la experiencia analítica ese hombre, que es el macho como ser que habla desaparece, desaparece ya que en los discursos se trata de un ser que habla y no del ente. Y en ese caso el ser que habla se inscribe como castración, siendo la castración una condición sine qua non para que devenga un ser hablante. Lacan explica que la castración se define por la privación de la mujer. Y va a decir que desde ese lugar habla el macho, desde el lugar del deseo imposible, efecto de la castración. “el orden hablante instituye como intérprete a ese deseo, constituido como imposible, que hace del objeto femenino privilegiado la madre en tanto está prohibida” (Lacan, 1969-1970, p. 165). Se puede notar así que no hay un lugar para una unión sexual entre hombre y mujer.

Ahora, ¿qué es el lugar de la verdad en los discursos? Lacan aborda el término cuando se refiere a lo que dice Freud en análisis terminable e interminable. “la relación analítica se funda en el amor a la verdad, lo que quiere decir en el reconocimiento de las realidades” (Lacan, 1969-1970, p. 178). A su vez Lacan explica que la verdad no debe inspirar amor ya que la verdad hace surgir el significante de la muerte en el análisis. Cuando se habla de muerte se refiere al instinto de muerte que es, como se sabe, la característica principal de la repetición que es la realidad psíquica del ser inscrito en el lenguaje. Así la frase que trae Lacan de Freud quiere decir que el sujeto que se hace un lugar en la relación analítica es por un amor a la verdad, verdad de la falta que el sujeto encarna y a través de la cual aparece la pulsión de muerte y la repetición de reintegrar el objeto. (Lacan, 1969-1970, p. 186)

Lacan explica que la verdad se experimenta, es decir que la verdad al estar relacionada con la experiencia va más allá de una articulación simbólica. “La verdad no conoce más de lo real” (Lacan, 1969-1970, p. 186). La verdad no equivale a lo real, esto hay que tener en cuenta. Lacan se pregunta qué sucede con la verdad en esas operaciones a las que llama discursos. En estas operaciones hay una articulación que está relacionada con lo real, en tanto articulación imposible, Lacan se sostiene de las tareas imposibles expuestas por Freud como son Gobernar ($S1 > S2$), Educar ($S2 > a$), Psicoanalizar ($a > \$$) y Lacan aumenta, hacer desear ($\$ > S1$) para completar los 4 discursos. La verdad sostiene la articulación imposible, como en la relación analítica, el amor por la verdad es lo que la sostiene, dirá Lacan, parafraseando a Freud. (Lacan, 1969-1970, p. 187)

La cuestión aquí es que la verdad tiene varias formas y lo que se quiere encontrar aquí es cuál la verdad del discurso histérico. Lacan explica que el lugar de la verdad en sus discursos es el lugar que está abajo a la izquierda. Los lugares de abajo no tienen relación alguna hay algo que obtura su relación y es la producción misma, lugar ocupado en los discursos abajo a la derecha. Es la producción ya que, en cada discurso lo que se produzca no tendrá relación alguna con lo que esté en el lugar de la verdad. (Lacan, 1969-1970, p. 188). Así mismo dirá Lacan que los lugares de arriba si tienen relación, pero que esta relación se caracteriza por ser imposible, y que si hay algo que esconde la verdad de esa relación imposible es la impotencia, impotencia de la articulación de la producción con la verdad.

En el discurso histérico, se encuentra que en lugar de la verdad se encuentra el objeto a, Lacan lo explica de la siguiente manera: “Su verdad es que le es preciso ser el objeto a para ser deseada” (Lacan, 1969-1970, p. 190). Así se puede notar que la histérica, en su discurso, esconde la verdad de que ella debe ubicarse como objeto causa de deseo para ser deseada, pero esta verdad esta velada por la impotencia que ya se habla antes que entre los términos de producción y la verdad. En el discurso de la histérica se evidencia que en la producción se

ubica un saber sobre la sexualidad, pero este saber de la sexualidad no se puede articular con la verdad de la histérica de ubicarse como objeto a, ya que como se sabe no hay significante sobre la sexualidad, que le permita a la histérica saber que ella debe ubicar ese lugar para ser deseada.

No hay relación sexual, es la premisa de la que parte Lacan para decir que siempre habrá un malentendido y que el lenguaje no alcanza para hacer confluir una relación armónica entre los sexos. En este seminario Lacan no deja esa premisa de lado y se la evidencia cuando se articulan los discursos de la histérica y el amo. La histérica se dirige a un amo, la histérica quiere un amo dirá Lacan y su verdad es que ella debe ser objeto a para ser deseada pero esa verdad se le escapa, así mismo se sabe que el discurso histérico pretende hacer desear, articulación que es imposible debido a esta falla de armonía entre los sexos.

Mazzuca expone que en el seminario 16 Lacan ubica que “la histérica se caracteriza por no tomarse por la mujer” Es decir, aquella que sabe lo que es necesario para el goce del hombre. La histérica cree que la mujer lo sabe pero lo cierto es que no hay un saber sobre la sexualidad. Así se puede relacionar esto con la verdad del discurso histérico que es ubicarse como objeto causa de deseo para un hombre, posición que es ignorada por la histérica.

(Mazzuca, et al., s.f., p. 78)

Es también en esa medida, como ya se expuso que la Sra. K. es interesante para Dora, en tanto sostiene el deseo del padre. Se resalta entonces que la importancia de esta parte de la enseñanza lacaniana se destaca en la crítica que hace Lacan al camino que elige Freud en el análisis de Dora, a saber el complejo de Edipo.

En el capítulo “El Amo Castrado” Lacan introduce una pregunta con respecto del fracaso del caso Dora:

¿no debemos pues a esta experiencia el hecho de que Freud constatará – cosa que le deja estupefacto, desanimado – que todo lo que ha podido hacer por las histéricas no conduce a nada más que a lo que él aísla como Penisneid? (Lacan, 1969-1970, p. 103)

Continúa diciendo que esto del penisneid es lo que se conoce como el reproche que le hace la niña a la madre por no tener el falo, por no ser un niño y ser niña, mujer de la cual no se sabe mucho qué es. Introduce otra pregunta “¿Por qué sustituye el saber que recoge de todos estos picos de oro, Anna, Emmie, Dora, por ese mito, el complejo de Edipo?” (Lacan, 1969-1970, p. 104)

Marie Helene Brousse dirá que esto sucede porque Freud elige el camino del padre en el análisis de las histéricas. (Brousse, 2013). Lacan va a ubicar al “complejo de Edipo como un sueño de Freud” (Lacan, 1969-1970, p. 124) explicando todo lo que se encuentra en Freud en relación al padre como merecedor de amor y el carácter primordial que toma el padre en sus elaboraciones conceptuales. Explica entonces que el complejo de Edipo se ubica como un saber que pretende ser verdad en el discurso analítico. Pero deja claro más adelante que en lugar de la verdad del discurso analítico el saber del que se trata es el saber supuesto de la relación transferencial y que en la medida el analista no se relaciona con su saber ya que está en el lugar de la verdad, puede sostener su posición.

TERCERA ENSEÑANZA

La tercera enseñanza de Lacan sobre la histeria, se ubica en los años 70, tomando como referencia principal el seminario 20 y el capítulo del seminario 24, “Consideraciones sobre la histeria”.

LÓGICAS DE LA SEXUACIÓN

Retomando la no relación sexual que aparece en lo decires lacanianos de manera insistente, se la intenta explicar desde otro tipo de abordaje, introduciendo cuales son las diferentes posiciones del ser hablante con respecto al goce fálico, incluyéndose o excluyéndose de él. Este abordaje es lo que Lacan nombra como lógicas de la sexuación.

En el escrito de Lacan, “El atolondradicho”. El autor va a explicar lo que él llama función fálica. Comienza diciendo que el cuerpo de los sujetos hablantes tiende a dividirse de sus órganos, lo suficiente como para tener que encontrar alguna función para ellos. Dice que gracias al discurso psicoanalítico un órgano se vuelve significativo.

Aquel del que puede decirse que se aísla de la realidad corporal como carnada, por funcionar allí (la función se la delega un discurso):

a) en tanto fanera, gracias a su aspecto de aditamento móvil que se acentúa por su erectibilidad;

b) para ser anzuelo, con lo cual este último acento contribuye en las diversas pescas que hacen discuro de las voracidades con las que se taponan la inexistencia de la relación sexual. (Lacan, 1972, p. 480)

Lacan explica que este órgano está relacionado con el lado macho, en tanto se le otorga lo activo en la copulación, este órgano, en un primer momento, sirve de anzuelo a las voracidades del *origine*, como dirá Lacan. Pero luego por efecto del discurso este órgano se vuelve significante y se instaura, haciendo agujero, en el lugar donde tiene efecto, para el sujeto, la no relación sexual. Siendo este imposible, ubicado por el autor, del lado de lo real.

Lacan va a añadir que la función que suple la relación sexual se descubre en las posiciones de ser o tener el falo. Se sirve de los estudios de Frege para representar a la función como una preposición (Φ x). Además explica que para que sea posible plantear la función, debe haber una existencia que se inscriba en falso contra la función (que la niegue). Lacan dice esto para introducir dos fórmulas.

La primera, para todo x se cumple Φ x” Esto llevado al discurso psicoanalítico, quiere decir “Todo sujeto en cuanto tal se inscribe en la función fálica para precaverse de la ausencia de relación sexual” La otra fórmula dice que “(...) existe una x para la cual Φ x, la función, no se cumple, es decir que al no funcionar queda excluida del hecho. (Lacan, 1972, p. 480)

Aquí Lacan, comenta que las dos dimensiones del paratodo universal y el existe uno se complementan, ya que al haber un existe uno se crea un límite al paratodo, esto es lo que lo confirma o lo afirma. Comprobamos así lo que se decía anteriormente, el existe uno es la existencia que niega la posición universal de la función fálica, lo que permite que pueda ser planteada, existir, aunque sea un poco. Luego, Lacan adelanta que la función fálica se organiza como suplemento del órgano, es decir que lo vuelve significante. “Las histéricas hacen el hombre” (Lacan, 1972, p. 489) esas son las histéricas que Freud escuchó y más bien hay que decir que hacen de hombre, en relación con las lógicas de la sexuación, esto se explicará más adelante.

Para la mujer no hay forma de que ella pueda volver significativa al órgano. Lacan plantea que ellas intentan hacerle un lugar pero que se debe prever que pueden prescindir de él, por el hecho de que no hay relación sexual. En el discurso freudiano nos encontramos siempre que la mujer desde su entrada en el Edipo está esperando de la madre el falo que no posee, lacan aquí nos da una aproximación del estrago. Lacan nombra que hay otra mitad que hace límite a la función, es la mitad que la niega y la confirma. Al existir entre los sujetos alguno que no pueda volver significativa el órgano, a saber el falo, y que le incumbe ya que su función hace partícipe a todos, es que propone que hay una negación de lo universal. Es “la existencia de un sujeto que va a decir que no a la función fálica” (Lacan, 1972, p. 490)

Es: que por introducirse como mitad que decir de las mujeres, el sujeto se determina porque, no existiendo suspensión de la función fálica, todo puede decirse de ella, aun lo proveniente de la sinrazón. Pero es un todo fuera de universo, que se lee de inmediato con el cuantor *notodo* (Lacan, 1972, p. 490)

Así Lacan introduce que la mujer es notoda y dice que a su vez la mujer quiere ser reconocida como única. Aumenta que si se satisface la exigencia del amor, la mujer es dividida por el goce que la envuelve, el goce del hombre, quedando así como paternaire de su soledad. Lacan, dice que el hombre debe devolverle a la mujer, de la que quiere gozar, ese goce que hace suyo, para en ella re-suscitarlo. (Lacan, 1972, p. 491). En el seminario 20 Lacan amplía estos conceptos.

Lacan se introduce desde el goce, amplia lo antes dicho, en referencia a la relación de amor. Dice “El goce del Otro, del Otro con mayúscula, del cuerpo del Otro que lo simboliza, no es signo de amor.” (Lacan, 1972-1973, p. 12)

Entonces se puede agregar que el goce que siente el hombre por una mujer, por el cuerpo de una mujer, no es amor. Ya que el amor pide amor, como dirá Lacan. Ahora si esto no es amor. ¿Qué es?

Aquí surge el término amuro, que es definido como “lo que aparece en señales extrañas sobre el cuerpo. Son caracteres sexuales que vienen de más allá” (Lacan, 1972-1973, p. 13). Explica, además que el cuerpo es sexuado, es decir las marcas del macho y de la hembra que Lacan llama huellas. Dice que de esto no depende el goce del cuerpo en tanto que simboliza al Otro. (Lacan, 1972-1973, p. 13). Aumenta que el amor busca el hacerse uno y que debajo de esto está el cuerpo, como un resto que se llama objeto a.

Lo que hace que la imagen se mantenga es un resto. El análisis demuestra que el amor en su esencia es narcisita, y denuncia que la sustancia pretendidamente objetal – puro camelo- es de hecho lo que en el deseo es resto, es decir, su causa, y el sostén de su insatisfacción, y hasta de su imposibilidad. El amor es impotente, aunque sea recíproco, porque ignora que no es más que el deseo de ser Uno, lo cual nos consuece a la imposibilidad de establecer la relación de ellos (...). (Lacan, 1972-1973, p. 14)

Continúa explicando que los caracteres secundarios que hacen al ser sexuado aunque aparecen en el cuerpo no son más que eso, algo secundario, y que es más bien el goce del cuerpo como tal es asexuado, ya que este goce sexual, está marcado por la imposibilidad de establecer ese Uno de la relación proporción sexual que interesa al sujeto. (Lacan, 1972-1973, p. 14). Así, Lacan explica que un hombre como ser sexuado, como poseedor del órgano, el sexo de la mujer su carácter corporal, no le dice nada si no es por intermedio que primero goce del cuerpo de ella. Es aquí como se explica que en primer lugar se ubica al goce y luego a los caracteres secundarios del ser sexuado.

Al introducir la noción de goce fálico, Lacan dice que la experiencia analítica le demuestra que todo gira en torno a este. La mujer se ubica en posición de no-toda frente al goce fálico y para el hombre, más bien será la razón por la cual no pueda acceder a gozar del cuerpo de la mujer en tanto goza del goce del órgano. Se expone en el texto, entonces, que el goce sexual en tanto goce de los cuerpos, por un lado está marcado por el goce fálico y por el otro lado algo que hasta ahora es especificado como hiancia, como falla en el goce. Se introduce aquí la noción del lugar del Otro, como ese otro lado.

Lacan explica que el ser sexuado de esas mujeres no-todas, no pasa por el cuerpo, sino que como el Otro que encarnan, el ser sexuado exige un “una por una”. Posición que es muy distinta a ser Uno de la función universal. La mujer al ser no-toda escapa de poder tomarla como un universal, lo que hace lógico que exija ser tomada una por una. Más adelante Lacan ya hace la diferencia entre el goce fálico que no es signo de amor y el goce del Otro que es no-todo (Lacan, 1972-1973, p. 33)

Lacan, en capítulo “El Amor y el Significante” retoma lo dicho anteriormente en referencia al goce del Otro diciendo que en tanto simbolizado no es signo de amor. Aquí se va a encargar de desglosar esa frase y se pregunta en primer lugar. ¿Qué es ese Otro al que se refiere? Dice que el Otro es el Otro sexo, además lo nombra como lugar de la verdad donde se produce un decir. En cuanto al signo dice que se trata de un efecto. Lo ejemplifica diciendo que el efecto del significante es el sujeto. En cuanto al amor, dice que puede suplir la no relación sexual en tanto no se es más que uno. Y además apunta que el sujeto como deseante es el principio del amor.

En el siguiente capítulo Lacan introduce que hay dos maneras de hacer fallar la relación sexual. Es la manera macho y la manera hembra. La manera macho es lo que se articuló antes como el goce fálico que no permite al hombre acceder al cuerpo de la mujer. En la manera

hembra, se labora como no-todo. Más adelante lo aborda como el goce que hace falta que no haya. “si hubiese otro goce que el fálico, haría falta que no fuese ese” –que no sea el fálico-. “- Si hubiese otro, pero no hay sino el goce fálico- a no ser por el que la mujer calla, tal vez porque no lo conoce, el que la hace no toda” (Lacan, 1972-1973, p. 75).

Ese goce dirá Lacan, tiene que ver con la relación sexual que no existe, además dice que ese goce es reprimido porque no conviene que sea dicho. No conviene a la relación sexual. Lacan, se refiere a este como el goce que hace falta que no, es decir que hace falta que no esté para que la relación sexual funcione, pero si se habla de él no se puede más que como goce y en la medida en que dicho goce habla, la relación sexual no es. (Lacan, 1972-1973, p. 76). Concluye el capítulo diciendo que “el goce se refiere centralmente al que hace falta que no, al que haría falta que no para que haya relación sexual (...)” (Lacan, 1972-1973, p. 78)

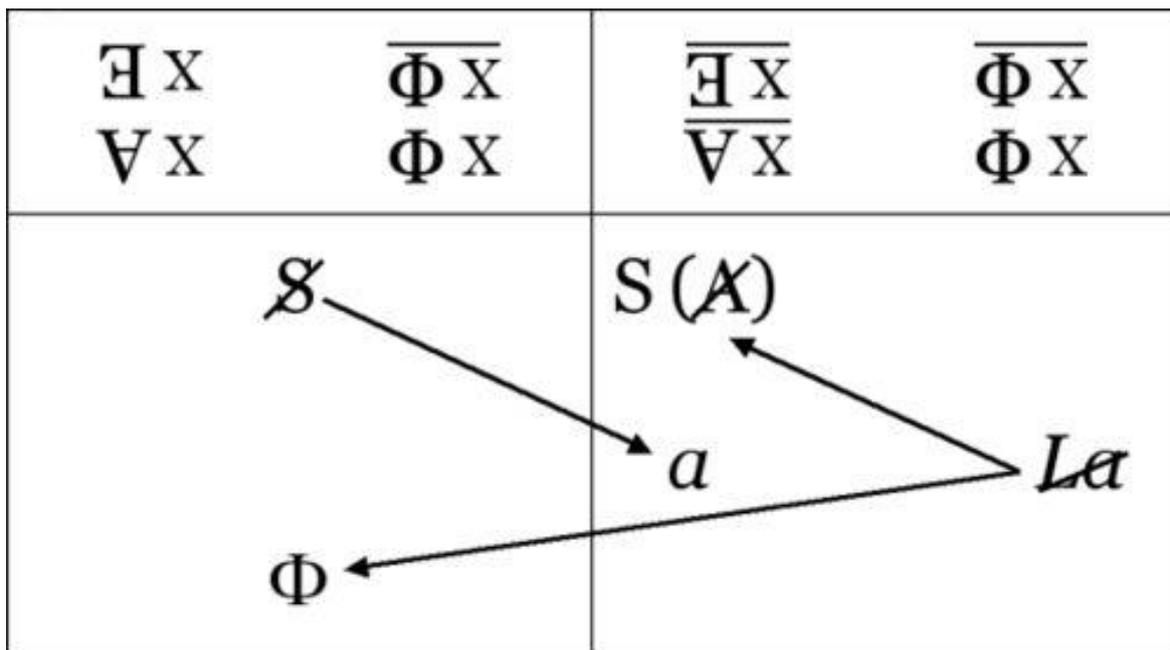
Lacan retoma las fórmulas de Frege para abordar las lógicas de la sexuación para abordar lo que define como hombre y como mujer. Cuando dice que todo x es función de Φx se refiere al lado hombre de las lógicas de la sexuación y va a decir que también una mujer se puede ubicar de ese lado. “para el hombre, a menos que haya castración, es decir, algo que dice no a la función fálica, no existe ninguna posibilidad de que goce del cuerpo de la mujer, en otras palabras, de que haga el amor” (Lacan, 1972-1973, p. 88). El hombre desea a la mujer y desde este lugar él debe abordarla, pero solo aborda la causa de su deseo lo que se ha escrito como objeto a , esto es el acto de amor –hacer de la mujer causa de su deseo-.

Ahora se explica lo que sucede del lado de la mujer. La fórmula de este lado corresponde no toda x es función de Φx , esta negación es lo que de entrada hace que se lea a la mujer como no-toda. Lacan continúa explicando que la mujer con el artículo La no existe y que hay que tacharla para darle su estatuto que por esencia ella es, no-toda. ~~La~~. (Lacan, 1972-1973, p. 89) “La mujer no toda es, hay algo en ella que escapa al discurso” (Lacan, 1972-1973, p. 44)

Lacan explica que por ser no-toda, la naturaleza de las cosas excluye a la mujer, de aquí se parte para decir que la mujer tiene un goce adicional al de la función fálica.

Las mujeres se atienen al goce de que se trata, y ninguna aguanta ser no toda (...) Hay un goce, un goce del cuerpo que está más allá del falo. Un goce más allá del falo (...) Hay un goce de ella, de esa ella que no existe y nada significa. Hay un goce suyo del cual quizá nada sabe ella misma a no ser que lo siente: eso sí lo sabe. Lo sabe, desde luego, cuando ocurre. No les ocurre a todas. (Lacan, 1972-1973, p. 90)

En el capítulo “Una carta de almor”, Laca ubica gráficamente los lugares que ocupan tanto el hombre como la mujer en un cuadro según la dos fórmulas de la sexuación.



Se ubican así, gráficamente las dos posiciones en la que se puede posicionar el ser que habla:

En el lado izquierdo se ubica el lado hombre, la primera $\forall x \quad \Phi x$ “indica que el hombre en tanto todo se inscribe mediante la función fálica” (Lacan, 1972-1973, p. 96) Esta función encuentra su límite en una x que niega la función fálica. $\exists x \quad \overline{\Phi x}$

Es lo que se llama función del padre, de donde procede por negación la proposición, (negación de la función fálica), que funda así el ejercicio de lo que con la castración, suple la relación sexual, en tanto no puede inscribirse de ningún modo. El todo se apoya entonces aquí en la excepción postulada como término, como lo que niega íntegramente a esa función fálica. (Lacan, 1972-1973, p. 96)

Aquí se destaca la dimensión en la que una regla se confirma por ser la excepción que se crea de ella. A la derecha se ubica el lado mujer este lugar se caracteriza por ser el no-todo, ya que se elige estar o no en la función fálica. Ahora Lacan se propone explicar lo que está debajo del gráfico de las fórmulas lógicas. Del lado hombre se ubican $\$$, sujeto tachado, y Φ goce fálico que a la vez soporta al sujeto como significante del que no hay significado.

Esta $\$$ acompañada así por ese doble, ese significante del que en suma ni siquiera depende, no tiene que ver, como pareja, sino con el objeto a inscrito del otro lado de la barra. Solo por el intermedio de ser la causa de su deseo le es dado alcanzar a su pareja sexual, que es el Otro. (Lacan, 1972-1973, p. 97)

Lacan explica que cuando Freud dice que la libido es masculina, en tanto activa, deja de lado a lo femenino, como ese lugar donde “los seres que asumen el estatuto de mujer” se ubican. Comienza explicando que no La mujer sino $\cancel{L}a$ mujer, tachada y que esta guarda una estrecha relación con el \cancel{A} tachado.

De la mujer nada puede decirse. La mujer tiene relación con $S(A)$, y ya en esto se desdobra, no-toda es, ya que, por otra parte, puede tener relación con Φ .

Con Φ designamos ese falo que preciso diciendo que es el significante que no tiene significado, aquel cuyo soporte es, en el hombre, el goce fálico. (Lacan, 1972-1973, pp. 98-99)

Se destaca entonces que en lado femenino se parte de que no existe la mujer, solo tachada, ya que no hay significantes que representen a la mujer y en esta medida es que se relaciona con el A tachado en tanto que no se sostiene como lugar, hay una falla, una pérdida. Se relacionan en la medida que algo falta y del lado del goce fálico, se relaciona por no haber significantes que representen esos lugares. En cuanto a las relaciones que hay entre estas dos posiciones, masculina y femenina, macho y hembra. Lacan resalta la importancia que tiene el lugar del Otro:

Para decirlo de otra manera, el asunto es que el amor es imposible, que la relación sexual se abisma en el sin-sentido, cosas que en nada disminuyen el interés que debemos tener por el Otro. En efecto, el asunto es saber, en lo que constituye el goce de la mujer en tanto el hombre no la ocupa por entero, y hasta diría que como tal no se ocupa de él en modo alguno, el asunto es saber qué hay de su saber. (Lacan, 1972-1973, p. 106)

En cuanto al goce de la mujer, el goce Otro se explica que es no-todo, y que por lo tanto es el lugar de que para el sujeto algo de lo que no sabe, y como se decía antes, es ese no saber sobre ¿Qué es la mujer? Pregunta que es importante tanto para hombres como para mujeres.

Más adelante, Lacan explica que tanto para el hombre como para la mujer el Otro solo se alcanza por medio del a, causa del deseo.

LA HISTÉRICA HOMMOSEXUADA

Se ubican aquí las distinciones que hace Lacan en cuanto a lo que se refiere como histérica y mujer como tal. La noción de homosexuado que quiere sexuado como hombre es introducida por Lacan en el texto atolondradicho: (...) el homosexuado/ hombresexuado (*hommosexué*), esto es, con lo que hasta ahora se llamaba el hombre en forma abreviada, que es el prototipo del semejante. (...) erige al hombre en su estatuto que es el de *homosexual/hombre-sexual (hommosexuel)*. (Lacan, 1972-1973, pp. 491-492)

Además también dice que las histéricas “hacen el hombre”. Se añade a esto el lugar que le da Lacan a las neurosis:

Hace falta sobresaltarme, jurar que yo no lo vi de inmediato mientras que ustedes ya... esas verdades primeras, pero si se trata del texto mismo con el que se formulan los síntomas de las grandes neurosis, de las dos que, si ha de tomarse en serio lo normal, nos dicen que es más bien norma mala (*norme male*) (Lacan, 1972-1973, p. 504)

Se puede notar que para Lacan las neurosis y entre ellas la neurosis histérica se ubica del lado hombre, macho en las lógicas de la sexuación. En el seminario 20, en el capítulo, “La Carta de Almor”, Lacan juega con el equívoco entre amar (*aimer*) y alma (*âme*). Comienza diciendo que el alma es lo que le permite al ser que habla soportar lo intolerable de su mundo, si hay algo intolerable en el mundo es la no relación sexual se lo relaciona con lo que Lacan ya había adelantado en cuanto al amor, a saber, que suple la no relación sexual. Ubicamos de esta manera, una relación entre alma y amor, así haciendo válido el equívoco se conjugaría el “verbo” como yo almo, tú almas, él alma. (Lacan, 1972-1973, p. 102)

Ahora bien, al hablar de alma se deja de lado el sexo “En efecto, mientras el alma alme al alama, no hay sexo en el asunto. El sexo aquí no cuenta. La elaboración de la que resulta es homosexual” (Lacan, 1972-1973, p. 102) Cuando dice homosexual, en realidad escrito por Lacan como *hommosexuelle*, *hommo* que se refiere al hombre, entonces esta palabra se la podría traducir como hombre sexual, o ubicándolo en las lógicas de la sexuación, el lado hombre.

Lacan, parafraseando a Aristóteles explica que el vínculo de amor es posible en la medida que los seres encuentran una tensión hacia el Ser Supremo, es decir hacia el Otro. Se sabe que del lado hombre, masculino de las lógicas de la sexuación, está el goce fálico que impide la relación con el Otro sexo. Así Lacan introduce el fuera-de-sexo, entendido como fuera de relación sexual, como el lugar del alma, del que se decía que no había sexo. La cuestión de la que se quiere enfatizar aquí es: ¿Qué pasa cuando la mujer se ubica del lado hombre? Lacan lo explica de la siguiente manera:

(...) sucede que también las mujeres están enalmoradas, es decir alman el alma. Pero esa alma que alman en su pareja, homo hasta la empuñadura sin embargo, y de la que no se zafarán ¿qué será a la postre? En efecto, eso sólo pude conducirlos a este término, - la histeria, que es hacer de hombre, y ser por tanto también ella *homosexual* o *fuerasexo*. (Lacan, 1972-1973, p. 103)

Se explica de esta manera que la histérica se ubica del lado hombre, *hommosexuelle*, y por esta misma razón relacionada con el goce fálico, Lacan escribe fuerasexo. Es importante destacar que la histérica al estar relacionada con el goce fálico, por las características del goce fálico de impedir la relación con el Otro sexo, a la histérica se le dificulta relacionarse con el lugar del Otro sexo, del goce femenino, que ella como histérica-mujer encarna. Así Lacan

diferencia, alma de la mujer. “A ella se la mal-dice, se la almadice” más adelante dirá que se la dice a medias, a saber no-toda.

ÚLTIMAS CONSIDERACIONES ACERCA DE LA HISTERIA

En el artículo, “La histeria en el último período de la enseñanza de J. Lacan”, los autores señalan que Lacan en el Seminario 21 aumenta un cuarto eslabón —el del sinthomme— a la cadena borromea, que mantiene unidos los otros eslabones, a saber, los registros simbólico, real e imaginario. Comentan que desde aquí Lacan reformula lo ya trabajado sobre las identificaciones freudianas. “(...) considerándolas ahora a partir de los rebanamientos de estructuras tóricas anudadas. De esta manera, esas tres identificaciones quedan definidas como identificación amorosa con el padre, identificación histérica con el deseo del Otro e identificación neutra con el rasgo unario” (Godoy & Schejtman, 2008, p. 4)

Los autores comentan que el sinthome de la estructura histérica es lo que Lacan llama armadura de amor al padre.

La diferencia entre la histérica y yo —quien, en suma, a fuerza de tener un inconsciente, lo unifico con mi consciente— es que la histérica está sostenida en su forma de garrote por una arma dura, distinta de su consciente, y que es su amor por su padre (Lacan, 1976-1977)

Se destaca así por parte de los autores la armadura de amor al padre en tanto le otorga una estabilidad y consistencia al histérico y a su cuerpo. Exponen que la histérica en este caso, hace un uso singular de la función paterna. Utiliza la estructura del cuerpo sostenida en el padre, como defensa frente a lo real del goce femenino. Real que podría desembocar distintas

“modalidades de desencadenamiento en la histeria, que incluye las denominadas “locuras histéricas”, así como desanudamiento, caídas vacilaciones diversas del sinthome histérico” (Godoy & Schejtman, 2008, p. 5) en las que juega un papel determinante el estrago con la madre, que suelta el anudamiento sostenido en el padre. Se resalta entonces la importancia del amor al padre como sostén de la histeria. “El amor al padre es lo que da un cimiento a la histérica” (Brousse, 2010, p. 14)

Otra consideración importante es la que Marie-Hélène Brousse en el artículo “Muerte y Resurrección de la Histeria” expone el avance que hace Lacan en la conceptualización de histeria en el seminario “De un discurso que no sería del semblante” en la clase del 16 de Junio de 1971. Dice, en primer lugar, que la histérica llega a tomar al falo como semblante, lo que evidencia lo imposible de la relación sexual. Luego, como segundo punto, expone lo importante que es tomar a la histérica como discurso en función de ir más allá de las curas por la envidia del pene que Freud denuncia como obstáculo. Y explica lo que del tratamiento analítico la histérica puede lograr:

Del tratamiento analítico, no espera este falo, del que se concibe como castrada desde el principio, por la razón de que ella goza. No; lo que resulta del tratamiento analítico para ella, es dejar la enunciación de “toda mujer”, le es más querida que cualquier paternaire y que debe diferenciarse de “todas las mujeres”, para llegar a advenir como una mujer es decir, para retomar los términos de Lacan en la sesión del 9 de junio de 1971, a utilizar el “no más de uno de su ser para todas las variaciones situacionales”. (Brousse, 2002, p. 3)

Y como tercer punto, expone lo referente a lo femenino que indica lo negativo en la histeria, en tanto que hace de hombre, pero no es uno como tal.

Otro punto importante que expone Marie-Hélène Brousse en su conferencia “Tras las coordenadas de la histérica moderna”, es que Lacan expone tres neologismos en relación con la histeria y por lo tanto los ubica del lado macho de las fórmulas de la sexuación. Escribe al menos-uno (*hommonizin*), el no-más-de-uno (*papludun*) y el todas las mujeres. Comenta que este al-menos-uno (*hommoinzin*) es la causa de la histérica en tanto hay al menos un hombre para castrar a pesar de que ella sabe que el falo es un semblante, como ya lo expuso Lacan en el seminario XVIII.

(...) Al menos un (hombre) para castrar, entre los detentores de lo que ella sabe que es un semblante. En este Seminario –Seminario XVIII- Lacan concede lo que caracteriza a la histérica moderna, es que ella sabe que el falo es un semblante, o sea, dice él, - su «saber implacable que ella posee de que el Otro apto para causarlo es el falo, es decir, un semblante.»

Marie-Hélène Brousse señala este punto como un viraje de la teoría en la medida en que se pasa del padre idealizado expuesto por Lacan, que promete el falo, en tanto está en potencia de creación. A tomar el falo como un semblante, como algo que falta y que a la vez testimonia la ausencia de relación sexual.

El instrumento falo, ya se los he dicho no se debe confundir para nada con el pene. El pene, se determina por la ley, es decir, por el deseo, [es decir, por el plus-de-gozar], es decir, por la causa del deseo [es decir, por el fantasma. Y eso el supuesto saber de la mujer que sabría, allí se encuentra un hueso, precisamente aquel que le falta al órgano, si ustedes me permiten continuar en la misma vena. Ya que en ciertos animales hay un hueso. ¡Y sí, allí hay una falta, es un hueso que falta!. No es el falo, es el deseo o su funcionamiento. De ello se deduce que una mujer no tiene testimonio de su inserción

en la ley de lo que suple la relación más que por el deseo del hombre. (Lacan, 1970-1971, p. 21)

Se va a trabajar ahora en la clase del 26 de febrero de 1977 denominada, “Palabras sobre la histeria”, aquí Lacan aporta algunas concepciones sobre la histeria en su última enseñanza, que valen la pena señalar. Estos avances de los conceptos lacanianos se los va a comentar bajo la lupa de Marie-Hélène Brousse que ofrece un comentario sobre este texto.

¿...A dónde se han ido las histéricas de antaño, esas maravillosas mujeres, las Anna O., las Emmy von N...? Ellas jugaban no solamente un cierto rol, un rol social cierto, pero cuando Freud se puso a escucharlas, fueron ellas quienes permitieron el nacimiento del psicoanálisis. Es por haberla escuchado que Freud inauguró un modo enteramente nuevo de la relación humana. ¿Qué es lo que reemplaza a esos síntomas histéricos de otros tiempos? ¿No se ha desplazado la histeria en el campo social? ¿No la habrá reemplazado la chifladura psicoanalítica? (Lacan, 1976-1977, p. 27)

Esta pregunta planteada por Lacan sobre las histéricas de la actualidad, es de vital importancia en la clínica actual a tal punto que se hace vigente hoy en día como un tema de estudio. Brousse comenta que las histéricas hoy, ya no necesitan sostener al padre, sostener por amor al padre impotente, ni al hombre en función de que le permitan relacionarse con la Otra mujer, como en el caso de Dora, ya que en la época actual se puede notar que las histéricas buscan, mujeres con las cuales relacionarse homosexualmente. (Brousse, 2013)

Otro asunto importante señalar es lo que Lacan habla sobre la relación del decir con el síntoma histérico y dice “Es curioso, un síntoma histérico: eso sale de peligro a partir del momento en que la persona, que verdadera mente no sabe lo que dice, comienza a blablablear...” (Lacan, 1976-1977, p. 28). En esta frase se resalta lo que Marie-Helene Brousse señala como lo importante en la histeria, a saber la palabra.

Dice que hay que darle importancia a la palabra, al significante en la estructura histórica, y que esto debe ser lo que guíe al analista. (Brousse, 2013). Esto ya lo podemos leer en Lacan cuando comenta sus elucubraciones del nudo borromeo.

No es por azar que llegué a sofocarme con estas representaciones nodales –allí, éstas son las que verdaderamente me atormentan. Si continué la práctica, si, conducido, guiado como por una rampa, continué este blablá que es el psicoanálisis, es a pesar de todo sorprendente que, en relación con Freud, eso me haya llevado allí (porque no hay huella en Freud del nudo borromeo). Y sin embargo considero que, de manera completamente precisa, yo estuve guiado por las históricas, yo no me atuve menos a la histórica, a lo que se tiene todavía al alcance de la mano como histórica. (Lacan, 1976-1977, p. 28)

CONCLUSIÓN

Habiendo concluido el “Recorrido histórico del concepto de histeria en Freud y Lacan” se resaltan dos hallazgos que son captados dentro de las huellas freudianas de la última enseñanza de Lacan, es decir lo que concierne a la relación con lo real.

El primer hallazgo se lo ubica en la época del joven Freud en el caso “Análisis fragmentario de una histeria” (Freud, 1901), en plenos avatares y descubrimientos sobre el factor etiológico sexual en la neurosis.

El padre de la paciente a quien Freud decide nominar como Dora, lleva a consultar a su hija sobre unos síntomas que la aquejan. Este sospecha que el origen de los padecimientos de Dora se producen a partir de que ésta le comenta que el Sr.K le ha hecho ciertas proposiciones de orden amoroso, escena sucedida a las orillas de un lago. Dora por su parte demanda al padre romper toda relación de amistad, tanto con el Sr.K, como con su mujer la Sra. de K. El padre de Dora justifica su relación con la Sra. K, de la siguiente manera:

No necesito decirle a usted que, dado mi mal estado de salud, estas relaciones mías con la señora de K, no entrañan nada ilícito. Somos dos desgraciados para quienes nuestra amistad constituye un consuelo. Ya sabe usted que mi mujer no es nada para mí” (Freud, 1901, p. 945)

A partir de ese momento, en el breve análisis de Dora -que solo duró tres meses-, Freud logró precisar algunos puntos de importancia. La joven paciente estaba segura de la ilicitud de las relaciones del padre con la Sra. de K. y emitía diversas acusaciones al padre. Freud en el momento preciso del análisis llega a considerar esos reproches como de carácter patológico y vislumbra que su función consiste en evitar el pasaje a la consciencia de una idea que había cobrado cierto ímpetu.

Detrás de la serie de ideas preponderantes que giraban en derredor de las relaciones del padre con la mujer de K., se escondía también un impulso de celos cuyo objeto era aquella mujer; un impulso, pues, que sólo podía reposar sobre una inclinación hacia su propio sexo. (Freud, 1901, p. 965)

Como lo aclara Lacan en “Intervenciones sobre la transferencia”, en la segunda inversión dialéctica, comenta que ésta revela que “la observación de que no es aquí el objeto pretendido de los celos el que da su verdadero motivo, sino que enmascara un interés hacia la persona del sujeto-rival (...)” (Lacan, 1951, p. 209)

Cabe tener en cuenta que Freud tenía conocimiento que Dora había amado al Sr. K, y éste estaba interrogado por tan repentino desenlace de dicho amor y siempre introducía la pregunta por aquel suceso en el lago. La interrogación de Freud hecha sus frutos solo al final del análisis, pues la paciente sugería lo siguiente: “<< No puedo pensar en otra cosa (...) no puedo perdonar a mi padre por su conducta. >>” (Freud, 1901, p. 962).

Luego Freud logra desenmascarar el sentido que contienen los síntomas de Dora, tanto la tos como la afonía, considerándolos como una identificación al padre, identificación que es propiciada por la impotencia del padre. Y llega a sostener que “En aquellos casos de mujeres o muchachas histéricas cuya libido sexual orientada hacia el hombre ha quedado enérgicamente reprimida, aparece igualmente intensificada la corriente homosexual, que a veces llega a hacerse consciente” (Freud, 1901, p. 966) Esto se relaciona con una muy posterior elaboración de Freud en el artículo “Sobre la feminidad” (Freud, 1931). Comenta que la sexualidad femenina a diferencia de la masculina es un tanto más opaca y escabrosa por varias circunstancias, la primera es que las mujeres entran de lleno a una relación amorosa con la madre, considerada como pre-edípica y la segunda es que éstas también están atravesadas por el juicio de atribución, lo que implicaría que en este primer momento de la

sexualidad femenina está marcada por un fuerte matiz masculino. En un segundo momento se produce como es conocido los efectos de la castración, la renuncia al objeto materno como primer objeto amoroso y la nueva elección de objeto que se dirige hacia el padre, y el movimiento de la zona erógena del clítoris a la vagina. Freud dice que “(...) la faz activa de la feminidad (...)” (Freud, 1931, p. 3085) debe caer en represión para que emerja la feminidad como tal, también agrega que “Entre éstas se cuentan la conjetura de que dicha fase de vinculación materna guardaría una relación particularmente íntima con la etiología de la histeria” (Freud, 1931, p. 3078)

Y como último momento del análisis, luego de quedar abierta la pregunta sobre los sucesos del lago muy tempranamente sobre los sucesos del lago, Dora decide contarle las palabras que el Sr. K le había dirigido el momento de su declaración amorosa.

Retornamos, pues, a la escena a orillas del lago y a los enigmas con ella enlazados.

Rogué a Dora que me relatase una vez más, con todo detalle, tal escena. Al principio no aportó dato ninguno nuevo de importancia. K. había iniciado su declaración amorosa en serias reflexiones destinadas a justificarlas, pero la muchacha no le dejó desarrollarlas, pues en cuanto comprendió de lo que se trataba, le abofeteó y huyó de su lado. Quise saber cuáles habían sido exactamente las palabras de K., pero Dora sólo recordaba una de sus frases de justificación: <<Ya sabe usted que mi mujer no es nada para mí >>” (Freud, 1901, p. 988).

Como es notable a partir de lo expuesto, Dora no logra, -y no es ubicada-, en el lugar de ser una mujer para un hombre, no logra ubicarse como objeto causa de deseo. Retomando la última enseñanza de Lacan, el 21 de enero del 1975 en el seminario R.S.I. propone lo siguiente:

Un padre no tiene derecho al respeto, si no al amor, más que si el dicho respeto está – no van a creerle a sus orejas – père – versamente orientado, es decir hace de una mujer objeto (a) que causa su deseo. Pero lo que una mujer acoge de ello, si puedo expresarme así, no tiene nada que ver en la cuestión. De lo que ella se ocupa es de otros objetos (a), que son los hijos (Lacan, 1975, p. 23)

Lo que implica la père-versión, es un cambio en la lectura de la metáfora paterna. Este nuevo estatuto de la metáfora patera adviene como una relación particular del padre con su goce, haciendo causa de deseo a una mujer (a). Ésta se presta como semblante para ese objeto del fantasma del hombre. Por otra parte Lacan también aclara cuales son esos objetos de los cuales la mujer se ocupa. En lo que respecta a Dora se vislumbra como los dos hombres con quienes establece una identificación, tanto el padre como el Sr. K, sostienen las mismas palabras -“Mi mujer no es nada para mí”-. Ninguno de los dos ubica a su mujer como objeto causa de deseo, lo que obstruye en Dora la producción de una respuesta al enigma de su sexualidad. Es decir que la identificación homosexual, - hacer de hombre-, implica generar una respuesta desde el lugar del hombre sobre la clásica pregunta histérica sobre la sexualidad femenina.

Una segunda conclusión aparece a partir de que Freud sustrae a través de sus observaciones clínicas, la primacía del concepto de seducción como etiología de la neurosis. Freud hace el arduo recorrido desde la seducción, que luego cobra el carácter de fantasía, para llegar al concepto de represión.

Cuando la investigación de sujetos que habían permanecido normales nos llevó luego al resultado inesperado de que la historia sexual infantil de tales personas no precisaba diferenciarse esencialmente de la de los neuróticos, ni siquiera en lo relativo a la temprana iniciación sexual, las influencias accidentales fueron cediendo aún más el

puesto a la de la represión (término que comencé entonces a sustituir al de << defensa >>. Así, pues, lo importante no eran ya las excitaciones sexuales que el individuo hubiera experimentado en su infancia, sino sobre todo su reacción a tales impresiones y el haber respondido o no a ellas con la represión. (Freud, 1905, p. 1241)

Ahora la represión es el estatuto fundamental de la etiología de la neurosis. Pasa a ser como tal fundante de su estructura y Freud sostiene que lo importante no es, tales o cuales tipos de excitación, sino que el sujeto responda o no, con dicho mecanismo psíquico. De aquí parte también una primera conceptualización de lo que tiene que ver con la perversión, sugiriendo que esta es un producto opuesto a la neurosis. Pero aún no se menciona a qué es lo que responde el sujeto con la represión. Este responde con la represión a la irrupción de la sexualidad.

La normalidad resultaba de la represión de ciertos instintos parciales y determinados componentes de las disposiciones infantiles y de la subordinación de los demás a la primacía de las zonas genitales (...) y la neurosis se reducía a una represión excesiva de las tendencias libidinosas. (Freud, 1905, p. 1242)

Esta irrupción entonces genera el movimiento de la represión, que a su vez produce a la neurosis como una respuesta-defensa frente a lo real de la sexualidad. La neurosis ahora pasa a ser un semblante como tratamiento al goce. El término semblante aparece en la clínica psicoanalítica a partir de que Lacan, disyunta todo lo que es del orden de lo real con lo significante, hasta el punto de llegar a sostener que el primero delimita todo lo que es posible de inscribirse como semblante. También argumenta que de aquí en más, el goce se extiende al campo del significante. Este giro se comienza a producir cuando Lacan encuentra una discordancia entre lo real y lo significante. “(...) en vez de la armonía que debería implicar la

significantización de lo real encontramos una discordancia, y allí está el indicio de lo que de manera inevitable modifica el estructuralismo de Lacan.

En cuanto a la neurosis como defensa frente a la irrupción de la sexualidad, es lo que Lacan va a exponer como la importancia del trabajo de Freud, la explicación de la represión de la sexualidad como algo que no se sabe, y que los dichos de ese ser que habla, giran alrededor de este no saber.

Lo esencial de lo que ha dicho Freud, es que hay la más grande relación entre este uso de las palabras en una especie que tiene palabras a su disposición y la sexualidad que reina en esta especie. La sexualidad está enteramente capturada en esas palabras, ése es el paso esencial que él ha dado. (Lacan, 1976-1977, p. 29)

Notamos así la importancia, que da a la palabra como modo de abordar el no saber de la sexualidad. Lacan en el seminario XXIV resalta que Freud descubre esto es sus “Estudios sobre la Histeria” lo siguiente (Freud, 1893-1895):

Es lo que llama la atención en los Studien über Hysterie, Freud llega casi, e incluso completamente, a (desembuchar) que es con palabras como eso se resuelve y que es con las palabras de la paciente misma como el afecto se evapora (...) La cuestión es saber si, sí o no, el afecto se airea con palabras; algo sopla con esas palabras, que vuelve al afecto inofensivo, es decir no engendrando síntoma. (Lacan, 1976-1977, p. 29)

Es desde estos puntos de interrelación entre la teoría freudiana y lacaniana como se encuentra que el abordaje de la histérica no es sino través de la palabra, cuestión que es soslayada, olvidada e ignorada por la medicalización de la “salud mental”, si se permite el término.

Así se da cuenta que en los procedimientos terapéuticos contemporáneos, -de la psiquiatría actual-, no se posibilita la apertura de un espacio que permita el despliegue del discurso del paciente, que acarree consigo las coordenadas existenciales y la serie de significaciones que ha construido sobre éstas, para responder a lo que ha vivido.

BIBLIOGRAFÍA

- Alvarenga, E., s.f. *La histeria a lo largo de la enseñanza de Lacan*. Lima, Sere Recorridos 6.
- Braunstein, N., 2013. *Clasificar en Psiquiatría*. Buenos Aires: Siglo Veintiuno.
- Brousse, M.-H., 2002. *Virtualia*. [En línea]
Available at: <http://virtualia.eol.org.ar/006/default.asp?notas/mhbrousse-01.html>
[Último acceso: 22 08 2014].
- Brousse, M.-H., 2010. *Psicoanálisis Inédito "Tras la pista de la histérica moderna"*. [En línea]
Available at: <http://psicoanalisisinedito.blogspot.com/>
[Último acceso: 18 Agosto 2014].
- Brousse, M.-H., 2013. *Consideraciones sobre la histeria* [Entrevista] 2013.
- Bruno, y otros, 1986. La histeria masculina. En: *Histeria y Obsesión*. Buenos Aires: Manantial, pp. 106-112.
- Consentino, J. C., 2006. *Construcción de los conceptos freudianos*. Buenos Aires: Manantial.
- Díaz, E., 2009. *Posmodernidad*. Buenos aires: Biblios.
- Dostoievski, F., 1981. *Los hermanos karamazof*. Barcelona: Ramón Sopena S.A..
- Freud, S., 1893-1895. Estudios sobre la histeria. En: *Obras Completas I*. Buenos Aires: El Ateneo, pp. 39-168.
- Freud, S., 1894. Neuropsicosis de defensa. En: *Obras completas I*. Buenos Aires: El Ateneo, pp. 169-177.
- Freud, S., 1896. La etiología de la histeria. En: *Obras completas I*. Buenos Aires: El Ateneo, pp. 299-316.
- Freud, S., 1896. La herencia y la etiología de las neurosis. En: *Obras completas I*. Buenos Aires: El Ateneo, pp. 277 - 285.
- Freud, S., 1896. La herencia y la etiología de las neurosis. En: *Obras completas I*. Buenos Aires: El Ateneo, pp. 277-285.
- Freud, S., 1896. Nuevas observaciones sobre las neuropsicosis de defensa. En: *Obras completas I*. Buenos Aires: El Ateneo, pp. 286-298.
- Freud, S., 1900. La interpretación de los sueños. En: *Obras completas I*. Buenos Aires: El Ateneo, pp. 343-720.
- Freud, S., 1901. Análisis fragmentario de una histeria ("Caso Dora"). En: *Obras completas I*. Buenos Aires: El Ateneo, pp. 933-1002.

- Freud, S., 1905. Mis opiniones acerca del rol de la sexualidad en la etiología de la neurosis. En: *Obras completas II*. Buenos Aires: El Ateneo, pp. 1238-1243.
- Freud, S., 1905. Tres ensayos para una teoría sexual. En: *Obras completas II*. Buenos Aires: El Ateneo, pp. 1169-1238.
- Freud, S., 1908. Fantasías histerica y su relación con la bisexualidad. En: *Obras completas II*. Buenos Aires: El Ateneo, pp. 1349-1353.
- Freud, S., 1908. Teorías sexuales infantiles. En: *Obras completas II*. Buenos Aires: El Ateneo, pp. 1262-1271.
- Freud, S., 1920. Psicología de las masas y análisis del yo. En: *Obras completas III*. Buenos Aires: El Ateneo, pp. 2563-2610.
- Freud, S., 1922. Una neurosis demoniaca del siglo XVII. En: *Obras completas III*. Buenos Aires: El Ateneo, pp. 2677-2696.
- Freud, S., 1927. Dostoievski y el parricidio. En: *Obras completas III*. Buenos Aires: El Ateneo, pp. 3004-3015.
- Freud, S., 1929. El malestar en la cultura. En: *Obras completas III*. Buenos Aires: El Ateneo, pp. 3017-3067.
- Freud, S., 1931. Sobre la sexualidad femenina. En: *Obras completas III*. Buenos Aires: El Ateneo, pp. 3077-3089.
- Freud, S., 1950. Los orígenes del psicoanálisis.. En: *Obras Completas III*. Buenos Aires: El Ateneo, pp. 3433-3656.
- Gallano, C. y otros, 1986. Los Deberes de la Histerica . En: *Histeria y Obsesión*. Buenos Aires: Manantial, pp. 113-119.
- Godoy, C. & Schejtman, F., 2008. La histeria en el último período de la enseñanza de J. Lacan. *Anuario de investigaciones (Facultad de Psicología, Universidad de Buenos Aires)*.
- Lacan, J., 1932. *Centro de Difusion y Estudios Psicoanaliticos "De las psicosis paranoicas y sus relaciones con la personalidad*. [En línea]
Available at:
<http://centrodedifusionyestudiospsicoanaliticos.wordpress.com/2013/03/21/obras-completas-de-jacques-lacan/>
[Último acceso: 14 Abril 2014].
- Lacan, J., 1938. *Centro de Difusión y Estudios Psicoanalíticos*. [En línea]
Available at:
<http://centrodedifusionyestudiospsicoanaliticos.wordpress.com/2013/03/21/obras-completas-de-jacques-lacan/>
[Último acceso: 22 Abril 2014].

- Lacan, J., 1949. Estadio del espejo como formador de la función del yo tal como se nos revela en la experiencia psicoanalítica.. En: *Escritos I*. Buenos Aires: Paidós, pp. 86-92.
- Lacan, J., 1951. Intervención sobre la transferencia. En: *Escritos I*. Buenos Aires: Paidós, pp. 204-215.
- Lacan, J., 1955-1956. *Seminario 3: "La psicosis"*. Buenos Aires: Paidós.
- Lacan, J., 1956-1957. *Seminario 4: "La relación de objeto"*. Buenos Aires: Paidós.
- Lacan, J., 1969-1970. *Seminario 17 "El reverso del psicoanálisis"*. Buenos Aires: Paidós.
- Lacan, J., 1970-1971. *Valas "Seminario 18"*. [En línea]
Available at: http://www.valas.fr/IMG/pdf/lacan_d_un_discours.18_-_copie.pdf
[Último acceso: 12 Agosto 2014].
- Lacan, J., 1972-1973. *Seminario 20: "Aun"*. Buenos Aires: Paidós.
- Lacan, J., 1972. El Atolondradicho. En: *Escritos II*. Buenos Aires: Paidós, pp. 473-522.
- Lacan, J., 1975. *Bibliópolis "Seminario XXII"*. [En línea]
Available at: <http://www.bibliopsi.org/descargas/autores/lacan/LACAN/Lacan-%20TODO!%20Psikolibro/27%20Seminario%2022.pdf>
[Último acceso: 25 2 2014].
- Lacan, J., 1976-1977. *Centro de Difusión y Estudios Psicoanalíticos "Palabras sobre la histeria"*. [En línea]
Available at:
<http://centrodedifusionyestudiospsicoanaliticos.files.wordpress.com/2013/03/29-seminario-24.pdf>
[Último acceso: 22 Abril 2014].
- Lacan, J., 1976-1977. El sistema tórico y el contra-psicoanálisis. En: *Seminario 24*. s.l.:s.n.
- Lacan, J., 1976-1977. Palabras sobre la histeria. En: *Seminario 24 "L'insu que sait de l'une-bévue"*. s.l.:s.n.
- Laurent, E., 2004. *LOST IN COGNITION*. s.l.:COLECCION DIVA.
- Mazzuca, R., Canónico, E., Esseiva, M. d. I. Á. & Mazzuca, S., s.f. *scielo "Versiones psicoanalíticas de la histeria"*. [En línea]
Available at: <http://www.scielo.org.ar/pdf/anuinv/v15/v15a39.pdf>
[Último acceso: 5 Enero 2014].
- Miller, D. y otros, 1986. El fantasma en la histeria. En: *Histeria y Obsesión*. Buenos Aires: Manantial, pp. 131-137.
- Miller, J.-A., 2003. *La experiencia de lo real en la cura psicoanalítica*. Buenos aires: Paidós.

Portaneri, J. & Niel, M., 2013. *El Instituto Nacional de Salud Mental de EEUU anunció que abandona la clasificación del DSM*, Santa Fe: s.n.

Schejman & Godoy, 2008. *Anuario de investigaciones (Facultad de psicología. Universidad de Buenos Aires)*. [En línea]

Available at: <http://www.scielo.org.ar/pdf/anuinv/v15/v15a45.pdf>

[Último acceso: 15 febrero 2014].

Tarrab, M., 2004. *Pepsic*. [En línea]

Available at: http://pepsic.bvsalud.org/scielo.php?pid=S2072-06962004000100016&script=sci_arttext

[Último acceso: 22 Julio 2014].

Wintrebert, D., 1997. Taxinomias Moderna de la Depresión. En: D. Bleger, ed. *La Depresión y el Reverso de la Psiquiatría*. Buenos Aires: Paidós, pp. 71-77.